

CARLOS M. URIEN

*A mi distinguido amigo, el gran publicista  
Dr. Mariano de Tadra y elite, con el objeto de:  
La obra de Maipú  
Tramite de 1911*

# La Victoria de Maipú

5 de abril de 1818

## Historia y Arte

Conferencia dada en el cuartel del  
Regimiento de "Granaderos á  
Caballo", la noche del 22 de  
octubre de 1910.



BUENOS AIRES

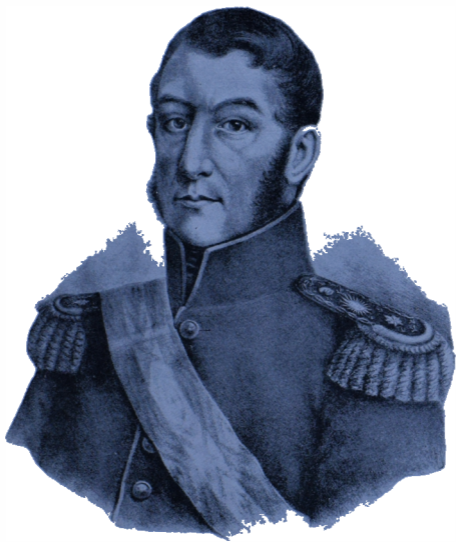
TALLERES GRÁFICOS DEL ARSENAL PRINCIPAL DE GUERRA

- 1911 -

## DEL AUTOR

---

- "LA DÉBACLE" de Emilio Zola, un folleto en 8°, de 59 páginas. Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1892.
- "LA GUARDIA NACIONAL ARGENTINA" en 8°, de 45 páginas. Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1895.
- "EL DOCTOR LEANDRO N. ALEM" en 8°, de 80 páginas. Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1896.
- "REVOLUCIÓN CUBANA", Estudio Histórico, en 8°, de 197 páginas. Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1896.
- "DERECHO INTERNACIONAL"—*El Derecho de Intervención y la doctrina de Monroe*: estudio histórico y jurídico, en 8°, de 171 páginas. Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1896.
- "JURISPRUDENCIA CRIMINAL"—Proceso y absolución de Gonzalo Bachini. (Expresión de agravios é informe in voce); en 8°, de 103 páginas. Buenos Aires, imprenta Argos, 1901.
- "JUSTICIA MILITAR"—Defensa del capitán del batallón 5° de infantería de línea, Pedro S. García, acusado de tentativa de rebelión; en 8°, de 40 páginas. Buenos Aires, imprenta Gadola, 1905.
- "ESTEBAN ECHEVERRÍA"—Ensayo crítico-histórico sobre su vida y obras, con motivo de la erección de su estatua. Buenos Aires, en 8°, de 128 páginas. Cabaut y Cía., 1905.
- "GEOGRAFÍA ARGENTINA"—Estudio histórico, físico, político, social y económico de la República Argentina (en colaboración con Ezio Colombo) en 8° mayor, de XXXI páginas de introducción y 688 de texto y dos mapas. Buenos Aires, imprenta de la Penitenciaría Nacional, 1905.
- "CAUDILLOS ARGENTINOS"—QUIROGA—*Estudio Histórico Constitucional* en 8°, de 401 páginas. Talleres Gráficos de la Compañía General de fósforos, 1907.
- "LA REPÚBLICA ARGENTINA EN 1910". (En colaboración con el señor Ezio Colombo) 2 tomos en 8°, de 801 y 671 páginas c/juno. Maucci Hnos. edit.
- "CABALLERÍA ARGENTINA"—*La carga de Junín*.—Conferencia dada en los salones del Círculo Militar la noche del 16 de Octubre, en 8°, 120 páginas. Talleres Gráficos de la Compañía General de fósforos, 1909.
- Apuntes sobre la vida y obras del Doctor JUAN MARÍA GUTIÉRREZ*, en 8°, 400 páginas. Maucci Hnos. edit.



John DeS<sup>r</sup> Martin

Dedicatoria:

*A los amigos de Chile*



# La Victoria de Maipu

(5 de abril de 1818)



## *Historia y Arte*

*Señores jefes y oficiales del regimiento de Granaderos á Caballo:*

Una gentil invitación de vuestro jefe, el coronel Martínez, obliga mi presencia en esta tribuna, y á ella debo tener el honor de inaugurar este salón de conferencias.

Si el tema histórico que expondré ante vosotros no es nuevo, pues voy á tratar del triunfo alcanzado el 5 de abril de 1818, en los llanos de Maipu, por el ejército libertador argentinochileno al mando de San Martín, sobre el ejército realista, cuyo jefe era el general Osorio, ello poco puede importar, pues lo que trato no es de «historiar» (ya escritores notables se ocuparon del hecho) sino de recordar uno de los episodios más culminantes de la guerra de la emancipación y que cimentó la independencia de la república de Chile.

Por eso, pues, si inteligencias muy superiores narraron el suceso en páginas admirables, se ha de disculpar la insuficiencia de esta conferencia, para la cual, quien habla aporta solamente su buena voluntad y la admiración que siente por los héroes que escribieron con el pensamiento y la acción los fastos fulgurantes de la revolución americana en el continente del sur: una sucesión de victorias saludadas por dianas triunfales.





*Juicio de los historiadores españoles y americanos respecto al general realista Osorio.*

Los historiadores españoles que escribieron los fastos de la revolución hispanoamericana y la suerte que corrieron las armas españolas en el nuevo mundo, como don Mariano Torrente y el general García Camba, abandonando el estilo sereno y la imparcialidad que debe ser norma del historiador, han fustigado al general español Osorio, (1) el vencido de Maipu, su conducta en la batalla, con frases un tanto duras.

Más lógico que ellos, y muy particularmente ciñéndose más á la verdad y haciendo justicia distributiva, un distinguido compatriota—el ilustre general Mitre—estudiando los hechos que pre-

---

(1) Debe de advertirse que los historiadores López, Vicuña Mackenna y Sanfuentes, escriben Osorio con dos s, en lo que creo tienen razón, pues así lo escribía el sujeto, según dicen; yo sigo la costumbre de los otros historiadores, que son la mayoría y escriben Osorio.

cedieron á la gran batalla, no culpa tanto á Osorio por su inacción, sino que, dándose exacta cuenta de las dificultades, aminora la crítica y sin eximir al vencido de la culpabilidad, dice con verdad de las cosas tal cual sucedieron.

Unas cuantas transcripciones harán más comprensiva la consideración que se formula.

Dice el historiador Torrente: «Que la primera determinación de perseguir al derrotado enemigo, después de la victoria del 19 de marzo—sorpresa de Cancha Rayada—se alteró al día siguiente, en virtud de una junta que se celebró al efecto. La mayor parte de los jefes votó por el retroceso á Talca; pero los más inteligentes, entre ellos el comandante del batallón Arequipa, Rodil, y el de artillería, Manuel Bayona, opinaron por el avance, en el que insistió con la mayor tenacidad el esforzado Ordóñez; mas todo fué inútil, y se adoptó el dictamen de la mayoría, fundado en el cansancio de las tropas y en la necesidad de organizarlas, sin temor que San Martín pudiera rehacerse después de tan decidido desconcierto, con el necesario vigor para oponer una arreglada defensa.



«Este fué aquel funesto error que trajo tan fatales consecuencias. Viéndose los insurgentes libres de tan temida persecución, empezaron á reunirse y formar con nuevo ardor sus batallones; su mismo despecho y desesperación, les hizo hacer prodigiosos esfuerzos; de todas partes corrían los fanatizados patriotas á reemplazar las bajas sufridas en Cancha Rayada.»

El general Miller complementa estas observaciones en sus «Memorias», cuando dice: «En vez de continuar los realistas persiguiendo á los patriotas en dirección á Santiago, después de alcanzado al triunfo de Cancha Rayada—como parecía regular—retrocedieron en la noche del 19 de marzo, sin haber adelantado más de una milla ó dos, y se ocuparon en saquear el bagaje que encontraron en la posición que tenían los patriotas, y en seguida regresaron á Talca. El tímido Osorio no hizo caso de las inesperadas ventajas obtenidas por su segundo Ordóñez—quien mandó en jefe el ataque de sorpresa la noche de Cancha Rayada, y el coronel Beza dirigió su marcha con tal lentitud hacia el norte, que no llegó al alcance de los patriotas sino al cabo de diez y siete

días. Este precioso intervalo lo aprovecharon el supremo director (O'Higgins) y el general San Martín, reuniendo los fugitivos y acampando á dos leguas de la capital, y cuyo número puede computarse en 6000 hombres, incluso 1000 de milicias».

El general español García Camba, refiriéndose á la sorpresa de Cancha Rayada, es más explícito, y censura en los siguientes términos á Osorio:

«Un sueño parecía el triunfo que los realistas acababan de conseguir, y pudiera haber sido seguido de la anhelada reconquista de Chile si Osorio hubiera acertado aprovechar tanta fortuna después de la victoria de Cancha Rayada.

«En lugar de seguir al enemigo con toda la celeridad compatible con el orden para impedir que se rehiciera, y completar así tan brillante triunfo, cometió el más lamentable error de dar á sus tropas el más pernicioso descanso de resultados funestísimos.

«La única tropa que dejó en Cancha Rayada, en menos desorden, fueron como dos mil hombres de la división de Las Heras, á los que esperó en San Fernando el mismo San Martín. Favorecido éste por la injustificable conducta

de Osorio, cuando precisamente le interesaba más no dar respiro á los vencidos con la presencia de los afortunados vencedores, reunió con celeridad sus dispersos, sacó refuerzos de artillería de la capital, reanimó su abatido espíritu público y se pusieron en disposición de aventurar, el 5 del siguiente abril, la memorable batalla de Maipu, en la que fueron los realistas completamente derrotados, y la España perdió definitivamente el reino de Chile.»

Pero, señores: Osorio retirándose á Talca, después de Cancha Rayada y no aprovechando de las consecuencias de ese triunfo, no está en el caso de Aníbal, después del combate del Tesino y las batallas de Trebia, del Metauro, de Trasímeno y de Cannas, que hacen famosa la campaña del general cartaginés en la segunda guerra púnica, pero que se malogra en su éxito final, por la inacción en que permanecen las tropas victoriosas en Capua, lo que da lugar para que el teniente Mahartal afirme: «Sabes vencer Aníbal; pero no sabes aprovecharte de la victoria.»

Señores: No!... Talca no es Capua, ni el ejército libertador está destruído. Tanto es así, que San Martín, con los

restos salvados, la división de Las Heras, y con los muchos dispersos que vuelve á reunir, organiza sus tropas con asombrosa celeridad y se apronta á volver por la revancha ó el desquite.

Más lógico, dándose exacta cuenta de los motivos de la inacción del jefe realista, el historiador Mitre dice, hablando del desastre de Cancha Rayada:

«La pérdida del ejército realista fué mayor que la del patriota, en muertos y heridos, pues pasó de 200 hombres, y su dispersión fué igualmente considerable, de manera que se halló en la imposibilidad de aprovechar inmediatamente su victoria, quedando lleno de cuidados por la retirada de la columna de Las Heras.»

Por ello, en su parte al general Pezuela, virrey del Perú, le comunica Osorio, refiriéndose á la dispersión, cansancio y mal estado de sus tropas:—«Regresé á Talca el 21 de marzo con lo restante del ejército; para recoger crecido número de dispersos y arreglarlo todo de nuevo, porque habiendo sido la acción de noche, era preciso que así sucediese, á pesar de serlo para llevar las columnas ordenada en lo que permitía la obscuridad, en que son inexcusables esta

clase de desórdenes, hallándose por otra parte la caballería en absoluta imposibilidad de hacer marchas forzadas, por lo mucho que había padecido y estar mal montada.»

Más adelante, comentando, agrega Mitre: «La sorpresa de Cancha Rayada, como sucede en los encuentros nocturno, no fué decisiva, y la dispersión fué tan considerable de una parte como de otra. Esto explica por qué el ala izquierda y la reserva patriota no fueron activamente perseguidas, y que la columna de Las Heras, no obstante haber sido sentida, efectuase su retirada débilmente hostilizada, teniendo ambas que salvar el serio obstáculo del río Lircay.»

Sobre este particular, dice el escritor chileno D. Salvador Sanfuentes:

«¿Qué hacía entretanto el ejército de Osorio? ¿Qué le había impedido avanzar sin pérdida de tiempo á recoger todo el fruto de su inesperada victoria, con la ocupación de la capital?»

Muy generales son las críticas que se han hecho de la lentitud de aquel jefe, atribuyéndole el mal éxito que tuvieron después las armas de la metrópoli, y aun llegándose á asegurar que, si en los momentos inmediatos al desastre hubie-

se adelantado algunas partidas ligeras hacia Santiago, se habría indefectiblemente apoderado de ella é imposibilitado la reorganización de nuestro ejército. Sin intimidarnos por esta voz universal, que pudiera no provenir sino de un conocimiento imperfecto de las circunstancias, entremos á examinar lo que en ella puede haber de infundado, para no imputar á los hombres faltas que en realidad no hubiesen cometido. Es un hecho notorio que ningún historiador de la época ha puesto en duda que en la noche del 19 de marzo el ejército realista sufrió una dispersión no menos completa que el patriota, y que el comandante del Arequipa, don José Rodil, fué el único que en medio de este universal trastorno supo mantener ordenado su batallón, contribuyendo poderosamente á desbaratar los esfuerzos que para reorganizarse hacía nuestra ala izquierda y ofreciendo un punto de reunión á los dispersos. La pérdida de los mismos realistas no bajó de cuatrocientos hombres, entre muertos y heridos, siendo de los primeros, catorce oficiales, y numerándose entre ellos el primer comandante del batallón de Concepción, Campillo, el primer ayudante del de

Burgos, Ponchán, el capitán de cazadores del Arequipa, don Francisco Enjuto, y el teniente peruano don Manuel Dalón.

«Cuando Osorio, que había quedado en Talca, guarneciendo el fortificado convento de Santo Domingo, donde estaban los hospitales y todo el material del ejército, se presentó en el campamento al amanecer, y pudo admirar los trofeos ganados por los suyos, en los primeros transportes de alegría dió la orden de llevar al punto adelante la persecución como al mando de Ordóñez lo verificó la vanguardia hasta las Quechereguas, y el resto del ejército hasta Sangue. Pero el estado casi completo de desorganización en que veía á su gente le hizo conocer bien pronto el peligro á que se expondría y la grave falta que iba á cometer continuando el avance sin interrupción. La infantería estaba además fatigada con las incesantes marchas y trabajos de los días anteriores, sucediendo casi otro tanto con la mal montada caballería. No podía ocultársele que una numerosa división del ejército patrio se había retirado intacta y en el mayor orden del campo de batalla; presentía fundadamente que la dispersión del resto

no habría sido sino un accidente pasajero como la del suyo, y que los activos caudillos independientes no habrían perdido un minuto para rehacerlo. He aquí las razones que le movieron el día 21, á creer indispensable el cambio de la primera resolución y á reunir en junta de guerra á sus principales jefes, que, apreciando los motivos del general, votaron por el retroceso á Talca, con el fin de dar descanso á la tropa y reorganizarse. Solamente Ordóñez y otros dos jefes insistieron por el avance.» (1)



---

(1) SALVADOR SANFUENTES.—MEMORIA HISTÓRICA. Desde la batalla de Chacabucó hasta la de Maipo.





***Táctica y estrategia. El general San Martín  
considerado como militar***

Las grandes marchas estratégicas de la historia contemporánea.—Paso de los Andes por San Martín.—Chacabuco.—Paso de los Alpes por Napoleón.—Montebello y Marengo.—Invasión del Austria por el ejército prusiano en la «Guerra de siete días»; de las fronteras de Sajonia al valle del Elba; de los desfiladeros de la Silesia al cuadrilátero de Bohemia «Sadowa».—Estrategia y táctica según Napoleón.

Además de las sesudas reflexiones del historiador Mitre y de Sanfuentes, hay, á mi juicio, otras consideraciones á formularse, y son las siguientes: Las indecisiones de Osorio, cuando sus segundos le aconsejaban el rápido avance sobre los dispersos de la sorpresa, y la resolución luego de retirarse á Talca, están justificadas aparte del juicio últimamente transcrito, por la personalidad del general en jefe del ejército patriota que tenía á su frente. A San Martín le precedía el mérito que le daban sus acciones de guerra famosas y en las que se había revelado como militar en el teatro de la guerra, con condiciones sobresalien-

tes: experto, hábil organizador y gran estratégico.

Fué tan hábilmente combinada la marcha estratégica de San Martín al través de los Andes, que alarmado Marcó del Pont (fiel á su bandera y á su rey) de la marcha del ejército libertador, llamó á Santiago al coronel Barañaó—hijo de Buenos Aires y nacido en el pueblo de las Conchas—la mejor espada en el arma de caballería del ejército realista, en opinión de Mitre, y á quien tenía destacado con una división (los húsares de su nombre) en San Fernando, y requiriéndole si sabía por dónde avanzaba el ejército libertador, Barañaó le contestó: «Se sienten en todas partes y no se ven en alguna».

No era título gratuito ni un exagerado elogio la condecoración que le había decretado el congreso argentino de 1817 á San Martín con el lema «La Patria en Chacabuco», «al vencedor de los Andes y Libertador de Chile».

En efecto, la campaña libertadora á Chile al través de las altas cordilleras, realizada por un ejército que avanzaba con sus fuerzas fraccionadas en divisiones, pero con el propósito de unir las, para juntas caer sobre el ejército del general Maroto,

en la cuesta de Chacabuco, le había revelado á San Martín como un estratégico; y así esa campaña y marcha, recordaba por sus hábiles combinaciones, la memorable de Napoieón á través de los Alpes, cruzando el San Bernardo, para caer sobre la retaguardia del ejército austriaco mandado por Melas, y cortarle luego la retirada; plan que en opinión de los historiadores, se ejecutó con precisión matemática y con prodigiosa osadía. Las batallas de Montebello y de Marengo fueron la conclusión brillante del Paso de los Alpes.

Otro ejemplo notable de marcha estratégica que ofrece la historia contemporánea, es la de los ejércitos del reino de Prusia en la guerra llamada de «siete días» que terminó con la victoria de Sadowa (1866) ó mejor dicho, con el tratado de Praga.

Los ejércitos alemanes que avanzaban para apoderarse del cuadrilátero de Bohemia, donde destruyeron al ejército austriaco mandado por Benedeck, efectuaron esa marcha por caminos distintos para unirse y luego pelear juntos.

Dos ejércitos al mando del príncipe Federico Carlos avanzaron por las fronteras de Sajonia y el valle del Elba; y

otro, el del príncipe real, penetró en Bohemia, por los desfiladeros de Silesia y del Riesen-Gebirge y el resultado de la marcha fueron las sucesivas victorias de: Munchengraetz, Gitschin, Nachod: Burgerdorf y por último Sadowa.

Pero volvamos á nuestra historia.

Calculad, pues, señores, en presencia de tales hechos, si el general realista iba á aventurarse así no más á librar á la suerte de una persecución, el resultado final de la guerra.

He dicho que el general San Martín se reveló en Chacabuco un gran estratégico, es decir, eso que en la ciencia militar, en el tecnicismo, se denomina arte de dirigir las operaciones militares para obtener la victoria, y que tiene por objeto, para ser más preciso, el saber conducir las tropas en el teatro de las operaciones hasta llevarlas al campo de batalla, al paso que la táctica conduce y guía las operaciones de los ejércitos ó de una parte de ellos, cuando llega el momento del choque.

Conviene, sin embargo, que vosotros, que tenéis la deferencia de escucharme y que conocéis por el estudio teórico, mejor que yo, lo que significan estas palabras y lo que valen estas definicio-

nes, sepáis que yo que soy ignorante en la materia militar, no me permito sostener la definición, tanto más cuanto me encuentro con la explicación que de estrategia y táctica formula un gran capitán, Napoleón, cuando dice: «Que no convenía dividir jamás el arte de la guerra en dos partes, de las cuales una tenga por objeto dirigir los cuerpos del ejército—fuera del alcance del cañón—y la otra guiarlos bajo el fuego. Por ello al arte de dirigir la guerra lo llamó «gran táctica» y los preceptos por él establecidos, lo mismo se aplican á los combates que á las marchas y maniobras.

En cuanto al disertante, en lo que toca á mí, juzga, aunque no pueda explicarlo científicamente, que cabe alguna diferencia entre ambas denominaciones: táctica y estrategia; por ello siempre entenderé que entre los militares argentinos, el general Paz es un gran táctico. Formulo la afirmación, teniendo presente que los grandes hechos de guerra de este militar, las tres batallas: Tablada, Oncativo y Caaguazú, en cuyas dos primeras derrota á Facundo y en la última al general Echagüe, revelan un gran táctico. Un militar genial, dado que en ellas el jefe del ejército unita-

rio—la palabra viene al caso para diferenciarlo del general contrario—derrotaba, destrozaba, con sus repentinos cambios de formación durante la batalla, y sus raras combinaciones, todos los planes de ataque del enemigo.





*Reorganización del Ejército libertador por  
San Martín después de Cancha Rayada.  
Distribución del comando.*

El ejército que en territorio chileno reorganizó San Martín después de Chacabuco, con contingentes argentinos y chilenos, sobre la base de las tropas de los Andes, se calcula, por los historiadores americanos que han escrito nuestra gran guerra, en 7.000 combatientes; de manera que durante el año que corre de Chacabuco á Maipu, los independientes habían reunido bajo banderas la unidad más poderosa que por entonces actuaba en la América del Sur, para pelear á las tropas del rey.

De ejército tan numeroso, disciplinado y bien pertrechado, dirigido por un general experto como San Martín, y al frente de cuyas unidades estaban jefes aguerridos y acostumbrados á alcanzar la victoria, mucho se debía esperar.

De ahí, señores, los temores, las dudas y las vacilaciones del jefe realista,

del general Osorio, manifestada á sus segundos y expuestas en sus notas al virrey en Lima.

Pero como fuera imprescindible salir de tan violenta situación, el jefe español al fin se decidió por el proyecto audaz del general Ordóñez, y autorizó la temeraria resolución de éste, que dió por resultado la sorpresa y triunfo de los españoles la noche del 19 de marzo en Cancha Rayada, hecho que redujo el ejército libertador, de 7.000 hombres á 4.000 escasos.

Con estos cuatro mil hombres que reunió San Martín bajo la base de la división salvada por Las Heras en la sorpresa, 3600 ó 3500 hombres, estableció el general argentino su cuartel en las afueras de Santiago, y á los diez días del desastre San Martín se sintió fuerte como para volver á buscar al enemigo; hecho éste de por sí asombroso.

Los esfuerzos de O'Higgins y del agitador Manuel Rodríguez hicieron que se aumentaran las plazas á 4900, según San Martín, y hasta 5000, según Mitre, escasamente á 4500, según el general Las Heras. En cuanto á las unidades de este ejército y el mando de las mismas, se distribuía en el orden siguiente:



Batallones chilenos: «Cazadores de Coquimbo»: comandante Isaac Thompson; núm. 1º, comandante Juan de Dios Rivera; núm. 2º, comandante José Bernardino Cáceres; núm. 3º, comandante Agustín López. «Batallón Infantes de la Patria», comandante José Antonio Bustamante.

Caballería: 4 escuadrones de cazadores (argentinos y chilenos). Jefes: tenientecoronel Ramón Freires y sargento mayor Santiago Bueras.

Artillería: 17 piezas en dos escuadrones, jefes tenientecoronel Manuel Blanco Encalada, argentino al servicio de Chile, y sargento mayor Manuel Borgoño.

Ejército argentino: (infantería) núm. 1 de «Cazadores de los Andes», coronel Rudecindo Alvarado; segundo jefe, mayor Severo García de Sequeira. Núm. 7, tenientecoronel Pedro Conde. Núm. 8, comandante Enrique Martínez. Núm. 11, coronel Juan Gregorio Las Heras, segundo jefe, Francisco Borges. (1) «Granaderos á Caballo», 4 escuadrones: jefe coronel José Matías Zapiola; segundo

---

(1) Doy los nombres de los segundos jefes argentinos porque en la batalla, Las Heras lo mismo que Alvarado, dejaron el comando directo de los cuerpos, para mandar las divisiones.

jefe, tenientecoronel José Melian. Comandantes de escuadrón: tenientes coroneles Manuel Medina y Manuel Escalada. Artillería 4 piezas: Jefe, tenientecoronel Pedro Regalado de la Plaza. Este ejército lo dirigía un estado mayor, así distribuido: Cuartel general: Excmo. señor general en jefe, coronel mayor José de San Martín; general en jefe, substituyente, brigadier Antonio González Balcarce. (Es el mismo que ganó nuestra primera victoria en Suipacha el 7 de noviembre de 1810 y fué derrotado en Huaqui); coronel jefe de reserva, Hilarión de la Quintana. Ayudantes del capitán general: sargento mayor de caballería Mariano Escalada, capitán del ídem Juan O'Brien, ayudante del señor general substituyente, sargento mayor de caballería, Domingo Torres; capitán de artillería Francisco Díaz.

Estado mayor y ayudantes generales: sargento mayor de infantería, José María Aguirre; sargento mayor de ingenieros, Alberto Bacler D'Albe; ídem graduado de caballería Manuel Acosta. Agregados: Sargento mayor graduado de infantería, Luciano Cuenca; capitán de infantería Manuel Reyes; teniente ídem Francisco de Méndez.



*Marcha de los ejércitos beligerantes  
hacia Maipu*

Alarma en Santiago por la aproximación de la fuerzas españolas.—Juicio de Carlyle sobre los soldados de San Martín.

Hechos los preparativos, San Martín, con las unidades indicadas y los jefes nombrados, levantó su ejército del campamento al sur de Santiago (chacra de Ochagavía) y se movió el 4 de abril en dirección al sur, para buscar la aproximación del ejército español, que había evacuado á Talca y marchaba hacia el norte en dirección opuesta al que llevaba el ejército patriota.

Esto indica que, marchando así ambos ejércitos, tenían fatalmente que encontrarse y chocar.

El trayecto del ejército patriota fué esta vez muy corto, apenas pudo alcanzar al llano de Maipu, distante dos leguas al sur de Santiago, donde se detuvo como se constata en el plano adjunto al tomo XI de la Historia de

Chile de Barros Arana, y relativo á la batalla.

¿Cuál era el motivo de esta marcha tan lenta de parte del ejército libertador, porque (como se verá después) el general San Martín se había detenido en la Loma Blanca.

La razón muy fundamental del libertador era la siguiente: En la noche del 4 de abril llegó á Santiago una noticia que puso en alarma á toda la población y que la obligó á pasar la noche despierta, agitada por los más tristes presentimientos y por temerse que un nuevo desastre traería como consecuencia funesta la pérdida de la libertad de Chile, y lo que era también muy de temerse, las represalias, castigos y venganzas, que era la característica de la política militar española como se había evidenciado, trazando más de una página negra con Goyeneche, en el Alto del Perú, y Morillo y Monteverde, en Venezuela y Nueva Granada.

Se explica, entonces, que muchas personas, ante el peligro y la alarma, perdieran esa noche la razón en la capital de Chile, como lo afirma el viajero inglés G. Haigh, en una descripción de la batalla en la que fué espectador.

Sobre este punto dice Barros Arana: «Que esa noche reinaba en Santiago una intranquilidad que es casi imposible describir. Todos sus pobladores sabían que la batalla que debía empeñarse de un momento á otro, iba á decidir de la suerte de la ciudad y probablemente de la revolución chilena. Aunque en Santiago quedaban algunas familias decididamente afectas al viejo régimen, que anhelaban con ardor y que esperaban con fe incontrastable el restablecimiento del gobierno del rey; aunque había un número considerable de personas que por ignorancia ó egoísmo eran indiferentes en aquella contienda, la inmensa mayoría de la población se había plegado al partido de los independientes y hacía votos por su triunfo en la próxima jornada. Los unos y los otros, así los partidarios del rey y los indiferentes, como los patriotas, temían las violencias de la plebe que, según se creía, estaba ávida de saqueos, temiendo todos de que, vencedores los realistas y abandonada la ciudad por las fuerzas de milicia que la guarnecían, iba á ser necesariamente el teatro de los más espantosos desórdenes. La devoción arraigada y tradicional de los habitantes de

Santiago, se manifestó en esos días por medio de rezos y plegarias incesantes dentro de cada casa y por mandas y obsequios á los santos.»

Este temor, en parte, se justificaba, porque el enemigo venía en dirección á Santiago á marchas forzadas.

Por eso el 26 de marzo el ejército realista vadeaba el Teno, acampaba en Chiborango el 27; el 28 llegaba á San Fernando; allí donde había estado reuniendo dispersos San Martín después de Cancha Rayada; el 29 alcanzaba á Rengo, de todo lo cual estaba al tanto San Martín, debido á la exploración de las partidas de caballería mandadas por Melian y por Bueras. Por eso el 30 llegó con sus avanzadas á las márgenes del Cacha-poal, donde se encontró con otras de «Granaderos á Caballo» al mando del capitán Cajaraville, más fuerte, en doble número que la sección de éste, lo que no impidió que el capitán argentino las cargara, y derrotándola las sableara y matara á su jefe.

Como este episodio tiene importancia, pues se trata de un combate de caballería en que tan lucido papel jugaron los «Granaderos á Caballo» conviene transcribir la cita que hace D. Salvador San-

fuentes en su memoria citada, del capitán Verdugo, soldado entonces y actor en la batalla.

«Mi capitán Cajaraville, dice Verdugo, fué nombrado para marchar (arriba) al sur, hasta descubrir al enemigo. Ibamos sesenta hombres, cada uno con caballo de tiro; pero habiendo pasado el río Cachapoal y entrado al llano que antes se llamaba llano de Mendoza, hacienda de los señores Valdivieso, cuando divisamos las polvaredas del enemigo serían las ocho de la mañana; inmediatamente mandó mi capitán echar pie á tierra y que apretásemos las monturas y soltásemos los caballos que traíamos de tiro y fueron entregados á unos milicianos que marchaban con nosotros y mandó *«¡A caballo, al frente en batalla y marchen!»*. A poca distancia encontramos un escuadrón, formado también en batalla, que era la vanguardia, y este escuadrón era de españoles todo y se llamaba «Lanceros del Rey». Llevaban lanza, espada, carabina y pistola. Mi capitán no hizo ninguna variación, sino, que siempre en batalla, y cuando nos acercamos, mandó *¡trote!*

«El enemigo rompió sobre nosotros un vivo fuego, y nosotros siempre de frente,

marchando con carabina en mano y sufriendo todo el fuego que nos hacían; pero como á la distancia como de cien varas mandó nuestro bravo capitán «¡preparen, apunten, fuego!» y al mismo instante «¡carabina á la espalda, sable en mano, galope, guía al centro!» y luego dió la voz ¡degüello! y nos fuimos encima; los enemigos que con los fuegos que nos hacían se habían desordenado un poco en las filas, trataron de defenderse con la lanza; pero nosotros no les dimos tiempo, y se desordenaron todos y volvieron cara y trataron la fuga; y nosotros los cargamos hasta cerca de su ejército á todo el rigor del sable, hasta que salieron unas compañías de infantería y nos hicieron una descarga que nos voltearon trece soldados, y como ya venía otro escuadrón de caballería volvimos caras y nos cargaron hasta la orilla del río.

Nunca pudimos saber el número de soldados que nosotros volteamos. Nosotros perdimos de los sesenta hombres que íbamos, veintinueve muertos y diez y ocho heridos, los más de lanza».

Las líneas transcriptas evidencian que como combate de avanzadas, y aunque éstas pocas en número, el combate fué



encarnizado y sangriento, pues en él perdió el capitán Cajaraville la tercera parte de su gente, lo que evidenció el valor, el temple y la disciplina de los Granaderos. Para qué agregar que el triunfo fué celebrado en Santiago como una espléndida victoria, más para sembrar confianza en las gentes timoratas, que por lo que significaba el hecho en sí.

Cabe preguntar, sin embargo, si el valor impulsivo de Cajaraville, no lo llevó más allá de sus instrucciones, como fué la de irse sobre el campamento español lo que motivó sin duda que fuerzas muy superiores á las suyas le voltearan tanto soldado, dejándolo casi sin gente.

Así explorando el terreno y avanzando, llegó el ejército realista el día 4 de abril á ocupar una distancia del ejército patriota de seis kilómetros, poco más de una legua, que no es distancia en operaciones de guerra.

Velando las armas, con el oído atento, el ojo avizor y en el más completo silencio, se pasó la noche del 4 de abril en ambos campamentos.

Los patriotas estaban ansiosos de la acción, de recuperar el tiempo perdido, de cimentar una vez por todas la liber-

tad de Chile, y de vengar la derrota y dispersión de Cancha Rayada.

El viajero Haigh, citado, que tuvo motivo de observar el ánimo de la tropa, dice al respecto: «La ferocidad lúgubre y silenciosa de los soldados, la interpretamos como un feliz augurio para la causa de la libertad. El profundo silencio en que estaban sumidos, indicaba claramente el modo cómo pensaban fatalmente tratar al enemigo, y habían declarado previamente: que no darían cuartel ni lo pedirían tampoco».

Los negros libertos de los batallones números 8 y 11, habían jurado vengarse. Para ellos, acostumbrados á presentar sus cuerpos á las balas, la sorpresa de Cancha Rayada constituía una traición, y su recuerdo les ardía cual si les hubiesen asestado un bofetón en la mejilla; por eso, no obstante las advertencias de los jefes y oficiales, que les explicaban que la sorpresa había sido un ardid de guerra, como otro cualquiera, anduvieron refunfuñando los días anteriores á la batalla, y exclamaban: «¡Ya verán! Ya verán esos godos». La amenaza la cumplieron en el ataque á la bayoneta en el Caserío de Espejo, tanto que, para contenerlos, los oficiales

tuvieron que emprenderla á palos con los negros.

Ese era el temple de aquellos veteranos, entre quienes se destacaban los gauchos del sur. Aquellos soldados «Granaderos á Caballo» que según la expresión de Carlyle, se tendían por la noche envueltos en sus ponchos, con la mochila por almohada, bajo el dosel del cielo, y arrullados por el duro trabajo, se sumergían á poco con fuertes melodías nasales en la más desatinada y áspera danza de potros de imaginables sueños.

«No habían dejado acaso tras de sí en las Pampas, una madre, una querida, qué sé yo,—y no era probable que algo encontraran si conseguían llegar con vida á Chile?»

Qué entidad la de esos compañeros nocturnos de San Martín roncando fuertemente en el corazón de los Andes, bajo las eternas estrellas. Los cansados centinelas con dificultad se mantenían despiertos; las mulas fatigadas masticaban su ración de cebada y dormitaban en tres patas. En el fogón moribundo, apenas se hubiera podido encender un cigarro; brillaban Cánope y la Cruz del Sur y todos roncaban estrepitosamente

circundados por desiertos de granito y contemplados en esa situación por las constelaciones\*.





### *Topografía del teatro de las operaciones*

Como conviene, antes de pasar adelante, dar una explicación de la zona donde iban á trabar la acción las tropas contendientes, voy (tributando el respeto que se merece la memoria del ilustre general Mitre) á transcribir la descripción que él mismo hace del campo de Maipu, en su historia de San Martín; es sin duda la más completa y técnica de las que se han escrito.

Al proceder así, lo hago, repito, más como un homenaje de justicia á nuestro historiador, que por evitarme hacer la descripción, pues para ello me habría bastado estudiar en el caso cualquier geografía de Chile.

«El teatro en que se desenvolvían estas operaciones, dice Mitre, es una llanura limitada al este por el río Mapocho, que divide la ciudad de Santiago. Al norte por la serranía que la separa del valle de Aconcagua, y al sur por el Maipu, que le da su nombre. Hacia el

oeste se levanta una serie de lomadas y algunos montículos que corren de oriente á poniente y se destacan en monótonas líneas prolongadas en el horizonte, rompiendo la uniformidad del paisaje, algunos grupos de arbustos espinosos en un campo cubierto de pastos naturales, y en lontananza las montañas que circundan el valle y dan la perspectiva. Al sur de Santiago se prolonga en el espacio como de diez kilómetros, en la dirección antes indicada, una lomada baja, de naturaleza caliza, que por su aspecto lleva el nombre de «Loma Blanca».

«Sobre la meseta de esta lomada evolucionaba el ejército patriota. En su extremidad oeste, y á su frente, se alza otra lomada más alta, que forma un triángulo cuyo vértice sudoeste se apoya en la hacienda de Espejo, antes mencionada, conduciendo á ella un callejón en declive, como de veinte metros de ancho y trescientos de largo, cortado por una ancha acequia en su fondo, y limitado á su derecha é izquierda por cerros y potreros que cierran altos tapiales.

Esta era la posición que ocupaba el ejército realista.

«Las dos lomadas están divididas por una depresión plana del terreno ú hondonada longitudinal como de un kilómetro en su parte más ancha y doscientos cincuenta metros en la más angosta.

«Al este del vértice ó puntilla de la loma del sur, se extiende un grupo de cerrillos aislados, y entre ellos uno más elevado en forma de mamelón que hacía sistema con un triángulo ocupado por los realistas. El vértice este de esta posición, que era su parte más elevada, se destacaba como un baluarte y hacía frente á un ángulo truncado fronterizo de la Loma Blanca, que lo flanqueaba por una parte y lo enfilaba por la otra ».





### *Paralelo de los dos ejércitos*

Ardides de Osorio para obtener la victoria y previsión de San Martín para vencerlo.

En este campo se encontraban los dos ejércitos en la mañana del 5 de abril de 1818,—día de la batalla,—el ejército argentino chileno fuerte de 5000 hombres, y el español que ascendía de 5500 hombres, siendo de advertir que en cuanto á su composición de unidades, la infantería del ejército patriota era inferior, excepción hecha del Batallón núm. 11 de los Andes, cuyo efectivo alcanzaba, se dice, á 900 plazas. Los otros batallones argentinos, como el número 8 y número 7, no llegaban á contar con la mitad del efectivo del número 11, y había algunos batallones chilenos, como el « Cazadores de Coquimbo » y número 2 de Chile, cuyas plazas no tenían doscientos combatientes.

La inferioridad de la infantería del ejército patriota estaba compensada por la superioridad de la caballería: los ocho



escuadrones de granaderos y cazadores, y particularmente por el número de piezas que entrarían al fuego durante la batalla, que algunos hacen ascender á 25, pero que á estar á los datos que menciona Mitre y que se detallaron anteriormente, sólo alcanzaban á 21.

Por lo que toca al ejército realista, las unidades de éste se formaban de cuatro batallones que con las compañías de zapadores que se colocaron á los flancos de los mismos el día de la acción, sumaban de 3400 á 3600 hombres. De estos batallones se distinguía, por el número de soldados y los antecedentes de que se envanecía, el batallón «Burgos».

Hacían también parte de la infantería los batallones de «Concepción» é «Infante Don Carlos», el primero compuesto de chilenos; el batallón «Arequipa» de peruanos, éste mandado por Rodil, quien debía hacer un lucido papel en la batalla, y se hizo de nombre después en la guerra del Perú, por haber sido la última espada española que se rindió á las armas americanas,—hecho que tuvo lugar cuando capitularon por segunda vez las fortalezas del Callao en 1824, á una división del ejército de Colombia, al mando del general Salón.

La caballería la formaban cuatro regimientos que se distinguían con los nombres de: «Lanceros del Rey» (españoles), «Dragones de Arequipa» (peruanos), «Dragones de Chillán» (chilenos en parte) y «Dragones de la Frontera» también chilenos en mucha parte.

El general Mitre, al hablar de la caballería, cita á los «Dragones de Concepción» y el capitán Merino, en el estudio de la batalla, cita á los «Dragones de Concepción» y «de Chillán». Hay en esto un error sin duda que no he podido resolver, porque en historia alguna de las consultadas encontré los cuadros del ejército español dispuestos para la pelea.

¿Qué número de plazas tenían estos regimientos?

Mejor dicho, ¿cuántos jinetes cada escuadrón? ¿Eran superiores á los 1400 caballos del ejército patriota ó no? A considerar las afirmaciones de los escritores, las tropas montadas españolas eran inferiores, lo que da á entender que esas unidades eran diminutas, y habría algunas que no ascenderían á 200 combatientes.

∴ Esa inferioridad se creía estaba, sin embargo, compensada por la experien-

cia de los jefes que mandaban las caballerías, como Morla, Morgado, Bernardo Latorre y comandante Palma, si bien esa presunción era, como se vió luego, errónea, pues en el momento de la acción esa caballería no respondió. Esta la mandaba en jefe, antes de la batalla, el coronel Ollarúa.

Confirma nuestra afirmación el escritor chileno D. Salvador Sanfuentes, cuando dice: «Osorio no tenía, y con razón, en los cuerpos de esta arma de su ejército, la organización y pericia exigidas. Formaban gran parte de ellos los que había traído desde Lima; y aquí advertiré, para que se forme una idea cabal de lo que estos últimos importaban, que en la revista general que pasó el virrey Pezuela en Bella Vista al ejército expedicionario, antes de su embarque, buen número de jinetes no pudieron sostenerse sobre el lomo de los caballos al practicar sus mal coordinadas evoluciones. Aun los dragones de Ordóñez, que componían la porción selecta de esta caballería, si se exceptúa el único encuentro de Lircay, en que sólo el poco acierto del jefe que ordenó la carga de la nuestra, pudo hacerles obtener una efímera ventaja, habían dado

pruebas de una notable inferioridad en cuantas ocasiones se ofrecieron. Freire con dos escuadrones sostuvo firmemente el choque de todas sus masas en las orillas del Lontué. (1)

En cuanto á la artillería, sus elementos solamente alcanzaban á doce cañones, mandados en conjunto por el coronel Bagona, si mal no recuerdo; pero en el día de la batalla marchaban divididos en batería de cuatro piezas, á retaguardia de Ordóñez, Morla y Morgado, á estar al diseño de la colocación de los cuerpos realistas que da el capitán Merino, baterías que en el momento del combate ocuparon las alas. Siendo estas piezas doce, estaban en una inferioridad de nueve, respecto de los patriotas que ascendían á 21, y luego se verá cómo esta inferioridad de la artillería española fué causa para que hicieran tan brillante papel las 17 piezas de artillería de Chile que, dirigidas por Blanco Encalada y Borgoño, apoyaron el avance de la división de la derecha mandada por Las Heras, y protegieron el ataque de la división de Alvarado.

Emprendida la marcha hacia el norte

---

(1) SANFUENTES. Obra citada.

por Ordóñez, después que éste dejó el campamento de Talca, con el objeto de dirigirse sobre Santiago ó Valparaíso, según se lo impusieran las circunstancias, el ejército llegó el día 4 de abril y campó en el «Caserío de Espejo»; pero Osorio, valido de las ideas de algunos jefes realistas, aun los más resueltos, que desde que se abrió la campaña comprendían los peligros de la situación por los informes que sabían y por lo que creían que el ejército que tenían al frente era superior en artillería y caballería al español, viéndose en la imposibilidad de retirarse á Talcahuano, optó por ganarse, como antes se dice, ó el camino que conducía á Santiago, para tomar la capital, ó el que llevaba á Valparaíso, para allí hacerse fuerte, ver de buscar la victoria, ó, en caso de fracaso, embarcarse en la escuadra que bloqueaba el puerto y huir al Perú.

Confirman esta afirmación, las consideraciones de Sanfuentes cuando dice: «Dominado de un fatal presentimiento y vacilante entre si comprometía la acción decisiva, ó tomaría la dirección de Valparaíso, para formar en este puerto, bloqueado á la sazón por los buques de guerra españoles, una base de opera-

ciones que le ofreciese mejores probabilidades de buen éxito, Osorio había intentado desde esa noche (4 de abril) sugerir á sus jefes este último partido á que se inclinaba su dictamen. Temeroso, sin embargo, de comprometer su autoridad, por el conocimiento que tenía de los que le rodeaban, no lo hizo abiertamente sino en términos ambiguos y calculados para sondear sus disposiciones. Hubo muy luego de desistir de sus propósitos, puesto que soñaban nada menos que en dar leyes al día siguiente en la capital, que tenían á la vista; y se decidió por el consejo que iba á llevarle directamente á la perdición».

De ahí las tentativas de avance frustradas, y en la que en una de ellas fué sentida una de sus divisiones en las proximidades de la ciudad.

Por otra parte, San Martín estaba resuelto á acelerar el desenlace, evitando los combates parciales y preparado para resolver la situación en una batalla definitiva y eficaz. De ahí el empeño del general patriota en cerrarle los caminos de escape y salvación que buscaba Osorio. Por ello el general San Martín, como afirma Mitre, se había situado en la extremidad de la loma, á diez kiló-

metros de Santiago, dominando en su conjunción los tres caminos que comunican con los pasos de Maipu y amagaba el de Valparaíso, asegurándose así una retirada, á la vez que cubría á la capital por los únicos puntos vulnerables, la cual para mayor garantía hizo atrincherar, guarneciéndola con mil milicianos y un batallón bajo la dirección de O'Higgins.









### *Preliminares de Maipu*

Instrucciones para la batalla.—Línea de combate de ambos ejércitos.—Psicología del soldado.—Indecisión de San Martín.

Pronto el ejército libertador á entrar en operaciones, es decir, decidido San Martín á librar la batalla, impartió en el día de la misma, ó sea en la mañana del 5 de abril, las instrucciones á los jefes que, en síntesis, se concretaban á los siguientes puntos:

«A. Recomendar á los jefes unión y firmeza para asegurar el éxito de la victoria.

B. Los jefes de cuerpo no deben esperar órdenes superiores; obrarán de por sí, auxiliándose recíprocamente, cargando al enemigo cuando éste se despliegue ó emprenda marcha, y tratar de restablecer el orden cuando flaqueé la línea.

C. Cuando se levanten en donde se halla el cuartel general, señalando el punto con una bandera tricolor, tres ban-

deras en un mismo tiempo: la tricolor de Chile, la de las Provincias Unidas y una encarnada, expresarán las tropas un «viva la patria», y en seguida cada cuerpo caerá al arma blanca cuando tenga el enemigo á cincuenta pasos del frente y le perseguirá. Al toque de llamada deberán entrar en línea.

D. Dado el carácter del soldado americano, se recomienda la ofensiva.

E. Se recomienda igualmente el ataque recio al batallón «Burgos», del ejército realista, porque éste constituye, á juicio de los españoles, el nervio de su infantería, y viene precedido de una fama bien adquirida, que es imprescindible destruirla.»

Antes de iniciar la acción San Martín distribuyó sus tropas en tres divisiones. La de la derecha al mando del coronel Las Heras, compuesta del Batallón número 11 de argentinos, y batallones de «Cazadores de Coquimbo» é «Infantes de la Patria», del ejército de Chile, ocho piezas de artillería de Chile al mando del comandante Blanco Encalada, y protegiendo el flanco cuatro escuadrones de «Granaderos á Caballo», á las órdenes de Zapiola.

La división de la izquierda, mandada

por Alvarado, la constituían el Batallón número 2 de Chile, Batallón número 8 (argentino) y Batallón número 1 de «Cazadores de los Andes» (argentinos).

Nueve piezas de artillería del ejército de Chile, al mando de Borgoño, y en el flanco cuatro escuadrones «Cazadores de los Andes», compuestos de argentinos y chilenos.

El orden que llevan los batallones que van al combate, es de derecha á izquierda, el flanco izquierdo—como se indica en el plano de la historia de San Martín.

La división de reserva al mando del coronel Hilarión de la Quintana, se colocó á trescientos metros á retaguardia de la línea de batalla, formando una sola línea con el Batallón número 7 de los Andes y los números 3 y 1 de Chile; pero distribuyó su artillería: cuatro piezas pesadas servidas por soldados argentinos, y mandados por Regalado de la Plaza, en el centro de las divisiones de Las Heras y Alvarado, derecha é izquierda, respectivamente, del ejército patriota.

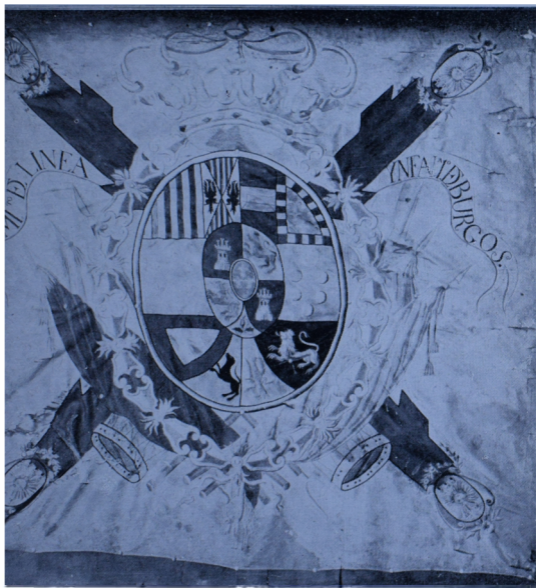
De manera, señores, que tenemos una sola línea de extensión á vanguardia por batallones formados en columnas y regimientos en secciones de escuadrón.

Ocurre preguntar, mejor dicho, permitirse preguntar, ¿por qué distribuyó y formó así su ejército San Martín, cuando en los primeros momentos de la batalla pudo Osorio, al observar aquella formación, romperles á metrallazos el orden de masa y sembrar el estrago en las filas del ejército argentinochileno? La respuesta no es difícil de darse, si se tiene presente que la artillería de ese tiempo era poco vulnerante á la distancia.

Ocupando los soldados de San Martín el espacio de la Loma Blanca, comprendido en el extremo norte del ángulo que formaba las sierras, extremo que se corría de nordeste á sudeste, el experto general no podría desplegar en batalla con la amplitud necesaria. Debe advertirse, antes de pasar adelante, que la formación indicada por el general Mitre, es la misma que sigue Barros Arana y que con anterioridad á ellos describió el doctor Vicente Fidel López.

Esta colocación de tropas no es la misma que en el diseño de las unidades que concurren á la batalla indica el capitán Luis Merino S., de la escuela militar de Chile, en el estudio de la misma batalla.

**TROFEO DE MAIPU**



**Bandera del Regimiento "Burgos"**

Merino coloca las divisiones en el mismo orden, pero distribuye la caballería en la segunda línea y á retaguardia de ésta la artillería. Difiere también en la distribución de los cuerpos, colocando una sección de granaderos y la escolta de San Martín á retaguardia de la artillería argentina, las cuatro piezas mandadas por la Plaza, y si bien en la primera distribución se equivoca (á mi juicio), no sucede así en la segunda, porque es de advertir que la reserva de la división del coronel de la Quintana tenía que ser auxiliada por caballería, entre otras la misma escolta de San Martín, quien estaba con su cuartel general en el centro de esa división.

Sometido á la tenaz resolución de los jefes principales, Ordóñez y Primo de Rivera—que querían decidir de una vez por todas la suerte de la guerra, en el campo de Maipu—Osorio distribuyó sus fuerzas en el orden siguiente:

« Osorio colocó su línea en el espacio intermedio de la meseta triangular del lado sur, extendiéndose igualmente de nordeste á sudeste, y distribuyó sobre el mamelón, según Mitre, ocho compañías de granaderos y zapadores, con cuatro piezas de artillería al mando de ,

Primo de Rivera, con el doble objeto de amagar la derecha patriota y tomar por el flanco sus columnas si avanzaban, á la vez que asegurar su retirada por el camino de Valparaíso».

A esta disposición, la designa Mitre con el nombre de extrema izquierda.

Esto puede distinguirse en el plano de Mitre con los números 8. El intervalo entre el mamelón y la puntilla norte del triángulo, fué cubierto por Morgado por los escuadrones de «Dragones de la Frontera».

«Sobre la loma, continúa Mitre, formó en batalla en la proyección noroeste y S. O. (á mi entender N. E. S. E. si ha de seguir la rosa de los vientos que figura en el plano) en línea quebrada por el mamelón, pero sin cubrir todos los perfiles de la altura por el noroeste. Colocó los batallones «Infantes Don Carlos» y «Arequipa», formando división al mando de Ordóñez, y sobre la izquierda el «Burgos» y «Concepción», á órdenes de Morga, con cuatro piezas adscriptas á cada una de las dos divisiones. La extrema derecha fué cubierta por los «Lanceros del Rey» y «Dragones de Concepción».

Esta distribución de tropas es un tan-

to diferente de la que da el capitán Merino en el estudio de la batalla, que es la siguiente:

Derecha: División Ordóñez, batallones (de derecha á izquierda): «Don Carlos», «Concepción», «Compañía Zapadores». En el centro: «Lanceros del Rey», «Dragones de Arequipa». A retaguardia de estas cuatro piezas. Centro: División Morla: batallones «Burgos» y «Arequipa», «Dragones de Chillán» (no mencionados por Mitre), á retaguardia de estas cuatro piezas. Izquierda: División Primo de Rivera, cuatro compañías de granaderos y cuatro de zapadores. Reserva: Morgado, «Dragones de la Frontera» y á retaguardia cuatro piezas.

Así tendidas las líneas y dispuestas á operar al primer movimiento, tenemos que el ejército de San Martín tenía desplegado dos divisiones de frente y una de retaguardia, siendo de advertir que la artillería, que en el primer momento tenía á retaguardia Osorio, marchó á colocarse al romperse las hostilidades en línea de fila con las tropas de infantería en los intervalos de la misma.

Colocadas así ambas divisiones, veremos que la división de la derecha ar-

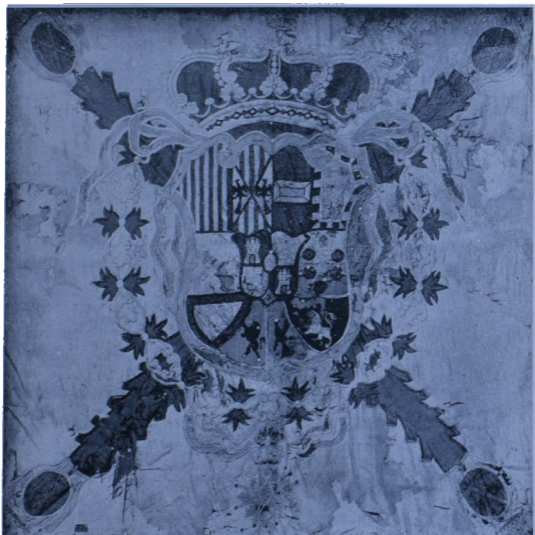


gentina tenía que chocar con la extrema izquierda realista, es decir, Las Heras contra Primo de Rivera y Morla, y la izquierda, también argentina, contra la derecha española, quiere decir Alvarado contra Ordóñez.

A la izquierda de la línea que ocupaban los que iban á combatir se extendían dos caminos, que apenas alcanzaban en su parte más ancha á mil metros de extensión, y que al cruzar la Loma Blanca y llegar á la altura de la chacra de Ochagavía, donde en los cuatro primeros días de abril había estado acampado el ejército, se unían.

Estos caminos se designaban, el primero situado hacia el este, de Melipilla, y el segundo hacia el oeste, de Longuen á Santiago. Estos eran precisamente los dos caminos de que se quería apoderar Osorio antes de la batalla, en cuyo intento fué burlado por San Martín. Hacia su derecha tenía el camino á Valparaíso, que corría en dirección oeste-este y sobre el que también pretendía Osorio correrse en caso de derrota, para llegar á aquel puerto y salvar á los vencidos, embarcándolos á bordo de la escuadra que bloqueaba el puerto, como queda dicho. En tal situa-

TROFEO DE MAIPU



Bandera del Regimiento "Burgos"

(Museo Militar de Chile)

ción los contendientes pasaron las primeras horas de la mañana firmes y silenciosos en sus posiciones.

La brisa perfumada de las primeras horas de la mañana del cinco de abril, hermosa estación del año en Chile, templada, en su frescura por los tibios resplandores de un sol de otoño, iluminaban el campo, y es de pensar que en aquel momento los valientes que iban á decidir en un duelo á muerte la suerte de las causas que defendían, olvidaron todos los atractivos de la vida y el pensar en los suyos, para absorber el pensamiento en la patria que unos trataban de fundar, y en la colonia que otros querían sujetar á la aspiración de su rey y á la sugestión de su política.

Ese momento era el silencio precursor de los emocionantes dramas de la vida. Era ese silencio que precede á los combates navales y á las batallas terrestres, en que el viento parece zumbar con rumores extraños de muerte, en las jarcias, en las velas y en los masteleros, y en que la brisa que pasa hierre el oído del marino y del soldado con un vago acento melancólico de adiós.

Los artilleros sentados sobre los arzones, ó apostados en las cabalgaduras,

miraban á lo lejos, como queriendo descubrir los blancos en que ejercitarían las punterías, sembrando con los proyectiles el estrago y la muerte en las filas enemigas.

Los infantes, apoyados en sus fusiles, se contemplaban mudos y miraban con indiferencia; pero indudablemente se sentía en todos ellos ese estado del espíritu ante el peligro próximo, esa sensación rara de lo desconocido y que los militares del arma de caballería suelen percibir con más claridad.

En los flancos del ejército libertador se distinguía la masa negra de la caballería formada en escalones. Los jinetes y ¿por qué no decir? hasta los caballos esperaban el momento en que los clarines vibrasen, sonando el toque de carga, ese toque á veces tan triste del clarín, que suena en los oídos con modulaciones lúgubres.

Los jinetes esperaban, envainados los aceros, el momento en que la voz de mando los hiciera reflejar al sol. El silencio, raro, era de muerte en aquellos soldados que en apariencia parecían impassibles y cuyos ojos miraban en dirección á occidente, allá, á los lejos, donde estaba el enemigo contra quien ellos

iban á chocar, haciendo jugar los sables con su potente brazo, en el salvaje y sangriento empuje de la carga; en el ímpetu y confusión del encarnizado entrevero; en los que jinete y animal juegan la vida en medio de un vértigo de matanza, que todo lo mueve, agita y destroza.

Pero en medio de ese silencio, de ese mutismo, un rumor leve, tenuísimo de ruedas de metal corre, pasa, se bifurca de fila en fila, de escuadrón en escuadrón; rumor que agita é impacienta la uniforme masa de jinetes. Es el chicchac de las espuelas, impulsado por los nervios que agitan el ánimo del soldado, aun del de más templado valor. Es el ruido metálico del rodaje de los espolines, que mueve inconscientemente la posición vertical del pie sobre el estribo y que hiere pausadamente al caballo, y que es general á toda tropa del arma de caballería, aun en los ejércitos mejor organizados. Nerviosidad común, reveladora de la intuición del sacrificio; lucha entre la mente y la voluntad, que al fin desaparece, vuela, muere al sonar la orden de la carga. Es el avanzar del hombre, en el duelo á muerte; y entonces ya el hombre no es hombre, sino fiera impulsiva, que hiere, que mata,

ó que ultima, en los momentos en que la aguda lanza penetra en el cuerpo del jinete, y le suspende en el aire; en que el filoso acero parte un cráneo de un hachazo, en que el bayonetazo se hunde en el cuerpo del enemigo, ó en que la metralla destroza y ralea las filas contrarias, porque anima la pelea el toque del clarín, el redoble marcial del tambor, la voz y el grito de los jefes, de los bravos que impulsan y alientan al combatiente, mientras que las banderas como flameando al viento movidas por ráfagas de gloria les hablan de vencer ó morir.

---

Tomadas las disposiciones del ataque, pues San Martín quería llevar la ofensiva, el jefe argentino no se animaba á poner en movimiento las columnas, aunque eran las doce del día, por el interés que tenía en descubrir la colocación de la artillería enemiga. « Temía, dice López, que la hubiese agrupado donde el terreno era más angosto, para barrerle las columnas que lanzase por allí, haciéndole más difícil el ataque con que premeditaba echarse á las lomas de su frente. Hablando con el coronel Las He-

ras, que en ese momento estaba á su lado, y cuyas opiniones escuchaba siempre con atención, éste le dijo con el tono familiar que usaba en privado: «Si usted manda que nuestras piezas rompan un cañoneo general sobre su frente, verá usted que los «godos» no dejan callado uno solo de sus cañones»; y en efecto, un momento después tronaban los cañones de la línea patriota, arrojando centenares de balas sobre el frente, y los enemigos contestaban con igual bullicio, descubriendo el orden de sus fuegos».

Bastaba con ello para dar la señal de principio de la acción, y fué entonces que las tropas argentinas iniciaron su primer movimiento.

Es describiendo esos momentos, que un celebrado poeta argentino, el más brillante hasta ahora en el verso heroico, Andrade, hace sonar las cuerdas de bronce de su lira, con esta estrofa que compendia toda una gran idea y dice de la sangrienta lid y de la trascendencia del propósito:

Dónde van? dónde van? Dios los empuja,  
Amor de patria y libertad los guía,  
Donde más fuerte la tormenta ruja,  
Donde la onda bravía  
Más ruda azote el plélago profundo,  
Van á morir ó libertar un mundo.

Si; en ese momento, ese era el ideal, y el cóndor del poeta debió remontar el vuelo, elevarse alto en las nubes, abrir sus pesadas alas en el espacio, estirar su largo, angosto y desnudo cuello, y con sus órbitas redondas, sus rojas pupilas, suspenderse sereno meciéndose en la altura, tal cual lo describe Leconte de Lisle en sus «Odas Bárbaras», para así contemplar el brillo de los aceros, el reflejar del sol en el bronce del cañón, y el estampido de los proyectiles en la marcial contienda.







### La Batalla de Maipo - 5 de Abril de 1818

(Grabado M. H. Nacional)

«Los independentes emprendieron el ataque marchando respectivamente sobre las posesiones enemigas. Por un instante la batalla pareció indecisa; pero los realistas opusieron una resistencia tan vigorosa á la alianza de los patriotas, que esta comenzó á vacilar y al fin tuvo que retroceder en gran desorden. En aquel momento los españoles pudieron creerse vencedores. Pero la reserva de los independentes apoyada por su artillería entró entonces en combate. La lucha se renovó con nuevo ardor. San Martín dirigió personalmente todas las operaciones, dando al ataque de sus tropas un empuje irresistible. Los españoles comenzaron á ceder y se pronunciaron en breve en completa retirada. Osorio creyéndolo todo perdido, fugó del campo, buscando su salvación personal. El denodado Ordoñez, organizó todavía una heroica aunque inútil resistencia; pero, acosado por todas partes, antes de anochecer se rindió con la mayor parte de los jefes, oficiales y tropa que lo rodeaban. Todo el parque y la mayor parte del armamento de los realistas cayó en poder de los patriotas».



### *La batalla*

Colocadas las fuerzas en el orden descrito, principió la batalla entre las 11 y 12 a. m., y rompiendo el fuego las cuatro piezas de artillería pesada que estaban en batería en el centro de la línea y que iban mandadas por Regalado de la Plaza. Uno de los proyectiles de estas piezas fué el que mató el caballo de Osorio según lo dice Sanfuentes, iniciándose un falso movimiento por el ala derecha, del ejército libertador, ala que mandaba Las Heras, y se dice falso porque los historiadores están contestes en afirmar que el libertador quería ocultar al enemigo el verdadero objetivo del ataque.

El propósito de San Martín al ordenar que Las Heras avanzase (éste llevaba de vanguardia el número 11 y de reserva los «Infantes de la Patria» y el «Coquimbo», era desalojar la izquierda del enemigo, destacada sobre el mamelón (Primo de Rivera) y luego amenazar

al frente ó ala izquierda de su centro, concurriendo luego al ataque de la división de Alvarado (ala izquierda patriota).

Según la suerte que corriesen las divisiones, dice Mitre, la batalla se empeñaría por la derecha ó por la izquierda patriota, interviniendo en oportunidad la reserva mandada por Quintana, en sostén de la división más comprometida.

«En el primer caso, continúa Mitre, sería una batalla de frente, cortando la izquierda y desbordando la derecha enemiga, y en el segundo un verdadero ataque oblicuo de la derecha, flanqueando ó tomando por retaguardia Las Heras las columnas realistas; y esto era lo que se proponía San Martín al aprovechar el error cometido por Osorio, que iba á verse obligado á entrar en combate con todas sus fuerzas, alterando la formación. En estas circunstancias el secreto de la victoria estaba en el uso oportuno de la reserva.»

López coincide en parte con Mitre, pues dice: «Que comprendiendo que la suerte de la batalla iba á decidirse en el punto en que los realistas habían emplazado su artillería, y sabiendo que podría lanzar al llano las columnas de



**General Antonio González Baleares**

su izquierda al mando de Alvarado, le ordenó el coronel Las Heras que cuando viese comprometida la columna de Alvarado, evitase un movimiento de concentración sobre su izquierda, de modo que los batallones «Infantes de la Patria» y «Coquimbo», que eran su extremo por ese lado derecho, pudiesen ocurrir por el flanco de los realistas á sostener á Alvarado y á la reserva.

¿Cómo avanzó Las Heras?... ¿Desplegó en tiradores, avanzó en columnas en masa ó en batalla, es decir, en línea desplegada, ó en columna de compañía por batallones?

De veras, señores, que lo ignoraría, pues al afirmar Mitre «que Las Heras avanzó gallardamente», no dice cómo.

Ocurriría decir que fué posible que desplegase y avanzase en batalla; pero al paso de carga y arma al brazo, como dice San Martín en el parte, para burlar á Primo de Rivera, y lo que el jefe argentino no consiguió, porque la artillería de la división de aquél, colocada en el cerro ó en el mamelon, rompió el fuego contra los soldados argentinos; fuego que á su tiempo fué contestado por ocho piezas de artillería de Chile, mandadas por Blanco Encalada y que

tiraban por elevación á retaguardia de la división argentina.

De acuerdo con las instrucciones de San Martín, Las Heras dió orden de moverse á los granaderos; pero visto esto por Primo de Rivera, que se creyó comprometido y en peligro de no poder moverse y acudir á tiempo sobre su derecha en apoyo de la columna de Morla, sin que el número 11 lo acometiese por el flanco ó retaguardia, dióle orden á Morgado que con los «Dragones de la Frontera», cargase al número 11; digo así, porque en este incidente de la batalla, unos dicen, como López, que Primo de Rivera dió orden de atacar á los granaderos de Zapiola, y otros que la orden fué que se atacase al número 11. Me inclino á esta última opinión, que es también la de Mitre, cuando dice «que para recibir la carga de los «Dragones de la Frontera», Las Heras se cerró en masa y esperó, dando órdenes á Zapiola que cargase por la derecha con la caballería». Es de advertir que yo en esta conferencia no soy más que un exponente que repito lo que dicen los demás, pues mi objeto, como lego que soy, es huir de la crítica.



**General Juan Gregorio de Las Heras**

Volviendo á la opinión á que me inclino, digo que Primo de Rivera debió ordenar la carga de caballería contra el número 11, porque era la masa de infantería respetable que tenía al frente —900 hombres—y por que conocía que intentaba flanquearlo y oponerse á que acudiera en auxilio de Morla.

Pero aquel ataque se evitó porque cargando los escuadrones de granaderos de los comandantes Manuel Escalada y Manuel Medina sobre la caballería de Morgado, llevaron el ataque con tal unidad é ímpetu, que los jinetes chocaron con los escuadrones realistas, que fueron impotentes para contenerlos, y se desbandaron, mientras que la artillería de Blanco Encalada, con sus certeros tiros, los obligaba á una dispersión completa.

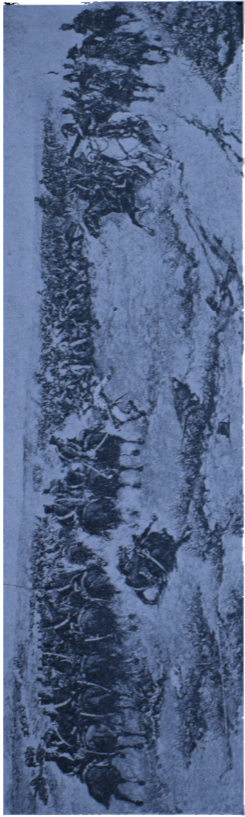
«Cuando Primo de Rivera, dice Sanfuentes, vió que los dragones de Morgado habían sido derrotados, y que el número 11 se dirigía á desalojarlo de su posición, la abandonó, dejando en ella sus cuatro piezas de artillería y corriendo á ocupar con su reserva la retaguardia de las dos divisiones realistas que avanzaron. Pero llegó tarde; y aunque avanzó algún trecho, no fué para,



batirse, sino para cubrir la retirada de las desordenadas columnas. Entonces Las Heras con el batallón «Cazadores de Coquimbo», auxiliado de una compañía (escuadrón quiero decir) le cargó hasta hacerle descender del callejón que se dirige á las casas de Espejo, y le quitó un cañón con que se retiraba».

El historiador López, con el brillo que distingue su estilo, sintetizando este momento de la batalla, dice: «Los granaderos cargan con el ímpetu de un huracán, animados sobre todo con el deseo de tomar desquite; arrollan á Morgado en el centro del bajío entre los dos barrancos y llegan hasta los bordes del sur. Corridos allí por la metralla enemiga, retroceden por un momento; pero se rehacen con una disciplina admirable bajo el fuego del enemigo; vuelven á cargar, y sin que nadie pueda ya contenerlos, pasan arrollando á los jinetes del rey de España, por el intermedio que había entre la columna de Morla y la reserva á cargo de Primo de Rivera. (La reserva, dice López; la extrema izquierda pienso yo).

En tan crítico momento, Primo de Rivera nota la inminencia del peligro y mueve sus tropas hacia el centro,



**Batalla de Maipo.**

(Óleo del Dr. Julio Fernández Villanueva).

abandonando su artillería, sus piezas, con intento de socorrer á Morla; pero entonces le sale al encuentro el número 11 «cortándole por la diagonal que deja á retaguardia».

Ese movimiento lo efectuó Las Heras con precisión matemática en cumplimiento de las órdenes de San Martín, que evidenciaban en las peripecias del primer momento de la batalla, toda la previsión del general.

El desbande de la caballería realista en esta parte de la acción, puede abonarlo el estudioso en el plano descriptivo de Maipu que publica Mitre, y en el que está señalado por pequeños ángulos rojos en la parte superior del croquis. La persecución de los granaderos fué audaz; se efectuó en la dirección que sigue el camino de Valparaíso á Santiago y retaguardia de la división de Primo de Rivera.

Iniciada la ofensiva de la derecha—ejército patriota—Alvarado ascendía con la división de su mando (izquierda) las colinas; pero ese movimiento fué imitado por Ordóñez, que, apercibiéndose tarde de haber retirado la división de Morla, quiso buscar la victoria por ese lado. En tal circunstancia Ordóñez avanzó con

los batallones «Infantes de Don Carlos» y «Concepción» y cuatro piezas, y atacó valientemente á los patriotas en dos columnas paralelas. Los batallones nombrados llevaban á retaguardia como protección al «Burgos» y «Arequipa», concentrándose en ese centro los granaderos de la división de Primo de Rivera, «Lanceros del Rey», «Granaderos de Concepción» y de «Arequipa».

Marchando en este orden, las divisiones enemigas se encontraron á una distancia que no es distancia en batalla, á sesenta metros, según unos, y á cincuenta, según otros, y en esa situación se rompió el fuego, que evidenció desde el primer momento la ventaja de los españoles, quienes validos de la posición que ocupaban, la superior de la colina, diezmaban á balazos á los negros del número 8 que hacían fuego por pelotones en la parte inferior de la misma, y que impotentes para dominar á los realistas se retiraron dispersos. En momentos tan difíciles, carga á la bayoneta el número 2 de Chile, y es también dispersado por los fuegos convergentes de la vanguardia española. Fué entonces que Alvarado rehace al número 1, despliega en batalla, pero el desbande de

los batallones número 8 y 2 deshace la línea y se ve obligado á retirarse.

La victoria se inclinaba en ese momento á favor de los españoles, que al ver dispersos y arrollados á los americanos, y animados por el bravo Ordóñez, inician una valiente carga de frente con toda su infantería, fuerte de 3500 hombres, que avanzaban haciendo fuego en cazadores, y entre los hurras del triunfo. Puede decirse que este es el momento más crítico de la batalla. El triunfo dependerá aquí, no tanto del valor, pues que ambos combatientes lo poseen, cuanto de la serenidad y previsión de los que mandan.

¿Cómo contener la marcha recia, ofensiva, valiente de los españoles? Pues haciendo avanzar la artillería chilena de Borgoño, que con sus nueve piezas abren un fuego mortífero sobre la infantería española, que vale para que éstos empuen á retroceder, no obstante los esfuerzos de Ordóñez y Morla, para mantenerlos á pie firme.

Pero como ese momento tiene que ser decisivo, es entonces que avanza Las Heras con su división, concurriendo ya no al ataque, cuanto á la defensa de la izquierda, que se estaba reorganizando.

Es así que Las Heras dispone que carguen sobre el flanco de la división Morla los «Infantes de la Patria», pero los fuegos sostenidos del «Burgos» y del «Arequipa» no solamente contienen, sino que desbandan á los soldados chilenos. Es sin duda en este momento, cuando rehecho el batallón «Cazadores de los Andes», entra nuevamente al fuego, seguido del número 8 y del número 2. La victoria está indecisa, y si «vencer ó morir está mandando», la decisión lo hará todo.

Por ello San Martín, que observa los antecedentes del ataque, resuelve acudir con la división de la reserva, no á restabler el combate, pues está trabado con toda tenacidad y saña, sino á sostener el ataque con la reserva del coronel de la Quintana, compuesta de los batallones números 1 y 3 de Chile y número 7 argentino, y decidir la acción como lo tenía previsto.

Fué entonces que la división argentina de la izquierda de Alvarado se rehace por completo. Fué en ese momento cuando el mayor Sequeira, segundo jefe del número 1 de los Andes, «con el ademán soberbio que le era natural, dice López, con el gesto aterrante y con

## TROFEO DE MAIPU



**Bandera del primer batallón del regimiento "Arequipa"**

(Museo Histórico Nacional).

un bramido más que voz, gritó: ¡Alto! ¡...! ¡Frente á la izquierda!.. ¡Fuego! y acribilla á balazos el flanco derecho de Ordóñez, al mismo tiempo que Conde y Rivera, al frente de los batallones 7 y 1, lo contienen por el frente.

Es también entonces que Alvarado, con los batallones números 8 y 2, vuelve á la acción, y el número 8, al mando de Enrique Martínez, carga á la bayoneta. Es este el momento en que, según el general Mitre, el ataque se vuelve á iniciar, pero ya no de frente, sino en orden oblicuo.

«El comandante Borgoño había remontado (dice San Martín) ya la loma con 6 piezas de la artillería de Chile que mandaba, y que destiné á nuestra izquierda con el objeto de enfilear la línea enemiga; él supo aprovechar este momento é hizo un fuego de metralla tan rápido sobre sus columnas, que consiguió desordenar su caballería; á pesar de esto y de los esfuerzos de los comandantes Alvarado y Martínez, que mostraron más que nunca su bravura, nuestra tropa trepidó y vaciló un momento. Los «Infantes de la Patria» no pudieron menos que retroceder también; mas, al mismo instante, di orden al coronel Quintana



para que con su reserva cargara al enemigo, lo que ejecutó del modo más brillante; ésta se componía de los batallones números 1 de Chile y 3 de ídem, y 7 de los Andes, al mando de sus comandantes, Rivera, López y Conde; este avance y el del comandante Thompson, del Cazadores de Coquimbo, dió un nuevo impulso á nuestra línea, y toda volvió sobre los enemigos con más decisión que nunca».

Separadas las divisiones españolas y, privadas del apoyo de la caballería, el coronel Las Heras avanza en dirección á las posiciones españolas, cuyo jefe, Primo de Rivera, las abandona, lo que vale para que él adelante con el número 11 y «Cazadores de Coquimbo» hacia el centro enemigo y, persiguiendo á la división de Primo de Rivera, tome la retaguardia de los realistas, mientras que el batallón «Infantes de la Patria», reorganizado, vuelve al ataque.

Es esta la parte más crítica de la batalla para los realistas, pues en ella la carga de la derecha, izquierda y reserva de los patriotas es general, y como no hay momento que perder, San Martín, que se había dirigido á la izquierda de esa línea, imparte la orden que avance



General Rudecindo Alvarado

en masa su caballería mandada por Zapiola, Freire y Bueras, Encalada y Medina, la que se lanza al galope, llevando una tremenda carga á los «Lanceros del Rey» y «Dragones de la Concepción».

Las lanzas realistas ceden ante el empuje y filo de los sables de los americanos, y los españoles se alejan del campo en completa dispersión; triunfo éste que habría sido completo para los patriotas, á no haber muerto en la carga el comandante Bueras, chileno, segundo de Freire en el mando de los «Cazadores á caballo» de Chile.

La decisiva carga de caballería ha eliminado una unidad de la batalla, la caballería española, la que ya no aparecerá. Sintetizando sobre esta emergencia de la batalla y que pone en evidencia el fracaso y la impericia de los jefes de la caballería española á quienes Osorio culpa de la derrota de su ejército, dice él mismo en su confuso parte de la batalla: «Al ver que el enemigo resolvería atacarme de frente, dejé saliese de su posición, y en el momento dí las órdenes al coronel del «Burgos», don José María Beza, quien á pesar del mal estado de salud en que se hallaba, no pude disuadirlo dejase de seguir al ejército,

para que colocando los escuadrones de «Lanceros del Rey» y «Dragones de Arequipa» al flanco derecho de la primera columna compuesta del «Infante», «Concepción» y compañía de Zapadores, al mando del referido señor Ordoñez; al flanco izquierdo de la segunda, compuesta del «Burgos» y «Arequipa», mandada interinamente por el comandante de aquél don Lorenzo Morla, los «Dragones de la Frontera», y que á retaguardia, como cuerpo de reserva, se colocasen las compañías granaderos y cazadores con la caballería de mi guardia. Aquéllas se repartieron inmediatamente, y sin embargo de que fueron repetidas mis órdenes al coronel comandante de dragones, don Antonio Morgado, para que con su cuerpo y las dos piezas avanzase hacia el frente, apoyando la izquierda de las columnas de ataque puestas ya en movimiento hacia el enemigo, no lo ejecutó; igualmente que el coronel jefe del estado mayor, á quien se repitió tres veces por mis ayudantes de campo, para que se reconcentrase sobre la primera y la segunda división, á fin de apoyar en reserva el flanco izquierdo de ésta, no lo verificó, y sí sólo la columna de granaderos, pero ya tarde; las dos divisiones se

pusieron en marcha con el arma al brazo y sin tirar un tiro sobre las columnas enemigas, hasta distancia de media cuadra de ellos, que atacaron á la bayoneta, arrollándolas completamente y tomándoles varias piezas de artillería, en tales términos, que un cuerpo de infantería enemiga que estaba á la derecha principió á gritar «Viva el rey» y á pedir pasarse. En este estado fué cuando el enemigo, notando la debilidad de nuestra izquierda, la flanqueó con una columna de infantería, cuya operación no hubiera conseguido, si los coroneles Primo y Morgado ejecutaran mis órdenes, siendo por el contrario deshechos completamente, puesto que sus principales fuerzas habían sido ya arrolladas. No contribuyó menos á esta desgracia, el no haber cargado los Lanceros y «Dragones de Arequipa» á las ya batidas columnas enemigas, que habían puesto en huida las nuestras, volviendo cara y poniéndose en precipitada fuga, de cuya resulta se dispersó el ejército de un modo que, á pesar de las diligencias q' hice personalmente para reunirlo, no fué posible».

Queda solamente la infantería española en acción. Sobre ésta va á converger todo el ejército.

La batalla en su acción principal va á terminar y á la reserva, al mando del coronel de la Quintana, le tocará dar los golpes decisivos en aquella lucha memorable. Los batallones número 7, argentino, y números 1 y 3 de Chile, avanzan resueltos sobre el núcleo del ejército español, ó mejor dicho, de infantería, que bravamente se sostiene y que recibe á quemarropa con los fuegos de las divisiones de Ordóñez y Morla, á la división de la Quintana.

El «Burgos» que, según Mitre, no había entrado aun en pelea, y que iba precedido de gran fama, agita su bandera y grita (un grito muy español, bueno es confesarlo). «Aquí está el Burgos!!... diez y ocho batallas ganadas!!... ninguna perdida!».

Pero ese grito es recibido con el mayor desdén por los batallones que avanzaban resueltos y á paso de carga, á los gritos marciales de «Viva la Patria». Es entonces que el combate se empeña reñido. Los libertadores avanzan sin que puedan contenerlos los gritos de «Viva el rey» ni las nutridas descargas de la infantería y el fuego á pie firme del «Burgos». La masa uniforme de los patriotas, á la que preceden varios peloto-



General Hilarión de la Quintana

los milicianos que conducía como auxilio O'Higgins) se amedrenta y huye!

En esta emergencia el número 7, al mando del Conde, que en ese día, «realizó prodigios de valor» y el número 1 de Chile, al mando del comandante Rivera, cargan á la bayoneta. Los que hasta entonces se habían contenido, avanzan rápidos como movidos por corriente eléctrica, se estrechan y empiezan á rebalsar la línea enemiga.

Los españoles hacen un fuego desesperado, pero todo es inútil; los insurgentes, como los llaman los enemigos, los deshacen, mientras que la artillería chilena dispara en la loma sobre los dispersos, y la caballería, con Freire y Pacheco á la cabeza, los ataca por el flanco derecho, dificultando la defensa y la retirada, de las infanterías realistas, privadas de la protección de la caballería, la de Morgado que huye perseguida y constantemente hostilizada por la caballería de la división de Las Heras.

La batalla, aunque no terminada, podría considerarse ganada. Fué así que, después de ese ataque decisivo y recio, dió principio la retirada de los restos del ejército realista al Caserío de Espejo. Eran las dos y media de la tarde.



«Fué después de ese momento, cuando las alas de la victoria agitaban las sienes del campeón en la sangrienta llanura, que el sol en su ocaso llenaba de fulgores el horizonte, que detuvo San Martín la brida de su corcel de guerra y escribió el siguiente parte, que aun se lee en un pliego arrugado en los archivos del gobierno:

«Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye, nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. «La patria es libre».

«Hay en ese laconismo algo de sublime, dice el historiador chileno Vicuña Mackenna, á quien se copia; sobre todo en esta tierra americana de la bambolla militar y de los boletines fanfarronescos de los caudillos».

Tan lacónico como ese parte que tanto llama la atención por su forma á Vicuña Mackenna, es el que entregó el comandante Manuel Escalada al director Pueyrredón, y que condujo aquel jefe á revienta caballo desde Santiago á Buenos Aires, en el breve término de diez días.

El parte del general, que también se conserva en nuestros archivos, dice así:

Excmo. señor:

«No existe el ejército enemigo; el que no ha sido muerto, es prisionero. Artillería, ciento sesenta oficiales, todos sus generales, excepto Osorio, están en nuestro poder; yo espero que á este último me lo traigan hoy; la acción del 19 ha sido reemplazada con usura; en una palabra, ya no hay enemigos en Chile.— José de San Martín.»



**TROFEO DE MAIPU**



**Bandera del Batallón "Concepción"**

(Museo Militar de Chile).



***Ataque y toma del Caserío de Espejo:  
Balcarce y Las Heras***

¿Cómo se efectuó la retirada de los restos del ejército español?... Para los que la presenciaron, y para los que han historiado y narrado la jornada de Maipú, la retirada de los vencidos hacia el Caserío de Espejo, reuniendo los dispersos, alentando á la tropa, peleando en retirada acosados por el frente, por los flancos y hasta por retaguardia, sin perder la formación y defendiendo las dos únicas piezas que habían salvado de las doce con las que abrieron el fuego, siempre les hará honor.

Por ello el estudioso oficial chileno, —el capitán Merino, á quien he citado — dice:

«Esa retirada del campo de batalla con banderas desplegadas y resistiendo paso á paso las cargas de los jinetes y los asaltos de la infantería, es una hermosa página de gloria. Las fuerzas pa-

triotas no pudieron quebrantar esta enérgica resistencia, y Ordóñez pudo llegar con cerca de 2500 hombres hasta la casa de «Lo Espejo», sitio donde se preparó para la defensa.»

Si ha de calcularse el tiempo corrido después de la acción decisiva de la batalla hasta que se llegó al Caserío, puede inferirse que los españoles obraron con toda precipitación y asombrosa rapidez para preparar la defensa, pues cuando las tropas patriotas enfrentaban el callejón que conduce al mismo, eran ya las cuatro de la tarde.

En tan rápido tiempo Ordóñez organizó la defensa, distribuyendo los cazadores y granaderos: los restos del «Burgos», «Concepción», «Infantes Don Carlos» y «Arequipa» (este casi intacto) en los barrancos que circundan el Caserío y dando el frente al callejón. Reune en el patio la reserva, distribuye pelotones en los caminos laterales y también los coloca tras las puertas y ventanas. Extiende algunas compañías en tiradores en las tapias y viñedos como para hacer fuego sin ser vistas, y á retaguardia de todos y dominando el callejón por donde forzosamente atacarían los patriotas, coloca los dos últimos cañones.

El doctor López dice que Ordóñez colocó las ocho piezas que le quedaban en la entrada principal del callejón, pero yo acepto la afirmación de Mitre y de otros autores que se ajustan más á la verdad,—por eso digo que las piezas eran solamente dos.

Las Heras, que no había descuidado la persecución y que deseaba ser él, quien diera el golpe de gracia á aquellos gloriosos restos en ese día, llegó pocos instantes después de estar organizada la defensa, al sitio de un nuevo combate; y al observar la posición de los españoles y pensar que solamente con el número 11, el «Coquimbo» y los «Infantes de la Patria» no podía llevar un ataque á fuerzas triples en número, fortificadas y servidas por artillería, trepidó en iniciar la ofensiva.

Se ocupaba en tomar posiciones para inmovilizar al enemigo, cuando llegó el jefe de la infantería, general Balcarce, y al ver que los batallones patriotas solamente guerrillaban sin decidirse á emprender un ataque decisivo, grita á Las Heras con poca cortesía: (se va copiando á Lopez).

—¿Por qué no ataca, coronel?

—Me falta artillería, general, para

proteger mi tropa, contesta Las Heras.

—¿Para qué quiere artillería, señor?... Entre usted á la bayoneta por el callejón, que ellos no tienen artillería.

—Sí tienen, general.

—No señor, la han dejado en la fuga.

—Entre usted... Entre usted, que viene la noche.»

¿Quién tenía razón?... Dados los hechos narrados, la razón estaba de parte de Las Heras, como se evidenció después; y el caso no extraña, porque Las Heras había seguido el movimiento de la retirada, y le constaba que el enemigo llevaba artillería. Por otra parte, el vencedor en «Membrillar» y «Cucha Cucha» «Curalapihué» y «Cerro del Gavilán,» el jefe de la retirada del ejército chileno después de «Rancagua», el salvador de no poca parte del ejército en la noche de «Cancha Rayada», tenía á mi juicio dotes militares muy superiores al vencedor en «Suipacha.»

Las Heras que no era hombre de hacerse repetir las órdenes, y mucho menos de vacilar, lanzó al ataque el batallón «Cazadores de Coquimbo» y entonces las piezas españolas rompen sobre él, fuego á metralla, y el cuerpo se arremolina y se retira. Su jefe, el

comandante Thompson, se irrita, anima á sus soldados y persiste en avanzar, pero las piezas españolas continúan con el fuego y diezman y destrozan á los «Cazadores de Coquimbo», que dejan en el avance 120 hombres fuera de combate, entre ellos muchos oficiales muertos; los restos del batallón tienen que replegarse á retaguardia del número 11, que sigue el avance y cuyo cuerpo no deja de sufrir los estragos de la metralla española.

Los momentos que sin duda experimentó Las Heras, debieron ser crueles, aciagos, pues consideraba que de seguir así perdería su tropa, ó mejor dicho, buena parte de ella, y no le quedarían soldados con que llevar un ataque resuelto como epílogo de la batalla.

Pero felizmente llega en ese momento el comandante Borgoño, con ocho piezas, las coloca sobre una loma y rompe un fuego mortífero. Acude de seguida Blanco Encalada, y colocando también sus piezas en batería, secunda el fuego de la artillería de Borgoño, de manera que tenemos diez y siete cañones que barriendo el frente, destrozan con sus proyectiles lo que alcanzan y limpian



el camino de enemigos para que avancen los patriotas.

Va al fin á darse la carga final. Ya el ataque no es de frente, sino por los flancos. La carga la lleva el mismo número 11, protegido por los números 7 y 8, todos cuerpos argentinos. El ataque es recio y sostenido; los infantes españoles, diezmados por la metralla, desechos y cansados, aunque vacilan, pelean; hacen un último esfuerzo y van á refugiarse detrás de los que hacen fuego desde las tapias, puertas y ventanas. La voz de bronce ha callado y la fusilería también, pero quedan los aceros.

Es entonces que los negros libertos del número 11 y del número 8, acometieron por última vez, matando y destrozando al que alcanzaban ó encontraban. La batalla había terminado á las seis de la tarde, y empezaba la persecución en el pavor de la derrota.

Sobre este particular dice Barros Arana: «El empuje irresistible con que se ejecutaba esta operación»—el ataque —y el arrojo con que los vencedores saltaban los cercados y avasallaban en cada punto la resistencia que se les oponía, fué haciéndolos dueños de todos los contornos y al cabo de una hora no

**TROFEO DE MAIPU**



**Bandera del Regimiento "Infantes Don Carlos"**

(Museo Militar de Chile).

quedaba al enemigo más terreno que el recinto de las casas de Espejo, donde se proponían todavía sostener una defensa desesperada. La ocupación de esos edificios exigía un vigoroso esfuerzo y costó una abundante efusión de sangre. Las tropas penetraron al patio principal de las casas; pero una vez allí se vieron envueltas por el fuego sostenido, que se les dirigía desde las puertas y ventanas, que los realistas regularmente parapetados habían convertido en troneras de defensa. Esta actitud que los asaltantes consideraban una traición (pues sostenían que los españoles no obstante haber enarbolado bandera blanca, los recibían á balazos) los enfureció sobre manera y redobló su ardor. En pocos momentos, rompen las puertas con las culatas de sus fusiles, penetran en las habitaciones y en los patios interiores, siembran la muerte por donde pasan y dejan el terreno cubierto de sangre y de cadáveres destrozados.»

«La hermosa granja de Espejo, dice Haigh presentaba un cuadro horroroso después de la acción. Las puertas y ventanas perforadas por las balas de fusil, los corredores, las paredes y el suelo regados de sesos y de sangre que

comenzaba á coagularse, y todo el lugar por dentro y por fuera cubierto de cadáveres.»

«Los vencedores enfurecidos por la porfiada resistencia, y persuadidos además de que esto era la obra de la perfidia de los realistas, parecieron dispuestos á no perdonar la vida á nadie».

La intervención del coronel Las Heras y de otros oficiales que le acompañaron en este empeño humanitario, logró con no poco esfuerzo contener el furor de los soldados, é impedir que se continuara la matanza de los vencidos, que no podían huir ni prolongar la resistencia.

«Fué en ese momento, dice Mitre, que hizo su aparición en la lucha un regimiento auxiliar de milicias de Aconcagua, el mismo que condujo O'Higgins y que divisó Osorio, regimiento que con lanza en mano se apodera de centenares de prisioneros como de las reses en el aprisco.»

El oficial chileno citado, Merino, dice al respecto, que «después de la batalla, la persecución se confió á los jinetes milicianos de Aconcagua, que no pudieron cumplir su tarea por falta de unidad y de disciplina».

No obstante el respeto que merece el ilustre historiador argentino y la consideración del oficial chileno, creo que el general Mitre se equivoca y que el oficial chileno olvida.

La persecución se efectuó, y el éxito de ella se debió á dos oficiales argentinos que se distinguieron en las filas del ejército libertador, ascendiendo uno á general y el otro á coronel; ellos eran el capitán Juan Apóstol Martínez y el teniente José de Olavarría.

Voy á evidenciar el hecho en pocas líneas con una cita histórica, y que es precisamente de un escritor español.

Dice el general García Camba en sus «Memorias para servir á la historia de las armas españolas en el Perú:» «La actividad del celoso capitán Juan Apóstol Martínez y del teniente Olavarría, que con una partida operaron á retaguardia del enemigo, produjo grandes efectos, y juntos con los patriotas que siguieron á Rodríguez (caudillo chileno) contribuyeron á hacer completa la victoria».



Excmo Sr

Nada existe del Exército enemigo:  
el q. no ha sido muerto, es prisionero:  
Artilleria, ciento sesenta ofi.<sup>os</sup> todos  
no Generales, excepto Usaris etia. en  
muerto y poder: yo espero q. este últi-  
mo me lo traigan hoy: la accion del  
19. ha sido remplazada con usura: en  
una palabra, ya no hay enemigos  
en Chile.

Dios que. a Vt. m. a. Gen-  
tel Gnal en el Campo de Maipú Abril  
5. de 1818.

Excmo Sr

Jos. Feb. Martín

Excmo Sr Supremo Director }  
de las Prov<sup>as</sup> Unidas de Sud. Am<sup>er</sup>ca }



*Juicio de los historiadores argentinos  
sobre la batalla*

Al principiar esta conferencia afirmó que en la batalla de Maipu, San Martín evidenció, que entre las condiciones militares que poseía, tenía también la de un gran táctico.

Se va á ver por qué.

Dice el doctor López: «Bajo el punto de vista de la estrategia (el doctor López confunde estrategia con táctica; de los movimientos tácticos debió decir) es indudable el mérito que ofrecen las combinaciones con que el general San Martín preparó esta batalla: sobre todo fueron hábiles los movimientos oportunos que había recomendado Las Heras, para que se corriese sobre su izquierda y que viniese con ella á ahogar, diremos así, las fuerzas principales que el enemigo debía echar sobre la línea independiente de ataque, antes que éste hubiera podido preverlo siquiera. Esto era resolver allí el gran problema de

Bonaparte: «Ser el más fuerte en el punto dado».

«En su forma general la batalla de Maipu, responde al género de las batallas de orden oblicuo. Es por eso la más científica de las que se han combatido en la América del Sur. La precisión de la idea fundamental y la corrección de la ejecución, la hacen una digna compañera en su género, de la que con tanta nombradía hasta hoy, ilustró el nombre de Epaminondas en el campo de Leutra.

«Todas las personas que trataban íntimamente al general San Martín, me aseguraban después como cosa notoria, que no le placía hacer partes prolijos que pudieran parecer encomiásticos de los movimientos que había ejecutado. Y en efecto, su modestia era tal, que creo digna de la historia, esta anécdota que me ha referido el general Las Heras: A los dos ó tres días de la batalla me hizo llamar «Don José» — nombre familiar con que hablaba siempre de su antiguo general — y me dijo: lea amigo el borrador que he hecho pasar para enviar á nuestro gobierno el detalle de la batalla, y dígame si le parece bien.» Yo lo leí y me pareció incompleto: General, le dije, esto que aquí se dice que



nuestra línea se inclinaba sobre la derecha del enemigo, presentando un orden oblicuo sobre este flanco, fué como usted sabe todo el mérito de la victoria; y puesto como aquí está, nadie lo va á entender, sino yo que estaba en la idea de Vd. El general se sonrió y dijo: pero con eso basta y sobra. Si digo más, han de gritar por ahí que quiero compararme con Bonaparte ó con Epaminondas.

«¡Al grano, Las Heras, al grano! Hemos amolado á los godos para siempre y vamos al Perú.

«El orden oblicuo nos salió bien? pues basta amigo, aunque nadie sepa cómo fué; y, restregándose las manos, agregaba: mejor es que no lo sepan, pues aun asimismo, habrán muchos que no nos perdonarán haber vencido.»

El señor general Mitre, que fué estratégico y táctico como lo evidencian las dos operaciones de guerra más famosas, — á mi juicio — de la guerra del Paraguay, «El Paso de la Patria y la batalla de Tuyutí» — el general Mitre cuya descripción de la batalla de Maipu, repito, creo que es la más completa y científica, dice y aceptando la opinión de López, la única vez que cita á éste en

la «*Historia de San Martín*». En realidad Maipú fué una batalla dada en orden oblicuo». Para ser más claro, voy á citar textualmente las conclusiones del general al respecto.

«San Martín, que se había mantenido á la altura de Loma Blanca en observación de los primeros movimientos de la derecha, — se refiere á la división de Las Heras, dictando con sangre fría sus órdenes según las circunstancias, adelantóse con su cuartel general hasta la fracción avanzada ocupada por Las Heras, para dirigir de más cerca las operaciones de su línea. Al notar en este punto el rechazo de su izquierda, (la división de la izquierda era la mandada por Alvarado), dió orden á la reserva que cargase en su protección, dirigiéndose con su escolta al sitio donde iba á decidirse la acción por un último y supremo esfuerzo. El coronel H. de la Quintana á la cabeza de los batallones número 7 y números 1 y 3 de Chile, descendió de la loma, atravesó la hondonada, efectuando con sus columnas una marcha oblicua sobre su izquierda, y llegó al ángulo este de la posición enemiga, en circunstancias que las columnas españolas se habían replegado



**Bandera tomada en Maipu**

(Museo Militar de Chile).

á ella, rechazada por los certeros fuegos de la artillería de Borgoño.

A vista de las reservas, los batallones 8 de los Andes y 2 de Chile, de la división de Alvarado, se rehacen, y sobre la base de los Cazadores de los Andes, que no habían perdido del todo su formación, entran en línea, mientras que Quintana, trepa la altura del triángulo un poco á la derecha del punto por donde lo había efectuado antes Alvarado.» (Véase en el plano de Mitre, segundo movimiento).

El ataque oblicuo se iniciaba y la batalla iba á cambiar de aspecto.»

Se ha dicho que un triunfo sobre un punto determinado del frente de la batalla, puede decidir la victoria, como sucedía en las guerras del tiempo de Federico; pero que el desenlace de la lucha no es seguro, hasta que se presentan sobre el punto decisivo todas las fuerzas disponibles, según ocurría en las campañas de Napoleón.

En la acción que estudiamos ocurrió ese caso? ¿Hasta qué punto el general San Martín se reveló experto general y táctico?

Los antecedentes de la acción, no sus preliminares, nos lo van á compro-

bar. El mismo día de la batalla, al amanecer, San Martín estaba avisado por los oficiales, que al mando de Freire y Melian operaban en las descubiertas, que el ejército realista avanzaba resuelto á ganarse el camino de Valparaíso.

Por eso, en posesión de este antecedente y temiendo el general argentino que Osorio intentara cerrarle el camino del valle de Aconcagua, ó interponerse entre el ejército y la capital, ó asegurarse la retirada al sur, se detuvo en la Loma Blanca, como se ha visto, para efectuar un cambio de frente ó cerrarle el paso al ejército español.

Con estas ideas y deseando cerciorarse del movimiento del ejército español, en la mañana de la batalla requirió la compañía del ingeniero D'Albe y su ayudante O'Brien y se dirigió á reconocer las posiciones del combate, en momento que los españoles efectuaban una marcha de flanco, — para irse á situar, dice Mitre, en columna triangular fronteriza.

Al notar ese movimiento fué que San Martín exclamó: «Osorio es más torpe de lo que yo pensaba» — y dirigiéndose á sus acompañantes les dijo: «El triunfo en este día es nuestro. El sol por

testigo.» Esto nos recuerda la lacónica proclama de Napoleón al lucir la alborada del día de la batalla de Moscow y al tender las líneas de combate. Soldados! dijo extendiendo la diestra: «Ese es el sol de Austerlitz!!»

De acuerdo, pues, con el estudio del terreno y noticioso el general del movimiento de las tropas enemigas, — como se ha dicho — inició sus movimientos de avance buscando un choque de frente, el del ataque de Las Heras á la división de Primo de Rivera, fijando el punto de ataque de aquél, y disponiendo se imposibilitase la unión de las divisiones de Primo de Rivera y Morla.

Eso que se consiguió con todo éxito y que se puede decir que fué el primer momento de la batalla, se completó con un movimiento táctico: marcha en orden oblicuo de la división de reserva al mando de Quintana, en momentos que la izquierda de los independientes, la división de Alvarado, peligraba. Esta es la segunda faz de la batalla, en que la infantería patriota contiene á fuego á cincuenta pasos de distancia en un principio y á la bayoneta en el entretanto después, el fogoso avance y el empuje de la división Ordóñez (2º mo.,

mento de la batalla) y en el que comienza la retirada de la división de éste y los restos de las demás hacia el Caserío de Espejo (tercero y último momento de la acción).

Hago este resumen para demostrar que á mi juicio, el libertador, se reveló táctico en el segundo momento de la acción, porque aunque él había previsto que cualquiera de las divisiones argentinas podría peligrar en el ataque, ó verse muy comprometidas para lo cual conservaba la división de reserva; el recio ataque de la división de Ordóñez, lo obligó á variar el plan general que era sin duda el atacar de frente, y converger hacia la izquierda en el ataque oblicuo, operación ésta que á mi juicio es el movimiento táctico de la batalla.

Sin embargo, como puede que se observe que según el plan de San Martín había un punto dominante que era imprescindible atacar, la extrema izquierda, (Primo de Rivera), para realizar ulteriores planes de los que dependería el éxito; ese propósito de San Martín revela en él méritos de estrategia y de táctica; es decir, la unión de ambas condiciones militares que al fin se reducen



**Bandera tomada en Maipo**

(Museo Militar de Chile).



á una sola -- según se dijo -- en el criterio de Napoleón.



### *Desempeño de las distintas armas en la batalla*

Y puesto que estoy disertando de arte y ciencia extraños á mi profesión, lo que vale para que este estudio contenga no pocas deficiencias, no puedo, ya que hablo ante oficiales de un cuerpo de caballería, cuyo nombre se cimentó con gloria en la campaña de la independencia, no puedo menos de preguntar ó requerir: ¿cual fué el papel; cómo se desempeñaron las armas montadas en la victoria del 5 de abril? ¿Qué paralelo cabe entre la acción de la caballería argentina en Maipu y la que ésta jugó en Chacabuco primero y luego en Río Bamba, Junín é Ituzaingó, por no citar más, y que fueron acciones de guerra en que esta arma fué mandada por oficiales argentinos?

Sin duda en Maipu el primer laurel del triunfo no corresponde á la caballería. ¿Por qué?

Veamos.

El capitán Merino, formulando consecuencias atinadas sobre el papel que jugaron las distintas armas en Maipu, resume el de la caballería, diciendo:

«El ejército patriota, tenía una gran superioridad sobre el realista. La calidad de los caballos, la audacia y habilidad de los jinetes y el espíritu ofensivo de los jefes, pronosticaba el triunfo.

En los días que precedieron á la batalla, las patrullas de caballería habían cumplido con su misión, como aun en nuestros días sería deseable. Los continuos tiroteos que detenían la exploración del enemigo, los partes sobre los movimientos del contrario, nos revelan la buena preparación de las tropas.

Durante la batalla las cargas de los «Granaderos á Caballo» dieron el triunfo en el ala izquierda; en el ala derecha el ataque de los escuadrones de Freire y Bueras paralizaron la infantería de Ordóñez, después de haber dispersado la de los «Lanceros del Rey» y «Dragones de Arequipa», y dieron tiempo á que se rehicieran nuestros batallones mientras llegaba la reserva.

Después de la batalla la persecución se confió á los jinetes milicianos de

Aconcagua, que no pudieron realizar su tarea por falta de unidad y disciplina.»

La opinión del oficial chileno que se ha dado cuenta de las peripecias de la batalla, es sin duda consciente.

Ella dice de la organización, disciplina y valor de los jinetes y del tino de los jefes que los mandaban; pero con ser así y con haber iniciado la acción los «Granaderos á Caballo» al mando de Escalada y de Medina que corren y dispersan, al iniciarse el ataque por la derecha (argentina), á los «Dragones de la Frontera» mandados por Morgado; con haber conseguido arrollar los «Cazadores de los Andes», á la caballería de la derecha enemiga, muy bizarramente, sin duda, avanzando á manera de una avalancha que aunque pierdan su base se precipitan sobre los «Dragones de Concepción» á los que pone en completa fuga; no obstante la briosa carga de la escolta de San Martín por sobre la derecha española, con el objeto de facilitar el avance de la división de la reserva mandada por Quintana y que restablece el combate, con ventaja para los patriotas en la izquierda de su línea; á pesar de que los «Granaderos á Caballo» en su tercera carga, al trepar la

puntilla de la loma que conduce al Caserío de Espejo, acában de apartar del campo de la pelea á los « Dragones » de la división de Morgado; no obstante estas cargas, resueltas, valientes y victoriosas, el laurel de la victoria no puede distribuirse por igual y no corresponde en primer término á la caballería.

¿Por qué?... otra vez.

Porque Maipu es una batalla en la que el más brillante desempeño lo juegan las infanterías en tres de los momentos más difíciles de la batalla: en el ataque de la división de Las Heras, principio de la acción; en el rechazo de la división de Alvarado; en el auxilio de la división de reserva, segundo momento, mientras se rehacen los infantes de Alvarado, y por último, en la retirada hacia el Caserío de Espejo, en el que vuelve á brillar la figura tranquila y gallarda de Las Heras, y en el que cabe á éste el honor de ultimar la derrota y rendir á los jefes españoles.

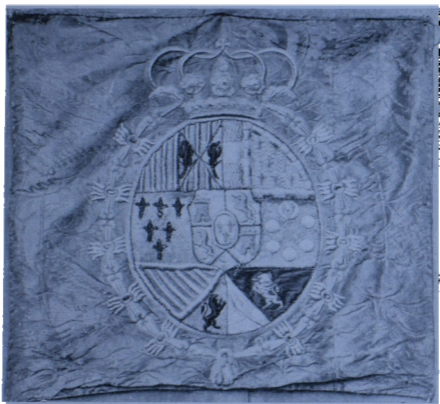
En estas distintas peripecias de los combates, las infanterías argentinas y chilenas compuestas de los batallones número 11 Infantes de la Patria, Cazadores de Coquimbo; número 1 de Cazadores

de los Andes, números 8 y 7 y 1 y 3 (estos dos últimos chilenos) son los que luchan con vigor sorprendente, con ardiente tenacidad, haciendo fuego, en batalla, en cuadro, por pelotones, en cazadores ó guerrilla (en orden disperso) de lejos, de cerca, tanto, que hubo momentos en que se distinguían los jefes y se oía la voz de mando de los mismos, hasta que llega un instante en que es imprescindible triunfar de una vez, y se decide por la carga á la bayoneta en la que siempre se distinguió el ejército argentino desde la independencia hasta la campaña del Paraguay, tan es de recia y temeraria en el avance, en la marcha al trote de la carga á la bayoneta.

Sin embargo, como es lógico también hacer justicia distributiva, conviene significar que sin el apoyo de las armas auxiliares, sin el auxilio de la artillería, que quemó á metrallazos la infantería española abriéndole inmensos claros y haciéndola vacilar desde el principio de la acción, y sin el auxilio de la caballería que limpió de jinetes enemigos el campo de los combatientes, la infantería no hubiera luchado con el brillo que dió el triunfo.

¡Honor á todos, pues!...

## TROFEO DE MAIPU



**Estandarte de los "Dragones de Chillán"**

(Museo Militar de Chile.) (1)

- (1) Falta la lámina correspondiente a otro estandarte tomado en Maipú y depositado en el Museo Militar de Chile. Los clichés de estos grabados y batallas como igualmente los que corresponden a los retratos de los generales Balcarce, Alvarado y de la Quintana, fueron gentilmente facilitados por el director del Museo Histórico Nacional D. Adolfo P. Carranza y corresponden a la interesante obra del expresado sobre la «Iconografía del general San Martín» editada en el año de 1905, en Buenos Aires.



***San Martín en la poesía, en el arte y en  
la historia***

El panorama de Maipo. Defectuoso y falso en los detalles. Bello y artístico en el conjunto. Trascendencia de la batalla de Maipo. Elogio del historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna. Homenaje al héroe.

Señores:

Las bellas artes, la escultura y la pintura, ó mejor dicho, sus grandes intérpretes, tratando episodios dignos de recordación, han personificado en el bronce, en el mármol y en el cuadro los hechos inmortales de la historia.

Parece que los sucesos que dieron relieve á las grandes personificaciones de la humanidad, á los genios que han brillado en una época, inspirasen, sugestionasen á otros genios, animaran el cincel, ó los pinceles de los grandes maestros, para inmortalizar en el arte plástico y en el lienzo, el momento en que el personaje actúa en todo el brillo de su gloria ó en el que realiza el hecho memorable al que da vida y cimenta la fama.



Por eso es que la epopeya napoleónica, para citar una época, tuvo sus intérpretes más brillantes en los dos Vernet, (Carlos Antonio Horacio y Luis Emilio Horacio) y en Meissonnier, cuyas telas, en su expresión más perfecta, han conquistado la admiración de los amantes de lo bello.

En cuanto á nosotros, reducidos á un teatro más modesto, pero cuyos anales con ser de ayer no ceden en los tramos de la gloria á pueblo alguno, pues con el esfuerzo de los hijos de nuestra tierra se cimentó la independencia de seis repúblicas americanas; en cuanto á nosotros, digo, también parte de nuestro pasado, político y militar, particularmente el último, ha sido tratado en la escultura y en el lienzo, si bien los artistas nacionales están muy lejos de conquistar una reputación unánimemente aceptada, cual la de los maestros franceses citados, como que estos dicen del genio y los nuestros del común de los artistas. Pero... con ser así, siempre podremos exhibir como un esfuerzo, un ensayo feliz del incipiente arte nacional las telas que rememorando episodios de la guerra de la independencia pintó Fernández Villanueva, arrebatado pre-

maturamente á la vida y al arte, en los cuadros «Maipu» y «San Lorenzo».

Hasta hoy la acción trascendental de San Martín, no había tenido otros intérpretes de la misma en el lienzo y que sean dignos de citarse, que Fernández Villanueva y también Bouchet y el chileno Subercaseaux.

De manera que lo que hasta el presente detuvo á los artistas argentinos, faltos por lo general de inspiración, de estudio y de experiencia, lo ha realizado en la escuela histórica de la pintura, un artista italiano, el señor Giacomo Grosso, en el panorama que con el nombre de «Maipu» se exhibe en la ciudad de Buenos Aires.

Daros noticias del juicio que me sugiere esta tela y decir cómo su autor responde con su inteligencia y esfuerzo á la interpretación del episodio histórico que trata, es el objeto que me propongo al finalizar esta conferencia.

Para alcanzar al propósito que me guía, he narrado ante vosotros y según lo entiendo, como se sucedió la batalla de Maipu, y si la narración se ajusta ó no á la verdad, en los detalles y en el conjunto, lo diréis vosotros que tenéis á bien escuchar.

Voy, pues, á tratar del «Panorama de Maipu» como epílogo de la conferencia.

Cuando se penetra en el recinto donde se exhibe la representación de la batalla y donde todo está artificioosamente dispuesto, gracias á focos poderosos de luz eléctrica que impresionan al espectador, el espíritu se recoge sobre sí; se absorbe en el recuerdo del hecho memorable, y la fantasía, como siempre, borda, hace lo demás, con los colores seductores con que le auxilia el recuerdo de la lectura de la crónica histórica. El hecho en sí, la impresión psicológica se explica: Somos argentinos y derecho tenemos á recomfortarnos recordando el pasado nacional, en el escenario emocionante y glorioso de la gran guerra de la emancipación.

Con esas ideas en la mente y esa impresión en el espíritu, admiran unos, estudian otros y analizan los menos, el conjunto y los detalles de la gran batalla, no grande por el número de combatientes que pelearon, sino por las consecuencias que tuvo.

Y con estas impresiones el observador inteligente, (no se quiere hablar del detallista), el estudioso, se pregunta:

¿Qué ha querido representar el artista en el «Panorama»?

Y ya que la batalla tiene tres partes, principio, medio y fin: 1º movimiento de la división de la derecha. (Las Heras). 2º Entrada de la reserva (división de Quintana) en protección de la división de la izquierda (Alvarado); y 3º Ataque al Caserío de Espejo. ¿Cuál de esos momentos es ese en que se trata del ataque al pie del molino?

Pues bien, señores: creo que ninguno de esos movimientos representa la vista panorámica, y como en un tema por demás delicado como es el de la crítica histórica, debe lo personal dejarse de lado para solamente ajustarse al criterio de la verdad y á los preceptos del arte, conviene que el análisis que se hace se complete con las afirmaciones de autores y escritores exentos de toda tacha.

Para evitar divagaciones y de acuerdo con la explicación de la batalla que allí mismo se distribuye á los concurrentes, lo que el artista quiere representar es la parte de la acción á que se refiere el general Mitre cuando dice:

«La división de Alvarado, rehecha en gran parte, entra al fuego por el mismo punto por donde había trepado an-

tes la lomada, y concurre al ataque de la reserva, á la vez que Borgoño, con ocho piezas, marcha al galope á ocupar la puntilla del Este.

«La derecha patriota, con la artillería de Blanco Encalada, avanza, conserva el centro y toma la retaguardia de los realistas. La caballería de Freire vencedora amaga su flanco derecho. El Burgos agita su bandera y pelea como un león. El batallón Arequipa, mandado por Rodil, mantenía impasivo su posición. Los batallones Infante Don Carlos y Concepción, dirigidos por Ordóñez se baten con desesperación.

En ese momento el general en jefe del rey, abandona el campo de batalla y se entrega á la fuga. Ordóñez, el más digno de mandar á los realistas en la victoria y en la derrota, toma la dirección de la formidable columna española é intenta desplegar sus masas; pero el camino le viene estrecho y se envuelve en sus propias maniobras; el número 7 de los Andes y el número 1 de Chile cargan á la bayoneta á los gritos de «Viva la libertad» y la escolta de San Martín al mando del mayor Angel Pacheco, juntamente con Freire cargan sobre el flanco derecho. El Burgos for-

ma cuadro y rechaza las cargas aunque con grandes pérdidas. Hacía media hora que duraba el porfiado combate. Los realistas circundados, sin caballería que los apoye y rendidos de fatiga, vacilan y empiezan á cejar, pero sin desconcertarse ».

—

Indudablemente que este es el momento de la batalla que pretende reflejar el artista en el Panorama, que pinta á San Martín en momento de fugar Osorio, y por la formación en que coloca á la infantería española al recibir la carga de caballería.

Pero para ajustarse ó ceñirse á la crítica conviene preguntar: ¿hay verdad en la interpretación de ese momento de la acción?... Júzguese.

El artista compone la tela, circunscribe su trabajo al ataque que queda descrito, cuya descripción copio para mayor imparcialidad, y siendo ello así, no se explica cómo se representa la escena del combate en el paso que da al Caserío de Espejo, el callejón, y en éste se pinta un molino... ¿Qué molino es ese?... ¿Es el de Errázuriz á que se refiere Barros Arana y que figura en el plano de la batalla de la obra de este

historiador? No puede ser, porque ese molino, á mi entender, fué en el que durmió San Martín la noche anterior á la batalla y es el mismo á que se refiere Mitre, y estaba situado muy lejos del callejón, allí donde se había fijado el hospital militar. (Véase el plano de Barros Arana).

Si no es ese molino ¿cuál es entonces? Será algún otro que igualmente existía ó que se construyó después.

Pero ese detalle poco importa en la tela, cuando se trata de examinar el conjunto de la misma; sirve solamente para conjeturar en contra de la verdad en el caso.

Sin embargo, se admira el arte con que están representadas allí las figuras de los diversos planos de la vista, y el conjunto general de la misma. En cuanto hace á la carga, está maestramente ejecutada, y el pincel de Grosso evidencia que es un artista nada vulgar. En realidad de verdad, por la apostura arrogante y decidida de los jinetes; por la manera cómo éstos inclinan sus cuerpos sobre la cruz del caballo, para dar mayor fuerza y firmeza al mandoble, al tajo ó al puntazo; por el modo cómo levantan los sables cortos y rectos, sien-

do de advertir que eran largos, pesados y algo curvados en la punta, como son los que del tiempo se exhiben en el Museo Histórico Nacional; por las diversas aposturas de los caballos, que unos se tienden gallardos y briosos al galope, otros se encabritan y otros se levantan; por la manera cómo algunos están rígidos y tendidos, es decir, muertos; por el ademán, la presentación de la línea de infantes españoles formados en cuadro, y resistiendo la carga; cuadro que empieza á deshacerse ante la valiente é invencible empuje de la misma carga; la tela en esta parte refleja admirablemente ese momento emocionante de la batalla. En síntesis, el artista ha interpretado con brillantez la voluntad de resistir en los españoles y la decisión de vencer en los patriotas.

Hay detalles en esa parte del Panorama que llaman justamente la atención y que conviene citar ya que se analiza.

La apostura valiente y resuelta de Ordóñez mandando romper el fuego al formar el cuadro, allá en el centro de la tropa envuelto en nubes de pólvora que agitan la bandera azul, con bordadura de gules del «Burgos». La actitud de los soldados que atacan; la de uno que cae,



de otro que huye ó que muere sobre el caballo, ó al sentir el golpe mortal abandona el gobierno del animal y que se representa en el instante de la caída; todos estos detalles están, conviene repetirlos, magistralmente representados, y hacen honor al artista.

Aun podría agregarse más para decir que el pintor Giacomo Grosso responde brillantemente al objeto que se propuso, pues revela limpieza en el pincel, tonalidad y finura, gama, es decir, armoniosa distribución del color y, por último, animación en el conjunto de la representación del hecho histórico.

El panorama en mucha parte de la representación de este episodio de la batalla se ajusta á la máxima de Boileau que es la de los preceptistas: *Rien ni est beau que la vraie*. Desgraciadamente no puede decirse lo mismo, no es posible elogiar la tela, en lo relativo á las unidades que están allí en acción. Hablo de las infanterías que atacan el flanco derecho del cuadro español. Hay allí batallones pintados, uno de ellos que marcha en columna de compañías y que por lo numeroso debe de ser el número 11, que aparece con una banda de diez y seis clarines, ocho por fila y doce

tambores. Tal prodigalidad de músicos es exagerada en un ejército algo escaso de soldados.

Conviene también observar que era tan escaso el número de clarines en el ejército, que se conservan cartas de San Martín á Pueyrredón solicitándolos y contestaciones de éste muy originales sobre el particular. Para qué hablar de la bandera que el mismo batallón lleva que es blanca, y que no podía ostentar, pues es notorio que el ejército libertador no tenía sino las tres banderas que se alzaron en el cuartel general: la roja del Estado Mayor, la azul y blanca de las Provincias Unidas y la tricolor de Chile. Otro tanto cumple decir, haciendo crítica, del batallón que carga á la bayoneta (el núm. 7 ó el núm. 8 argentinos) á estar á la historia, y que el artista los pinta cargando á paso regular, siendo notorio que la carga á la bayoneta es algo acelerada, de trote, que es la impulsiva. Este detalle es una copia de la lámina de Brown hecha en Londres, trabajo grosero, sin arte, en que no hay perspectiva y en el que todo se confunde y choca. Y como también la crítica debe ser circunspecta por el respeto ó consideración que se merece todo

esfuerzo humano, es preferible apartarse por el momento de ella y no observar al autor que la carga de los granaderos que pinta no fué sin duda llevada por éstos contra cuadro alguno español, sino contra el flanco derecho de Ordóñez, que se batía en retirada, como dice Mitre y también Barros Arana y todos los escritores que estudiaron la batalla.

Pero como alguna libertad se ha de dejar á los autores, hágase de lado la observación sobre ese detalle.

Llaman la atención en esta parte del Panorama las ocho piezas de cañón que hacen fuego á retaguardia del ejército y también á retaguardia del cuartel general y que tiran por elevación. ¿Qué artillería es esa?... Parece no pudiera ser otra, que las piezas de artillería de Chile que mandaba Blanco Encalada.

Pero... ¿estuvieron en realidad esas piezas en fuego durante la carga?... Creo que no. No me parece ajustado á la verdad ese detalle de la pintura, y solamente se explica que Grosso lo haya presentado, para completar la reproducción de la batalla en esa parte; pero solamente como complemento ó recurso de arte. Según el estudio de la jornada en ese momento de la misma no dispa-

raron los cañones chilenos, ni de Blanco Encalada que eran ocho, ni de Borgoño que eran nueve.

A mi juicio creo que Grosso ha confundido al colocar la artillería en ese momento y haciendo fuego por elevación, (es de notar que las piezas—no obstante ser esa la intención del autor, pues tiran á retaguardia del cuartel general—están colocadas en orden horizontal y para tirar por elevación debían describir un arco de círculo de 20 á 30 grados), pues la artillería que tira así es la de Borgoño, y no en el momento que se pinta, que es cuando empieza la retirada, sino cuando Ordóñez y Morla se deciden á perseguir el ala izquierda derecha de la división de Alvarado. Es ese el momento, dice Mitre, en que la artillería chilena de Borgoño, que con sus nueve piezas ligeras había quedado ocupando el perfil opuesto de la Loma Blanca, rompe sobre sus enemigos un fuego á metralla que los hace vacilar. La artillería que hizo fuego por elevación fué la de Blanco Encalada al iniciarse el ataque de la división de la derecha, y cuando la artillería de Primo de Rivera y la caballería de Morgado dispersaban á los Granaderos.

Conviene, sin embargo, declarar que si no hay mucha verdad, mucho es el arte y mucha también la maestría con que están pintadas esas piezas haciendo fuego.

Lástima es, sin embargo, que esas piezas estén pobremente servidas, lo que evidencia que para Grosso en el ejército faltaban artilleros y sobraban clarines, cuando sucedía precisamente lo contrario.

Como en un panorama de la extensión de la batalla de Maipu: 15 m. x 120, no es posible ir estudiando detalle por detalle, porque al fin esto sería fatigoso para el que escucha, conviene concretar las observaciones. En la tela llama la atención desde el principio del examen, el Estado Mayor General en el que figuran algunos de los jefes que más se destacaron en la acción.

¿Hasta donde se ajusta á la verdad esta parte del Panorama? Véase.

Se ha dicho al principio que el trabajo del artista representa el momento en que las infanterías españolas empiezan la retirada, hacia el Caserío de Espejo y que es cuando Osorio huye del campo de batalla.

Tanto es cierto lo que afirmo, que á

la izquierda de las infanterías españolas que hacen fuego se distingue al general Osorio en el momento de fugar, fuga que ha interpretado hábilmente Grosso, aunque no sea original la pintura, pues la de ese incidente está tomada del dibujo que se ha citado, que publicó en Londres en el año 1819, F. Brown, cuya còpia puede verse en nuestro Museo Histórico. Sin embargo, esa pintura de Osorio al emprender la fuga, aquel caballo que toma la carrera, aquel jinete que lo apura, aquel poncho que cubre al general y que se levanta y mueve á impulsos de la brisa, está fielmente interpretada.

Se podría decir lo mismo de la actitud con la que el artista presentó á San Martín?... Creo que no, y voy á explicarme.

Dice el doctor López: «que estaba San Martín haciendo cumplir las órdenes de impedir la concentración hacia el Caserío de Espejo, cuando uno de sus edecanes vivamente excitado se acerca y le dice:

«Señor: Allá en aquel grupo dispara Osorio. Véalo, señor: va disfrazado con poncho blanco y sombrero *huarupu*». O'Brien, grita el general... ¿Ve Vd. en

aquel grupo un hombre de poncho blanco y sombrero *huarupu*. . . — Sí, señor. . . Ese es Osorio, córtese Vd. por la derecha y tómelo en el camino de Valparaíso».

Este detalle que debe ser fiel reflejo de la verdad, es el que ha tomado el pintor para tratarlo, y ya que ha sido así, lástima es que á mi juicio la pintura del mismo no diga de la habilidad del artista y mucho menos del sujeto, es decir, de San Martín, que es el que el señor Grosso debió estudiar más detenidamente.

Para eso están los retratos de San Martín, hecho en Lima por Carrillo; el del mismo general, que hizo ejecutar en Bruselas, San Martín, y el que trabajó en Buenos Aires Carvalho que conceptúo notable. Todos estos retratos representan á San Martín en la época de Maipu.

¿En qué actitud está San Martín en ese momento? . . .

Montado en su caballo, extendiendo la mano en la dirección hacia el lado en que huye Osorio y en que llama á O'Brien y le ordena lo que el lector ha leído.

A qué decir que la actitud de O'Brien

dando la espalda al espectador, para escuchar al general, antes de emprender la marcha, es de por sí natural y digna de encomio. Va á galopar ese caballo y su jinete escucha.

Qué lástima que no pueda decirse lo mismo de la acción de San Martín montado en un caballo de miembros tan rígidos, que parece uno de esos modelos de palo, que se exhiben en las tala-barterías cubiertos de arneses.

Y qué decir del aire de petulancia con que se representa al libertador y de su indumentaria, él, San Martín, que siempre fué sereno, natural y sencillo.

No!.. No es San Martín ese general de la América Central, al que se pretende darle allí relieve ó realzar.

Aquel color cobrizo no es el color bronceado de la cara de San Martín; aquellas patillas cortas que casi vienen á unirse á las comisuras de los labios, no son las patillas rectas, cortadas al rape del vencedor en Maipu. Aquellos ojos de matón, queriéndose salir de sus órbitas, no son los ojos de mirar sereno y firme en el momento de la batalla y con los que el general debió observarla.

Aquel ademán pedantesco del general, que parece un cuarterón, pues su



tipo es de mulato, tampoco es de San Martín. Ni son de él, ni nunca fueron, ni nunca usó en la batalla, por lo menos, aquel traje militar galoneado de oro en el peto; y muchísimo menos, el elástico con gran plumacho blanco que el mal gusto y el capricho del artista le ha puesto, pues es notorio que San Martín jamás usó otra prenda en su cabeza que el modesto falucho, que también se exhibe en el Museo Histórico. De la veracidad con que está representada la indumentaria de San Martín sólo quedan, como admisibles,—la banda azul de generalísimo y las botas que calzaba.— Lo demás, lo moral, lo físico y lo material, me parece falso y de mal gusto, según mi modesto modo de apreciar el Panorama en esta parte.

Con todo no es esta solamente la falta en que incurre el artista. Para convenirse basta analizar los detalles aunque sea ligeramente.

Otro personaje que luce en el ejército de los Andes y que es uno de los que aparece entre los jefes que acompañan al general, es el coronel Las Heras. ¡Las Heras! sin quien no hubiera habido Maipu.

Hace rato que le debemos la erección

de su estatua. Incito á la juventud argentina para que proceda.

En cuanto á esta figura del cuadro no hay que decir esté mal hecha, en tanto el juicio se refiere á pintar un hombre sentado sobre un caballo y á éste no mal representado.

Pero es el caso que allí el personaje, Las Heras, es un sesentón y que el lugar en que se pinta, no es el que ocupó durante la batalla. Para comprobar lo uno y lo otro, bastaría referirse á la descripción de la acción.

Las Heras en el día de Maipu fué de los jefes que más se movieron, como que estaba al frente de su división, mal podía figurar en el Cuartel General ó en el Estado Mayor, y mucho menos en ese momento en que iba precisamente él, flanqueando con su división;—particularmente el batallón núm. 11 de la misma—el ala derecha de Ordóñez.

Así como es falsa la posición de Las Heras en el E. M. es también falsa su indumentaria, al menos en cuanto hace á la banda blanca con que se le ha cruzado el pecho—hablo de banda y no de la bandolera que usaban los Cazadores y Granaderos (jefes, oficiales y soldados) y que no podía llevar Las Heras que

era infante.—En el ejército, á excepción de San Martín (que usó banda ese día) la banda la llevaba el generalísimo, nadie más que él.

Un detalle más para terminar con el examen de la figura de Las Heras; éste se refiere á la edad del mismo.

¿Qué edad se imagina el oyente contaba Las Heras en 1818?

Habiendo nacido en la ciudad de Buenos Aires (parroquia de Las Mercedes) el 11 de julio de 1780, claro es que el coronel tenía en el año que se libró la batalla 38 años, y siendo esto rigurosamente cierto y no menos cierto que á esa edad ni en América ni en Europa ni en parte alguna del planeta un hombre es viejo, sino al contrario joven, mal ha podido Grosso representar á Las Heras con el cabello plateado y bigote color de nieve, que es el color del cabello cuando lo injurian los años.

Otro militar que se destaca en el E. M. es el general Antonio González Balcarce, segundo del generalísimo, y que en aquel momento lo representa el pintor como á un jefe juvenil y bello. Me aparto de lo bello y de lo juvenil, sin olvidar que Balcarce era mayor que Las Heras, como que había cumplido los

cuarenta y cuatro años, los que van corridos de 1784 á 1818, al año de Maipu.

Me aparto de ello para reducir la observación á lo siguiente: Balcarce que está en actitud de partir, parece escuchar y obedecer á Las Heras; es decir, allí se exhibe al inferior mandando al superior, dándole órdenes. El generalísimo de las infanterías, acatando á un jefe de división. No! Eso no es posible aceptarlo, porque ello revela en el artista poco estudio del asunto, en el conocimiento de los personajes. Es sensible este serio error del señor Grosso, porque la figura de Balcarce, la pintura de la fisonomía, el gesto, el ademán, el caballo en tren de partir, todo allí es admirable. En mi sentir esa figura es de las que tienen pinceladas más perfectas. Lo sensible es que el sujeto pintado no se ajuste á la verdad.

Cuando se estudia una obra de arte de la amplitud del «Panorama de Maipu», no es posible ajustarse á una síntesis completa, por ser tantos los puntos de análisis. Sin embargo, como quiero huir de la difusión en el estudio del detalle y dejando de lado á los demás jefes que acompañan á San Martín entre quienes sería difícil decir cuál es Paroissien,

cuál Aguirre, cuál Mariano Escalada, si bien pudiera ser éste un oficial que marcha delante de San Martín, y que va á impartir sin duda una orden, pues de otra manera mal podría adelantarse al general. Sin embargo, el artista en vez de representarlo al galope tendido, nos lo exhibe marchando muy tranquilo al tranco de su corcel. Llama la atención en uno de los grupos la figura de Haigh, el viajero que presenci6 la batalla y que fué el encargado de conducir el primer parte de la victoria á Santiago. La actitud del sajón, su traje, su indumentaria extravagante y abigarrada, son detalles que resultan y que están bien interpretados.

Otra observación que sugiere la tela, es la llegada del director O'Higgins, al teatro de las operaciones.

O'Higgins que había oído el cañoneo desde Santiago, estaba impaciente por concurrir á la acción de las armas. No pudiendo dominarse aprontó su gente y montó á caballo y con la herida abierta en el brazo, que le produjo una bala en Cancha Rayada, apareció á la tarde y en el momento que se dirigía el ataque al Caserío del Espejo. Es por ello que O'Higgins al acercarse con el caballo rendido por la carrera, al dirigirse

á San Martín y circundarle el cuello con el brazo derecho, exclama: «Gloria al salvador de Chile», lo que vale para que San Martín conteste con la hidalguía que le distinguía: «General... Chile no olvidará jamás su sacrificio, presentándose en el campo de batalla con su gloriosa herida abierta...»

Aunque Grosso no pinta ese momento y sí el de la llegada de O'Higgins, es de notarse que se encuentra poco ajustado á la verdad ese detalle. No hablaré del conjunto, de la masa de jinetes y hombres á pie que á lo lejos se ven llegar, muy bien representado y magistralmente tratado; me refiero únicamente á la persona de O'Higgins que avanza muy tranquilamente tal cual si recorriese á caballo en tarde de paseo las calles de Santiago.

Más ajustado á la verdad es el cuadro de Bouchet, cuando al tratar ese episodio, pinta á O'Higgins abrazando á San Martín y montando un caballo rendido por el acicate en la carrera: ese sí es un caballo cansado. Otro tanto afirmo del cuadro Maipu, del artista chileno Subercasseaux, en el que, exceptuando el acicalamiento de los dos

generales, los detalles del mismo son artísticos y bellos.

Otros pormenores del Panorama que también tienen que caer bajo el examen, son los carros que aparecen en el campo y respecto á los cuales hay que dividir el juicio, pues si se han de juzgar los carros que pinta el señor Grosso, estos son carros á la moderna, con atalajes de nuestros tiempos y llevando caballo cadenero. En esto hay que notar que en la época de la batalla de Maipu, en Chile no se usaban esos carros y menos entre nosotros que teníamos las carretillas protegidas por varillas á los costados, que introdujo don Bruno Mauricio Zabala y que aun se usan en Montevideo y en Chile.

Usábanse «catangas», esos vehículos toscos y pesados que se aprovechan todavía en alguna parte de la cordillera y que al presente se exhiben en la exposición de ferrocarriles.

Mal podía, pues, haber en Chile, entonces, carros con caballos atados á las varas y todavía con cadenero y conductores con sombrero á la usanza de los mexicanos.

Por ello, si la crítica aquí procede, en cuanto á los carros, cabe también el

elogio en cuanto á los animales; los caballos que tiran de las varas y los que van de cadeneros, son admirables, dignos de aplauso, por la maestría con que están tratados y el modo natural que ha reflejado el autor al pintarlos.

El «Panorama de Maipú» tiene también como complemento algunos muñecos en cera y madera colocados fuera de la tela, como para provocar impresión en el espectador. No es el caso de juzgarlos á todos, pero sí de referirse á uno que conduce un granadero á caballo para entregarlo á un «huaso» que va á alzarlo para colocarlo sobre la cruz del animal y sacarlo del campo de batalla.

Hago de lado la crítica que tiene á su favor la orden de San Martín, prohibiendo recoger heridos durante la pelea. Pase la prohibición, tratándose de un jefe; pero vaya la crítica á ese grupo.

Ese jefe (jefe á juzgar por la franja de oro del pantalón) no puede ser otro que Bueras, único jefe que murió en la batalla y siendo así, Bueras—cazador—no podía usar el traje de los Granaderos, que es el que se le ha puesto.

Digo esto porque el traje de los «Cazadores á Caballo» que se puede ver



en el cuadro de la «Revista de Rancagua» de Blanes, (estos aparecen allí formando escolta á San Martín), era dormán verde con pelliza volante terciada al hombro derecho y sujeta con cordón al cuello, con alamares blancos y correaje también blanco; portapliegos y morriones de paño con pompón y un cornetín en el frente y centro del morrión,—si es que la memoria no me es infiel en estos detalles.

Corresponde también decir que en todo el Panorama no se ve jefe ó soldado alguno con este uniforme, y eso que en la acción, los soldados de Chile no cedieron un punto en valor ni en disciplina bajo el fuego, á los soldados argentinos.

Tampoco en la tela se ve un hombre de color, mejor dicho, un negro, al menos que yo recuerde, y eso que á la vida de los negros, en *Maiþu* como en *Chacabuco*, se debió en parte el éxito de la batalla.

Recuerdo al caso: Refiere Vicuña Mackenna en un artículo intitulado «*San Martín después de Chacabuco*», que cuando San Martín atravesaba la cordillera en viaje á Buenos Aires, á ultimar los preparativos para la segunda campaña de

Chile, que debía dar Maipu y cimentar su independencia, al cruzar la cuesta de Chacabuco, teatro de su gloriosa acción, vió en una loma blanquear una línea de huesos, y exclamó:

¡Pobres negros!.....

Con esas palabras aludía á los restos de los negros del número 11, que bajo el comando de Las Heras y Enrique Martínez se habían batido como leones el día de *Chacabuco*.

---

Dice el viajero inglés Haigh, en su descripción de la batalla, que la mañana del 5 de abril, día en que se libró aquélla, es la época más deliciosa del año en Chile «ni una sola nube obscurecía el azul claro y eterno del firmamento: las aves cantaban y la fragancia de las flores del naranjo impregnaban la brisa de un perfume delicioso; había en la atmósfera esa suavidad reparadora tan peculiar del clima».

Aunque me consta que el artista Grosso visitó el campo de Maipu para estudiar de «visu» el teatro de la acción, la topografía del terreno, que se conserva tal cual fué; ignoro que lo visitase en el mes de abril, en esa época del año en que para imitar al escritor inglés

está el naranjo en flor. Pero sea de ello lo que fuere, es el caso que observando el Panorama no puede menos de admirarse aquel soberbio marco dentro del que se libra la batalla.

Son indudablemente magistrales y valientes los toques de pincel, que representan la zona donde se pelea. El cielo azul, clarísimo, sin una nube; la llanura limitada por colinas y barrancos aquí y allá. A lo lejos, la sierra con sus moles de granito y más lejos extendiéndose como una nube negra, cerrando el horizonte y como limitando la bóveda celeste la gran cordillera de los Andes, con sus nevados picos y sus imponentes ventisqueros, que cuando reverberan al sol le producen al viajero la ilusión de que son de cristal.

Llama igualmente la atención el hábil reflejo de la vida: el verde que matiza la colina, oscuro en un sitio y dorado en otro, como que lo hieren los rayos del sol: el pasto, ya claro, ya fresco, ya seco; las briznas de la paja; la hoja amarillenta caída de su tallo, la flor del cardo cuyo pompón de paja ha reproducido fielmente el artista; la cerca que cruza el campo al llegar al puente; las

aguas ya turbias; ya azuladas del Ma-pocho y que están estancadas.

La luz clara, purísima, brillante; la luz del sol de otoño, que ilumina el campo; la arena del camino, la huella, el color terroso del terreno y el repecho de la colina, en cuya dirección marchan dispersos en la aciaga retirada, pelotones de infantería española arrastrando las dos únicas piezas salvadas.

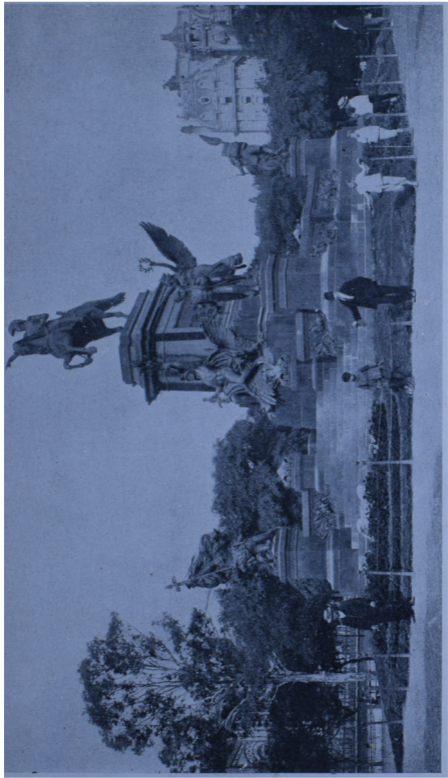
El caserío cuyas casas de teja protegidas por tapias y en cuyo exterior y centro blanquean las carpas de lo que fué campamento del ejército español; todo eso, en conjunto y en detalle, está pintado imitando la verdad; todo ello evidencia con su tonalidad y su vida, á un artista hábil é inspirado, que sabe al elegir los colores, distribuyendo armoniosamente la luz en el lienzo, dar vida, conveniente proporcionalidad al asunto y tratarlo para imponerlo á la observación del admirador.

Agregaré más, los fognazos de la fusilería, los resplandores de las bayonetas, los sables que centellean al sol, las bocas que parecen estallar con palabras de exterminio, los oficiales que animan á la tropa, la desesperación de la defensa; la resolución del sacrificio y

desdén por el peligro; el conjunto de infantes y jinetes que dan ó reciben la muerte, los gestos de ira, de impotencia y de dolor; los rasgos de valor y heroísmo, la masa de caballería é infantería que llevan el ataque y la pintura de un enemigo que parece decidido á defenderse hasta morir, y, arriba de todo, el cielo azul, diáfano, iluminando la tierra con los rayos de una luz clarísima, como si la naturaleza estuviere de fiesta y le fuese indiferente que en ese día en el llano de Maipu, los hombres se matasen por centenares. Todo este conjunto da relieve al esfuerzo humano; es hermoso, emocionante, hace vibrar el alma porque la fantasía remonta el vuelo á un pasado de esplendor.

Luca, en el vuelo filosófico de su musa; Fray Cayetano, en la unción patriótica de sus estrofas; López y Planes, en la evocación clásica de la oda; Juan de la Cruz Varela, en el tono guerrero de su lírica; y Andrade con las brillanteces y ecos bélicos de su musa, han tejido la corona poética del triunfador en Maipu, del héroe de la epopeya inmortal.

Lo que el numen de los poetas expresó en versos brillantes y sonoros, también debía interpretarlo el escultor. Por



**Monumento erigido en Buenos Aires al general San Martín**

(La estatua, del escultor francés Daumas. El basamento, los bajorrelieves, grupos y figuras accesorias, del escultor alemán Eberlein).

ello, entre los muchos monumentos erigidos á la gloria del libertador figuran aquellos que, obra del escultor Daumas lo representan, (á mi entender) el que en Buenos Aires adorna la plaza que lleva su nombre, en el momento en que levantando y extendiendo el brazo y señalando con la diestra, imparte órdenes para que los «Granaderos» den la carga definitiva en Chacabuco y terminen la acción que es la victoria.

San Martín, ceñido su cuerpo con su sencillo uniforme de coronel de Granaderos, dejando caer de su cintura sobre el muslo del animal el sable corvo; diestramente sentado en su corcel, parece un centauro. Aquel caballo de bronce tiene acción, tiene vida, galopa levantando su cuerpo.

Con la cola fuera del plinto y alzando sus manos en el espacio, se mueve. Parece que allí en la altura estuviese suelto, volase entre nubes de gloria, tal es el arte con que está tratado sujeto y bridón (1).

---

(1) Es entendido que al hablar del monumento, me refiero solamente al primitivo al cual, al cambiársele el antiguo y pobre pedestal por el actual mas elevado y de granito rojo, le ha dado á la estatua desenvoltura, aire y acción. Al decir esto no digo de elogio de las figuras del primer plano. Los jóvenes alemanes con trajes de Granaderos á Caballo que la fantasía del escultor Eberlein ha colocado; amén de un joven con traje de

Aunque no menos firme, pero en otra actitud, se ostenta en la capital de Chile, en la Alameda de las Delicias, la estatua ecuestre de su libertador, representándolo en el momento que alza la bandera y proclama la independencia de Chile (1).

obrero y cornetín de cazador y mujeres andaluzas abrazando a los soldados en el alborozo de la victoria no son verdad histórica, y si fantasías de artista, que debieron ser contenidas por los señores encargados de expedirse sobre la obra.

Pura fantasía autorizada por los señores miembros de la Comisión del Centenario ó la comisión delegada, tanto en este monumento, como en otros que se alzan en nuestras plazas.

(1) Refiere Vicuña Mackenna: Algunos *amateurs*, han hecho creer que la actitud de San Martín representa el acto de *desarrajarse* su caballo en la plaza de Santiago al entrar vencedor después de *Chacabuco*, y llevando en la mano una bandera chilena que arrebató á un soldado.

Inútil nos parece desvanecer esta fábula que el criterio público no ha aceptado. Lo que representa á San Martín hecho bronce, no es un acto tal ó cual sino la *idea* absoluta de la libertad de Chile. Es pues, un *libertador* y no un *lacho*.

Si fuera lo que dicen algunos no sería el monumento de la Alameda la estatua de San Martín que era un oficial rigurosamente á la europea en su porte, sino el de don *Juan Chevers*, el de Quilicura... Pero si esto se afirma en los salones ¿que dirán nuestros *rotos*? Cuántas disputas y curiosidades en cuclillas sobre si es potro ó no es potro el brioso animal que monta el héroe, sobre si estaba bien ó mal montado, sobre el freno, los estribos, los pellones, y sobre todo el manro y la *quilina* que todo ha de querer trozar y con sobradísima razón..... Además de lo que decimos y volviendo á lo serio, es falso históricamente que San Martín entrase á caballo en la plaza de Santiago, pues lo hizo en carruaje, en medio de las corporaciones que salían á recibirle.

La primera idea había sido poner una espada en la mano del libertador, pero el escultor observó, con justicia, que aquella arma era mas bien emblema de conquista que de *redención*, y por ello se cambió por el oriflama, coronado por la efigie de la libertad.

El pensamiento primitivo de la estatua aparece en las siguientes líneas del artículo citado de 1866, y que sirvieron á la concepción del artista, y que el gusto fué modificando. Dice así:

«Y no se por qué, cada vez que la memoria de esta



A la idea que fué norma de toda la vida de San Martín; al propósito que guió todos sus actos, que era la libertad de América, y que es hoy la gratitud de las repúblicas cuya independencia cimentó, ó inició, en la guerra por la misma, como la Argentina, Chile y el Perú (y también el Ecuador) responden las estatuas de tres repúblicas, con las que el escultor francés Carrier Billause, rodea el monumento que guarda las cenizas, en el túmulo de piedra que culmina el sepulcro del héroe en la catedral de Buenos Aires.

La estatua y el mausoleo son admirados porque contienen las condiciones esenciales, que, según los maestros dicen de lo bello en el arte: carácter, expresión y movimiento.

---

gran figura asoma en nuestro pensamiento, nos parece verlo en el acto en que su erguido caballo trepa la última roca que corona la cima de los Andes, y el jinete lo detiene, y fijos sus ojos con intenso poderío, extendido el brazo hacia adelante, la frente radiosa de inspiración, saluda á Chile á quien viene á rescatar.... Esta actitud histórica, nos parece la más bella, la más grande y la más característica de San Martín

Elevado por su genio á la altura en que la pasión no parece tocarle, detenido en los lindes de los dos países, cuya causa trae en la punta de las bayonetas que ve brillar en todos los senderos, sin ser todavía vencedor ni ser vencido, único dueño de sus secretos, grande para consigo mismo en su inescrutable reserva, desafiando la timidez de sus superiores y el temor de sus adversarios, solo, responsable único, San Martín aparece en las cumbres de las cordilleras como una figura de admiración que no inspira ni amor ni enojo, como la apoteosis de su genio, que visto en tal elevación no le niegan sus émulos ni pueden alcanzar sus mismos admiradores»

Son á la verdad, en su severa belleza, nobles y hermosas y más que eso, imponentes, la majestad de esas tres figuras orladas sus cabezas con el laurel del triunfo y que parecen custodiar en el gran mausoleo de granito, los despojos del gran capitán de América.

Ellas dicen en su apostura, en su ademán y en su gesto, que velan allí los restos del que fué grande en su culminante actuación y que es inmortal en la historia. Y para que nada falte en la apoteosis, la pluma de un argentino ilustre en el gobierno, en las letras y en las armas: Mitre, legó á los anales nacionales, en páginas escritas con severa imparcialidad y elocuencia llena de verdad, la carrera política y militar del guerrero invicto y grande, que concretó su vida y cumplió su misión encerrándola en un aforismo famoso, por el éxito con que realizó su ideal: «Serás lo que debes ser y sino no serás nada».

Lo que la poesía, la escultura y la historia cantaron en la estrofa, esculpieron en el bronce y en el mármol y narraron en los anales, hoy lo refleja también el artista en un Panorama, para que se admire una vez más, lo que siempre tiene que ser objeto de cons-



Sepulchro de San Martín en la Catedral de Buenos Aires  
Escultor: Carrero-Beilense.

tante, de perdurable recordación, porque Maipu, al cimentar la libertad de Chile y cuyos trofeos fueron la toma de toda la artillería del ejército realista: 1000 muertos, 150 oficiales prisioneros, igualmente que todos los jefes, excepción hecha del generalísimo que huyó; 2200 prisioneros, 3850 fusiles, 1200 tercerolas, cuatro banderas, la caja militar y todo el parque del enemigo, Maipu es más que todo eso, porque como acción de guerra «es la primera grande batalla americana histórica y científicamente considerada».

Maipu es como ha dicho un escritor, que no es argentino, el chileno Benjamín Vicuña Mackenna: «Maipu es inferior á Ayacucho como hecho de armas, pero es superior á todas como suceso histórico. Fué la primera batalla campal ganada al enemigo que cayó en nuestras manos casi hasta con su último hombre; no sólo libertó á Chile, sino que por el occidente abrió á la causa de la independencia el cauce hasta entonces cegado del Pacífico, y por el oriente hizo retroceder las fronteras del Alto Perú, que se disputaban hacia más de cinco años los ejércitos de Rondeau y de Pezuela».

Y ahora, señores, para terminar y ya que tengo el honor de hablar ante vos-

otros, jefes y oficiales del regimiento de «Granaderos á Caballo», cuerpo que ilustró su nombre en duelo á muerte desde «San Lorenzo» á «Ayacucho», de pie y haciendo la venia para saludar al inmortal, cuya figura se destaca pura y completa entre reflejos de gloria, dentro del gran escenario de la epopeya de la independencia de América.





### *Nota*

El lector habrá extrañado la extensión de estos apuntes, impropios por lo largos para ser referidos en una conferencia, en la cual por benévolo que sea el auditorio, habría sentido fatigada su atención, con tanta exposición. No habiendo, pues, sido expuesta toda la conferencia y por si algún interés puede tener, el autor se ha animado á publicarla, (excepción hecha de una que otra generalización) en la forma expuesta.

En cuanto á los autores y referencias recordadas para dar armazón á los apuntes, para guía del lector, citamos los siguientes: 1° General San Martín: Parte de la batalla de Maipu dirigido al director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, general Juan Martín de Pueyrredón; 2° Parte de la batalla de Maipú por el general Osorio al señor Virrey del Perú, Excmo. Señor Don Joaquín de la Pezuela. 3° General Las Heras: Memoria sobre Maipu. 4° Mariano Torrente: Revolución Hispano

Americana. 5° General García Camba: Memorias para servir á la historia de las armas españolas en América. 6° Memorias del general Guillermo Miller. 7° Salvador Sanfuentes: Memoria Histórica, Chile (Desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo). 8° Vicente Fidel López: Historia Argentina. 9° Diego Barros Arana: Historia de la Independencia de Chile. 10. General Bartolomé Mitre: Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina, Historia de San Martín y de la Independencia Americana. 11. Benjamín Vicuña Mackenna: San Martín. 12. Luis Merino: La batalla de Maipu. 13. Haigh: La batalla de Maipu. 14. Carlos Calvo: Revolución de la América Latina. 15. Tomás Carlyle: El Dr. Francia. 16. Decoudray: Historia Contemporánea. 17. Pedro Rivas: Efemérides Americanas. 18. Diccionario Enciclopédico Americano. 19. Recuerdos de referencias de la batalla de Maipu, expresados por el brigadier general Enrique Martínez, ex jefe del Batallón número 8 de los Andes, y actor en la batalla al coronel Carlos Urien.





APÉNDICE







## ANEXO I

*Parte que da el Excmo. Señor Capitán General don José de San Martín, al Excelentísimo Señor Supremo Director del Estado.*

Excmo. Señor:

El inesperado acaso de la noche del 19 del pasado en la Cancha-rayada hizo vacilar la libertad de Chile, y la suerte de Sud América; presentaba una escena a la verdad espantosa el ver disperso, sin ser batido, a un Ejército compuesto de valientes, y lleno de disciplina e instrucción.

Yo desde que abrí la campaña estaba tan satisfecho, que contaba cierta la victoria. Todos mis movimientos fueron siempre dirigidos á que fuese completa i decisiva, así es que el enemigo desde el momento que abandonó a Curicó, no halló posicion en que nuestras fuerzas no le amagasen en flanco amenazando envolverlo: así fué que ambos ejércitos caímos a un tiempo mismo el 19 sobre

Talca, siéndole, de consiguiente, ó imposible al enemigo emprender su retirada ni pasar el Maule.

Esta situación la más desesperada vino á serle por un acaso la más dichosa: nuestras columnas de infantería no alcanzaron á llegar sino á caidas del Sol, en esta hora me era imposible emprender un ataque al pueblo. El Ejército entónces formó provisionalmente en dos líneas, interin se reconocía la posición más ventajosa que convenía darle: examinado el terreno me decidí por la de A. B. que manifiesta el plano número 1, y en su consecuencia dí las órdenes para que se corriese toda nuestra ala derecha a ocuparla: mas apenas este movimiento se hubo ejecutado, é iba a emprenderse en la izquierda, cuando con un ataque el mas brusco y el mas desesperado de parte de los enemigos puso en total confusión nuestro bagaje y nuestra artillería, que estaba en movimiento. Eran las 9 de la noche, y a esta confusión no tardó en seguirse una dispersión de nuestra izquierda despues de un vivo fuego, que duró cerca de media hora, en que el enemigo sufrió una pérdida grande y nosotros la

mui sensible e irreparable, de ver herido al valiente jeneral O'Higgins.

Yo hice cuantos esfuerzos fueron imaginables, así como los demas Gefes y Oficiales para practicar la reunion sobre el cerro D. lo que por el pronto se verificó bajo la proteccion de la reserva: aquí volvió a empeñarse uno de los combates mas obstinados: pero la noche entorpecía cualquier medida, y al fin no hubo mas recurso que ceder.

Nuestra derecha no habia sido incomodada suficientemente, y el Coronel Las Heras tuvo la gloria de conducir, y retirar en buen orden los cuerpos de infantería y artillería que la componían. Este era el solo apoyo que nos quedaba á mi llegada á Chimbarongo: entónces • tomé las medidas posibles para practicar la reunion, especialmente sobre la angostura de Regolemu. El Cuartel General se situó en San Fernando.

Aquí permanecí dos días, y aseguro a V. E. que nuestra posicion era la más embarazosa. Todo el bagage, y todo el material de ejército lo habíamos perdido: desprovisto de todo, de todo necesitábamos para poder hacer frente a un enemigo superior y engreido con la victoria. En este caso no hallé otro

partido que tomar que el de replegarme rápidamente sobre Santiago: poner todos los resortes en movimiento, y procurarme cuantos auxilios estaban a mis alcances para salvar al país.

Es increíble, Señor Excmo. si se asegura que, en el término de tres días el ejército se organizó en el campo de instrucción distante una legua de esta ciudad: el espíritu se reanimó, y a los trece días de la derrota con una retirada de 80 leguas estuvimos ya en el caso de poder volver á encontrar al enemigo. El interés, la energía, y firmeza, con que los jefes i oficiales, todos los del ejército cooperaron al restablecimiento del orden y disciplina les hará un honor eterno. Verdad es que nuestras fuerzas eran ya muy inferiores a las suyas: muchos de nuestros cuerpos estaban en esqueleto: y teníamos batallones que no formaban 200 hombres.

Entretando el enemigo se avanzaba con rapidez, y el primero del corriente tuve avisos positivos de haber pasado todo el grueso el Maipú por los vados del Lonquen, y que marchaba en la dirección de las gargantas de la Calera.

La posición del campamento no era segura ni militar. El 2 marchamos a

campar sobre las acequias de Espejo: este día, el 3 y el 4 hubo fuertes tiroteos entre las guerrillas, y el ejército pasó todas estas noches sobre las armas.

El enemigo se nos acercó al fin: el 5 todos sus movimientos parecían dirigidos a doblar en distancia nuestra derecha, amenazar la capital, poder cortarnos las comunicaciones de Aconcagua y asegurarse la de Valparíso.

Cuando ví que trataba de practicar este movimiento creí que era el instante preciso de atacarlo sobre su marcha, y ponerme á su frente por medio de un cambio de dirección sobre la derecha. V. E. lo verá marcado en el plano N.º 2 y fué el preparativo de las operaciones posteriores.

Bajo la conducta del benemérito Brigadier General Balcarce puse desde luego toda la infantería; la derecha mandada por el Coronel Las Heras; la izquierda por el Teniente Coronel Alvarado; i la reserva por el Coronel don Hilarion de la Quintana; la caballería de la derecha el Coronel don Matías Zapiola con sus escuadrones de Granaderos; i la de la izquierda á la del Coronel don Ramon Freire con los escuadrones de la escolta del Exmo. Di-

rector de Chile, i los Cazadores de a caballo de los Andes.

Notado por el enemigo nuestro primer movimiento, tomó la fuerte posición A. B. destacando al pequeño cerro aislado C. un batallón de Cazadores para sostener una batería de cuatro piezas que colocó en ese punto a media falda. Esta disposición era muy bien entendida pues aseguraba completamente su izquierda i sus fuegos flanqueaban, i barrían todo el frente de la posición.

Nuestra línea formada en columnas cerradas, i paralelas se inclinaban sobre la derecha del enemigo, presentando un ataque oblicuo sobre este flanco, que a la verdad tenía descubierto. La reserva cargada también a retaguardia sobre el mismo estaba en actitud de envolverlo y sostener nuestra derecha. Una batería de 8 piezas de Chile mandada por el Comandante Blanco Cicerón (1) se situó en la puntilla D. i otra de

---

(1) El general San Martín, llama á Blanco Encalada: Blanco Cicerón, tomando el segundo patronímico, del jefe. D. Manuel Blanco Encalada nació en la ciudad de Buenos Aires en 1790. Hizo estudios náuticos en España. Sirvió en el ejército libertador. Se incorporó luego al de Chile. Fué el primer almirante de la flota chilena y conquistó el primer laurel de su triunfo, con la toma ó apresamiento de la fragata «María Isabel» en el Pacífico, el 22 de octubre del año de 1818.

Blanco Encalada desempeñó los más altos cargos en

4 por el Comandante Plaza, en E. F. desde donde principiaron a jugar con suceso i cañonear la posicion enemiga.

En esta disposicion se descolgaron nuestras columnas del borde de la pequeña colina que formaba nuestra posicion para marchar á la carga, i arma al brazo sobre la línea enemiga. Esta rompió entónces un fuego horrendo pero esto no detenía la marcha; su batería de flanco en el cerrito C. D. hacia mucho daño. En el mismo instante un grueso trozo de caballería enemiga situado en el intervalo G. D. se vino a la carga sobre los granaderos a caballo que formados en culumnas por escuadrones avanzaban siempre de frente. El escuadrón de la cabeza lo mandaba el Comandante Escalada, que verse amenazado por el enemigo e irse sobre él sable en mano, fué obra de un instante; el Comandante Medina sigue este mismo movimiento; los enemigos vuelven caras a veinte pasos i fueron perseguidos hasta el cerrito, de donde a su vez fueron rechazados los nuestros por el fuego horrible

---

el gobierno de Chile, habiendo sustituido al general Freire en el ejercicio de la presidencia de la República de Chile.

Blanco Encalada falleció en la capital de Chile á los 86 años de edad el día 5 de septiembre del año de 1876.

de infantería, y metralla enemiga. Los escuadrones se rehacen con prontitud, y dejando a su derecha el cerro, pasan persiguiendo la caballería enemiga, que se repliega sobre la colina B.: aquí fué reforzada considerablemente i rechaza a los escuadrones que vinieron a rehacerse sobre el Coronel Zapiola, que sostenía con firmeza estos movimientos; todos vuelven nuevamente a la carga, hasta que el enemigo fue por último deshecho en esta parte y perseguido.

Entretanto el fuego se empeñaba del modo mas vivo y sangriento entre nuestra izquierda, y la derecha enemiga, ésta la formaban sus mejores tropas y no tardaron en venirnos igualmente a la carga formados en columnas cerradas, y marchando sobre su derecha a la misma altura otra columna de caballería.

El Comandante Borgoño habia remontado ya la loma con 6 piezas de la artillería de Chile que mandaba, y que destiné a nuestra izquierda con el objeto de enfilear la línea enemiga: él supo aprovechar este momento: e hizo un fuego a metralla tan rápido sobre sus columnas, que consiguió desordenar su caballería: a pesar de esto y de los



esfuerzos de los Comandantes Alvarado y Martínez, que mostraron mas que nunca su bravura, nuestra línea trepidó, y vaciló un momento, los infantes de la Patria no pudieron menos que retroceder tambien: mas al mismo instante dió orden al Coronel Quintana para que con su reserva cargase al enemigo, lo que ejecutó del modo mas brillante; esta se componía de los batallones N° 1 de Chile, 3 de idem y 7 de los Andes al mando de sus Comandantes Rivera, Lopez y Conde; esta carga y la del Comandante Thompson del 1 de Coquimbo, dió un nuevo impulso a nuestra línea, y toda volvió sobre los enemigos con más decision que nunca.

Los escuadrones de la escolta y Cazadores a Caballo al mando del bravo Coronel Freire cargaron igualmente, y á su turno fueron cargados en ataques sucesivos. No es posible Señor Exmo. dar una idea de las acciones brillantes y distinguidas de este día, tanto de cuerpos enteros como de Gefes e individuos en particular; pero si puede decirse, que con dificultad se ha visto un ataque mas bravo, mas rápido y mas sostenido. Tambien puedo asegurar, que jamas se vió una resistencia mas vigo-

rosa, y mas firme ni mas tenaz. La constancia de nuestros soldados, y sus heroicos esfuerzos vencieron al fin, y la posicion fué tomada, regándola en sangre, y arrojando de ella al enemigo a fuerza de bayonetazos.

Este primer suceso parecia debia darnos por sí solo la victoria: mas no fué posible desordenar enteramente las columnas enemigas: Nuestra caballería acuchillaba a su antojo los flancos, y retaguardia de ellas: pero marchando en masa llegaron hasta los callejones de Espejo, donde posesionados del cerro F. se empeñó un nuevo combate, que duró mas de una hora, sostenido este por el N° 3 de Arauco, los infantes de la Patria, y compañías de otros cuerpos que iban entrando sucesivamente. Por último los bravos batallones N° 1 de Coquimbo, y 11 que habian sostenido nuestra derecha los atacan del modo mas decidido, cuyo arrojo puso a los enemigos en total dispersion. Los portezuelos, y todas las principales salidas estaban ocupadas por nuestra caballería.

Solo el General Osorio escapó con 200 hombres de caballería y es probable no salve de los escuadrones, y demas partidas que le persiguen: Todos

sus Generales se hallan prisioneros en nuestro poder: de este número contamos a la fecha mas de 2.500 hombres, y 190 oficiales, con la mayor parte de los Jefes de los cuerpos: El campo de batalla está cubierto con 2.000 cadáveres. Su artillería toda: sus parques, sus hospitales con facultativos; su caja militar, con todos sus dependientes; en una palabra, todo cuanto componia el Ejército real, o es muerto o prisionero, o está en nuestro poder.

Nuestra pérdida la regulo en mil hombres entre muertos y heridos. Luego que el Estado Mayor pueda completar la relacion positiva de ellos tendré el honor de dirigirla a V. E. así como la de los Oficiales que mas se hayan distinguido.

Estoy lleno de reconocimiento a los infatigables servicios del Sr. General Balcarce: él ha llevado el peso del Ejército desde el principio de la campaña, así como el Ayudante Jeneral del Estado Mayor, Aguirre, y demas individuos que la componen, y el Cirujano mayor D. Diego Paroissien.

Tambien estoi satisfecho de la comportacion del Ingeniero D'Albe, como igualmente de la de mis ayudantes

O'Brien, Guzman y Escalada, y la del secretario de la Guerra Zenteno, y el particular mio Marzal.

Me queda solo el sentimiento de no hallar como recomendar suficientemente a todos los bravos, a cuyo esfuerzo y valor ha debido la Patria una jornada tan brillante.

Ruego a V. E. que a continuacion de este parte haga insertar la relacion de los Gefes que han tenido la gloria de seguir esta campaña tan penosa como brillante.

Dios guarde a V. E. muchos años.  
—Cuartel General de Santiago 9 de Abril 1818.—Exmo Sr.—JOSÉ DE SAN MARTIN.—Exmo. Supremo Director del Estado.





## ANEXO II

***Parte que da el General don Mariano Osorio al Virrey del Perú sobre la batalla de Maipu.***

Excmo. Señor:

El 20 de marzo próximo pasado continuó todo el Ejército persiguiendo al enemigo a *Pangue*, desde donde lo siguió el 21 la primera division compuesta de los batallones Infante D. Carlos y Concepcion, primero y segundo escuadron de Dragones de la Frontera y tres piezas de a 4 de montaña, que por lo pronto pudieron habilitarse, con algunos tiros para ellas, a las órdenes del Señor Brigadier don José Ordóñez, hasta Quecheraguas, regresando yo a Talca aquel mismo día, con lo restante, para recoger un crecido número de dispersos, componer el correaje y arreglarlo todo de nuevo, porque habiendo sido la acción de noche, era preciso que así sucediese a pesar del celo de los señores Gefes y Oficiales para llevar ordenadas

sus columnas en lo que permitia la oscuridad en que son inescusables esta clase de desórdenes, y mucho mas con la presa del rico botín hecho al enemigo, hallándose por otra parte la Caballería en absoluta imposibilidad de hacer marchas forzadas por lo mucho que habia trabajado y padecido, y estar bien mal montada; lo que se verificó el 22 i 23. El 24 salí para Camarico; el 25 se reunió en las haciendas de Vargas i Quechereguas distantes una de otra cinco cuartos de legua. El 26 acampó la primera division a la derecha del Teno y las otras a la izquierda: el 27 a Chimbarongo: el 28 a San Fernando: el 29 a la hacienda de D. Manuel Valdivieso; y el 30 al llegar a la de D. Francisco, dos leguas mas allá, se presentaron entre ella y el Cachapoal de 500 a 600 caballos enemigos que batieron los Dragones de la Frontera y Chillan, dejando en el campo algunos muertos, retirándose precipitadamente al otro lado de Rancagua donde se hizo noche. El 31 a Pan de Azúcar: el 1º del corriente a la hacienda del Hospital; el 2 al mirador de Tagle; el 3 a la hacienda de Calera; el 4 hubo un pequeño encuentro en la punta de los cerros que están

delante de ella, y se caminó hasta las inmediaciones de la de Espejo donde se pasó la noche sobre las armas. El 5 (tres leguas de Santiago) luego que aclaró se continuó hasta sus casas, tomando posición en las eminencias inmediatas, haciendo pasar delante los Lanceros, Dragones de Arequipa, y de Chillan para posesionarse de unas lomas que la dominaban, respecto a estar tiroteando con el enemigo los Dragones de la Frontera; en cuyo auxilio envié las cuatro compañías de Cazadores, y dos piezas de a 4 de batalla, que quedaron en lo mas elevado de las lomas; y al flanco derecho a retaguardia de la altura que tomó el Gefe del Estado Mayor D. Joaquin Primo, a cuyas órdenes iba esta division por haberlo solicitado, las que hicieron replegar al enemigo sobre el grueso de su Ejército. Enseguida hice marchar la primera y segunda división con la restante artillería a las referidas lomas, y la columna de Granaderos a donde estaba primero. Aquellas siguieron caminando hasta ponerse al paralelo de la indicada altura, en donde formadas en masa con claros de batallones, se colocaron 2 piezas de a 4 de montaña al flanco

derecho de la primera: dos a la izquierda de la segunda: otras dos donde se hallaban los Cazadores y Granaderos: dos de a 4 de batalla con los Dragones situados al frente en el intervalo de aquella a la segunda division: y las cuatro restantes, dos del mismo calibre y dos de a 8 en la elevacion de la loma que dominaba todas las inmediaciones. Los Lanceros del Rey y Dragones de Arequipa se situaron a distancia de 2 cuadras, cubriendo el flanco derecho de la primera columna. Los de Chillan al frente de las dos, repartidos en tiradores. En esta disposicion permaneció el Ejército mas de una hora, esperando conocer cuales eran las ideas del enemigo, quien desde luego puso en movimiento sus columnas de infantería y caballería en varias direcciones, amenazando los flancos y nuestra posicion por diferentes puntos, haciendo avanzar su artillería que no cesó de hacer fuego a nuestras columnas, de tal modo que hallándome al flanco izquierdo de la segunda, una bala de cañon de a 8 me inutilizó el caballo que montaba: viendo aquel que con sus maniobras nada adelantaba, se resolvió atacarme de frente.

Dejó saliese de su posicion, y en el



momento di las órdenes al Coronel de Burgos D. José María Beza, quien a pesar del mal estado de salud en que se hallaba, no pude disuadirlo dejase de seguir al Ejército, para que colocando los escuadrones de Lanceros del Rey, y Dragones de Arequipa al flanco derecho de la primera columna compuesta del Infante, Concepcion, y Compañía de Zapadores al mando del referido Sr. Ordóñez; al flanco izquierdo de la segunda compuesta de Burgos y Arequipa, mandada interinamente por el Comandante de aquel D. Lorenzo Morla, los Dragones de la Frontera y que a retaguardia, como cuerpo de reserva, se colocasen las compañías de Granaderos y Cazadores, con la Caballería de mi guardia. Aquellas se repartieron inmediatamente, y sin embargo de que fueron repetidas órdenes al Coronel Comandante de Dragones D. Antonio Morgado, para que con su cuerpo y las dos piezas avanzase sobre su frente, apoyando la izquierda de las dos columnas de ataque puestas ya en movimiento hácia el enemigo, no lo ejecutó; igualmente que el Coronel Gefe del Estado Mayor a quien se le repitió tres veces por mis Ayudantes de Campo, para que se recon-

centrase sobre la primera y segunda división, á fin de apoyar en reserva el flanco izquierdo de esta, no lo verificó, y sí solo la columna de Granaderos, pero ya tarde: las dos divisiones se pusieron en marcha en masa con armas al brazo y sin tirar un tiro sobre las columnas enemigas hasta distancia de media cuadra de ellas, que atacaron a la bayoneta arrollándolas completamente y tomándoles varias piezas de artillería, en tales términos, que un cuerpo de infantería enemiga que estaba a la derecha principió a gritar «Viva el Rey», y a pedir pasarse. En este estado fué cuando el enemigo notando la debilidad de nuestra izquierda, la flanqueó con una columna de infantería, cuya operacion no hubiera conseguido, si los Coroneles Primo y Morgado ejecutan mis órdenes, siendo por el contrario deshechos completamente, puesto que sus principales fuerzas habían ya sido arrolladas. No contribuyó menos a esta desgracia, el no haber cargado los Lanceros y Dragones de Arequipa á las ya batidas columnas enemigas que habian puesto en huida las nuestras, volviendo cara y poniéndose en precipitada fuga, de cuyas resultas se dispersó el Ejército de un

modo que a pesar de las dilijencias que hice personalmente para reunirlo, no fué posible.

En este estado se dirijió el Ejército hácia la casa de Espejo, y sin embargo salieron al campo por el callejon que mira al sur, mas de dos mil hombres de todas armas con dos piezas de a 4 de batalla. Entónces pregunté al capitán de Lanceros D. Ramon Caba que los mandaba por no estar su Comandante, qué fuerza había reunido; y me contestó, *mas de la que creia, y que pasaba de 100 hombres*. En el momento le previne atacase como unos cien enemigos de caballería que se habian corrido por nuestra derecha sobre el camino real, con objeto de que batidos estos, pudieran salvarse aquellos; lo que no ejecutó, habiendo anticipado antes órdenes oportunas para que la caballería se formase y contuviese al enemigo que venia persiguiendo los dispersos: lo que tampoco tuvo efecto por el abandono total que hicieron de sus cuerpos los Gefes, y mucha parte de los Oficiales de caballería. En vista de esto emprendí mi retirada hácia la costa teniendo noticias que en la referida casa de Espejo se refugió en desórden parte de la infantería y algunas piezas de ar-

tillería al mando del Brigadier Ordóñez, cuya suerte ignoro hasta el día.

Este desgraciado suceso que en lo humano era imposible prever a vista de unas tropas que en cuantas ocasiones se presentaron al enemigo, lo batieron y arrollaron, y que peroradas por mi en persona al frente de banderas veinticuatro horas antes, se hallaban llenas de entusiasmo protestando morir en el campo antes que retroceder, de lo cual dió pruebas la infantería en el momento del ataque a la bayoneta, que fué horrorosa, presenta a la vista del hombre el cuadro mas lastimoso, y admira al mas diestro y valeroso guerrero, manifestando con bastante claridad cuan distante estaba de suceder semejante acontecimiento, si en ello no hubieran influido las causas ya indicadas. Visto el desorden, no me quedó mas arbitro que emprender, como llevo dicho la retirada hácia las montañas, dirigiéndome a la boca del Maule acompañándome como unos mil hombres con muchos oficiales hasta llegar a este puerto la noche del 14 despues de haberseme separado muchos en el camino. Entre éstos lo hicieron inculpablemente por la imposibilidad de hacer las marchas

a caballo, el ningun descanso, malísimos caminos y peores alimentos donde se encontraban, el Coronel de Burgos, don José María Beza, el Comandante de Artillería D. Manuel Bayona, el Comandante del batallon de Arequipa D. José Rodil, mi Ayudante de Campo D. José Valdes, el Capitan de Dragones de Arequipa D. Manuel Hormas, a quien dejé comisionado en la orilla izquierda del Maule y a pesar de estar gravemente herido en un brazo y traer la bala en él, me siguió hasta allí constantemente en la marcha, desempeñando por último el encargo que le confié y cumplió de reunir la tropa y retirarse con ella a este puerto. La fuerza que opuso el enemigo consistía en seis cuerpos de infantería con 4.500 plazas, 730 Granaderos y Cazadores a Caballo, 1.800 de Caballería de Aconcagua y Santiago, y 20 piezas de artillería al mando de San Martín y demás Generales que estuvieron en la acción de Talca.

Dios guarde a V. E. muchos años.—  
Talcahuano 17 de Abril de 1818.—Exmo. Señor.—**MARIANO OSORIO**.—Exmo. Señor D. **JOAQUIN DE LA PEZUELA**, Virrey del Perú.



## ANEXO III

—

### *Página de gloria*

RELACIÓN DE LOS SEÑORES JEFES Y OFICIALES  
DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES QUE SE HA-  
LLARON EN LA ACCIÓN DE LOS CERRILLOS  
DE MAIPU EL DÍA 5 DE ABRIL DE 1818.

### *Cuartel general*

Excelentísimo señor capitán general  
y en jefe: coronel mayor don José de  
San Martín.

General en jefe substituyente: briga-  
dier don Antonio González Balcarce.

Coronel jefe de la división de reserva:  
don Hilarión de la Quintana.

Ayudantes del señor capitán general:  
sargento mayor de caballería don Ma-  
riano Escalada; capitán de caballería  
don Juan O'Brien (irlandés).

Ayudantes del señor general en jefe  
substituyente: sargento mayor de caba-  
llería don Domingo Torres; capitán de  
artillería don Francisco Díaz (español).

*Estado mayor*

Ayudantes generales: sargento mayor de infantería don José María Aguirre; sargento mayor de ingenieros don Alberto D'Albe (francés); sargento mayor graduado de caballería don Manuel Acosta.

Jefes y oficiales agregados: ayudante del estado mayor, sargento mayor graduado de infantería don Luciano Cuenca; ayudante de jefe de la derecha, capitán de infantería don Angel Reyes; ayudante del jefe de la reserva, teniente de infantería don Francisco Meneses (chileno).

*Regimientos.—Batallón de artillería*

Teniente coronel: don Pedro Plaza.

Sargento mayor: don Domingo Frutos.

Capitán graduado de teniente coronel: don Francisco Formas (chileno).

Capitanes: don Francisco Díaz (español) y don Juan Pedro Macharrarin ó Macharratini.

Ayudantes mayores: don Pedro Herrera y don Juan Tamallanca.

Tenientes primeros: don Hilarión Cabrera y don Manuel Fuentes.

Teniente segundo: don Manuel Pizarro.

Subtenientes: don Manuel Omil, don Jerónimo Espejo, don Cipriano Segovia y don Mariano Tapia.

*Batallón número 7*

Teniente coronel: don Pedro Conde.

Teniente coroneles agregados: don • Francisco Montes Larrea y don Mariano Larrazábal.

Sargento mayor: don Cirilo Correa.

Capitán agregado: don Julián Gundin.

Capitales: don Francisco Villa, don Luis Toribio Reyes, don Eugenio Corbalán, don Pedro Ramayo y don Félix Villota.

Teniente primero: don Miguel Cortés.

Teniente primero agregado: don Felipe Almandos.

Tenientes segundos: don Fernando Maldonado, don José María Apellanis, don León Videla y don Escolástico Magan.

Teniente segundo agregado: don Agustín Alvarez.

Subtenientes: don José María Plaza, don Martín Páez.

Muertos: don José Rejis Ortiz y don Bruno Recabarren.



*Batallón número 8*

Teniente coronel: don Enrique Martínez.

Capitán graduado de sargento: don Francisco Bermudez.

Capitanes: don Manuel Nazar, don Felipe Pereyra, don Manuel Díaz, don Félix Olazábal y don Justo Pastor Luna.

Ayudantes mayores: don Basilio Borches y don José María Maldes.

Tenientes primeros: don Niceto Vega, don Manuel Suárez, don Santiago Pacheco y don Francisco Castro.

Tenientes segundos: don Juan Correa, don Pedro José Rico y don Pedro José Díaz.

Subtenientes: don Martín Quiroga, don Ramón Díaz (paraguayo), don Luis Fortunato, don Juan de la Cruz Palma, don Florencio Sabid y don Tiburcio Frigole.

Capellán: don Manuel Antonio Fernández.

*Batallón número 11*

Coronel graduado: don Juan Gregorio de Las Heras, jefe de la división de la derecha.

Sargento mayor: don Ramón Guerrero.

Capitanes: don Fernando Rosas, don

Juan José Torres y don Nicolás Arriola.

Ayudantes mayores: don Manuel Quiroga y don Nicolás Medina.

Tenientes primeros: don José Dolores Suso, don Pedro López, don Alejandro Soluaga y don Tadeo Corbalán.

Tenientes segundos: don José de Porto y Mariño, don Manuel del Castro, don José Videla Castillo, don Andrés Vázquez del Carril y don Manuel Laprida.

Subtenientes: don Manuel José Lema, don José Ignacio Argüello, don Domingo Reaño, don Dionisio Villarreal y don Carlos Formas, abanderado.

*Batallón número 1*

Teniente coronel: don Rudecindo Alvarado, jefe de la división de la izquierda.

Teniente coronel agregado: don Francisco Mancha.

Sargento mayor: don Severo García Zequeira.

Capitanes: don Lucio Salvadores, don José María Enríquez Peña, don Jorge Velasco, don Camilo Benavente y don Manuel Benavente.

Capitanes agregados: don Miguel Rodríguez y don José García.

Ayudante mayor: don Antonio Martel.

Ayudante mayor agregado: don José María Selada.

Tenientes primeros: don Manuel Antonio Soloaga, don Manuel Navarro y don Santiago Lindisay.

Tenientes primeros agregados: don Nicolás Vega, don José Qumes y don Antonio Navarro.

Tenientes segundos: don Francisco Borja Lencina, don Pedro Albarracín, don Borja Moyano y don Francisco Solano del Cerro.

Subtenientes: don Pablo Murillo, don Atanasio Matos y don José Antonio Maure.

Subteniente agregado: don Luis Toribio Lahitte.

#### *Granaderos á Caballo*

Coronel: don José Matías Zapiola.

Teniente coronel: don José Melián.

Comandantes de escuadrón: don Manuel Medina y don Manuel Escalada.

Sargento mayor: don Nicasio Ramayo.

Sargento mayor: don Benjamín Viel (chileno).

Capitán graduado de sargento mayor: don Luis Pereyra.

Capitanes: don Gregorio Millán, don

José María Rivera (paraguayo), don Juan Lavalle, don Bernardino Escribano y don Miguel Cajaravilla.

Capitanes agregados: don Alejo Bruix y don Ebacio Gola.

Ayudantes mayores: don Mariano Merlo, don Manuel Olazábal y don Eugenio Hidalgo.

Tenientes: don Lucas Bot, don Eugenio Aramburu, don Pedro Ramos, don Victorino Corbalán, don José María Iñiguez, don Juan Esteban Rodríguez, don Isidoro Suárez, don Carlos Renart, don Luciano Brayer (francés), don Alberto Gutiérrez, don Guillermo Levas, don Juan Esteban Pedernera, don Adrián Cardoso y don Juan Arellano.

Teniente agregado: don José Félix Aldao.

Alféreces: don Rufino Martínez, don Rufino Zado, don Francisco Anzieta, don Antonio Espinosa, don José Gregorio Aycardo, don José Raymundo Ponce, don Manuel Ambrosio López, don Samuel Losse y don Valentín Gálvez.

#### *Cazadores á Caballo*

Sargento mayor: don Lino Ramírez Arellano.

Sargento mayor agregado: don Modesto Sánchez.

Capitán graduado de sargento mayor: don Angel Pacheco.

Capitanes: don Rufino Guido, don Jaime Montoro y don Pedro Noalles.

Capitán agregado: don Manuel Lord.

Tenientes: don Francisco Aldao, don José María Mora, don José María Prieto, don Paulino Rojas y don Pedro Antonio Ramírez.

Teniente agregado: don Julio Graveer.

Alféreces: don Antonio Calderón, don Juan José Herrera, don Félix Correa de Saa y don Vicente Suárez.

Porta estandartes: don Manuel Latus y don Francisco Girón.

Cuartel general en Santiago, 20 de agosto de 1818.

V° B°

*Francisco Calderón.*

MS. O.

## EJÉRCITO DE CHILE

### *Batallón de artillería*

Teniente coronel: Manuel Blanco Encalada (argentino).

Sargento mayor: Manuel Borgoño.

Capitanes: Martín Warnes, Angel Argüelles y Antonio Millán (argentinos). Domingo Vázquez, José Antonio Bascañan.

Ayudante mayor: Isidoro Vidal.

Tenientes 1<sup>ros</sup>: Florentino Palacios, Manuel Gomes de Silva, Antonio Vidal, Francisco Gana, Bernardo Barrueta, José M<sup>a</sup>. Guerrero.

Tenientes 2<sup>os</sup>: Gregorio Amunátegui, Manuel Valdez, Manuel Larenas, Leonardo Arce, Bartolomé Icarte, José Plaza, Ramón Niño.

Subtenientes: Juan de Dios Solís, José C. Gallardo, Alejo Oyanguren, José Quijada, Benigno Núñez, Pedro Uriarte.

*Batallón 1<sup>o</sup> de Cazadores*

Sargento mayor: Isaac Thompson.

Ayudantes mayores: Rudecindo Flores, Francisco Melo, Francisco Porras.

Capitanes: José Antonio Cruz, Manuel Mariano Prieto, José Ramón Gormaz.

Tenientes 1<sup>ros</sup>: Ramón Romero, Mariano Reyes, Luis de la Cruz, José Silvestre Aroz.

Tenientes 2<sup>os</sup>: Pedro Godoy, Francisco Daract, Santiago Ríos y Cantos, Mateo Campos, José Tomás Uribe, Pedro Morán.

Subtenientes: Juan Caballero, Ignacio Arteaga, Manuel Ríos y Cantos, José Miguel Argandoña, Ignacio Dueñas.

Capellán: Fray Bernabé Castro.

*Batallón N° 1 de Infantería*

Teniente coronel: Juan de Dios Rivera.

Sargento mayor: Santiago Díaz.

Capitanes: Manuel Alvarez, José María Vicente, Antonio Dámaso del Río.

Ayudantes mayores: Antonio Elisondo, Jacinto del Río.

Tenientes 1<sup>os</sup>: José María Calvo, Rafael Romero, Ignacio Torres.

Tenientes 2<sup>os</sup>: Francisco Fuensalida, José Miguel Milla, Dionisio Vergara, Domingo Correa de Sáa (argentino), Juan Bautista Herrera.

Subtenientes: Ignacio Gana, Juan Gutiérrez, Francisco Moya, Nicolás Moya.

Agregados: Sargento mayor graduado de tenientecoronel Fernando Marquez de la Plata.

Subteniente: Gregorio Salvo.

Aventurero: Santiago Yorsin.

*Batallón N° 2*

Tenientecoronel José Bernardino Cáceres.

Ayudante mayor: Agustín Almanza.

Abanderado: Agustín Gallegos.

Capellán: Fray Prudencio Flores.

Capitanes: Francisco Ibañes, José San-

tiago Mardones, Lorenzo Ruedas, Manuel Navarrete, Pedro López.

Tenientes 1<sup>o</sup>: Francisco Monge, Juan Gana, Juan de Dios Fernández, Isidro Mora, Rafael Gana, José María Valdovinos.

Tenientes 2<sup>o</sup>: Pedro Pardo, José Gónzora, Pedro Ugalde.

Subtenientes: Juan de Dios Correa, Valentín Suárez, José María Prevoste, Esteban Camino, José Santiago Muxica,

Agregados: Teniente 2<sup>o</sup> Pablo Silva, Fernando Noya.

### *Batallón N<sup>o</sup> 3*

Teniente coronel: Agustín López.

Capitanes: Manuel Rencoret, Gregorio Sandoval, Felipe Marguti, Manuel Riquelme, Manuel Lavé, Miguel Luarte.

Ayudante mayor: Agustín Casanueva.

Tenientes 1<sup>o</sup>: Agustín Pozo, Manuel Baldovinos, Tomás Feliestan.

Tenientes 2<sup>o</sup>: José María López, José Lavé, Francisco Alomparte, Francisco Barra, José Antonio Mujica, Vicente Zañartu.

Subtenientes: Domingo Anguita, José Honorato, José María Quinteros, Fernando Contreras, Ventura Lagunas.



Abanderados: Manuel Zañartu, Escolástico Anguita.

*Batallón Infantes de la Patria*

Teniente coronel José Antonio Bustamante.

Ayudante mayor: Antonio Hernández.

Abanderado: Blas Carmen Reynoso.

Capitanes: Antonio Castañeda, Pedro José Astorga, Mariano Barros, Patricio Ferreira, Juan Antonio Toro, Manuel Alvear.

Tenientes 1<sup>os</sup>: Benjamín Aguirre, José Romero, José Tomás Toro, Rafael Aldunate, José Calderón, José Santos Rosales.

Tenientes 2<sup>os</sup> José Plata, Manuel Santalices, Ubaldo González, Antonio Herrera, Blas Antonio Requena.

Subtenientes: Antonio Blanco, Manuel Salas, Judas Tadeo Salas, Marcos Barra, Manuel Mena, Matías Muñoz.

*Regimiento de la Escolta Directorial*

Coronel graduado: Teniente coronel, Ramón Freire.

Comandante de escuadrón: Santiago Bueras.

Capitanes: José María Cruz, Miguel Pintos, José María Boile.

Ayudantes mayores: Manuel Quintana, Manuel Mariño.

Tenientes: Salvador Puga, Ramón Navarrete, Fernando Baquedano.

Alféreces: Francisco Bulnes, Manuel Díaz, Manuel Luque.

Estandarte: Vicente del Solar.

Agregados: Capitán Carlos Sowersby (alemán), Tenientes Luis Ríos, Ventura Ruiz, Daniel Carson, (norte americano).

Alféreces: Pedro Ferreyra, Manuel Jordán, Manuel Códô, Manuel Zúñiga, Juan Muñoz.

Porta estandartes: Francisco Casanova, José María Puga.

#### *Estado Mayor*

Oficiales ordenanzas, subtenientes: Salvador Suárez, Pedro Patiño.

Jefes y oficiales agregados ayudantes del señor Capitán General: Tenientecoroneles de infantería Francisco Elizalde, José Ignacio Zenteno.

Sargento mayor de caballería: Diego Guzmán.

Capitán de caballería: Joaquín Huerta.  
Ayudantes del jefe de la derecha:

Capitán de caballería Santiago Blaye,  
Teniente de caballería Enrique Guzmán,  
Subteniente de infantería José Santi-  
bañez (1).

---

RELACIÓN DE LOS SEÑORES JEFES Y OFICIALES  
DE LOS REGIMIENTOS DE CABALLERÍA DE  
MILICIAS DISCIPLINADAS DE ACONCAGUA Y  
COLCHAGUA, QUE SE HALLARON EN LA AC-  
CIÓN DE MAIPU.

*Regimiento de caballería de milicias  
disciplinadas de Aconcagua*

Coronel: don Tomás Vicuña.

Teniente coronel: don Pedro José Xi-  
ménez.

Comandante: don José Serrano.

Sargento mayor: don Manuel Urqueta.

Capitanes: don Juan Justo Bargas,  
don Jerónimo Camus, don Francisco  
Chinchón y don Bruno Herrera.

Ayudantes: don Mariano Brito, don

---

(1) Esta nómina de los jefes y oficiales del ejército chileno se ha tomado de la interesante obra «San Martín» del señor Director del Museo Histórico Nacional, don Adolfo P. Carranza. De esta lista no consta, sin embargo, que todos los jefes y oficiales mencionados se encontraran en la acción de Maipú, al paso que la lista relativa al ejército argentino es rigurosamente exacta, pues es la nómina fiel de la que remitió el general vencedor al gobierno ó Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, General don Juan Martín de Pueyrredon.

José Ignacio Espinosa, don Alejo Ramos y don Francisco Urygoytia.

Tenientes primeros: don José Tadeo Salinas, don Juan Francisco Villegas, don Simón Lezcano, don Marcelino Henríquez y don Domingo Translaviña.

Tenientes segundos: don Marcos Salinas, don Mariano Lobo, don Santiago Vázquez, don Ramón Ramírez, don José Manuel Aspez, don Polinardo Zorrigueta y don Diego Herrera.

Alféreces primeros: don Benedicto Ramírez, don Manuel Ramírez, don Juan de la Cruz Toro, don José Santiago Villalón, don Francisco Silva, don Juan Aspez, don Francisco Enríquez y don Manuel Ortiz.

Alféreces segundos: don Vicente Silva, don José Ramírez, don Nicolás Ríos, don Miguel Bargas, don José Sarmiento, don José Lobo y don Dionisio Zenteno,

Portaestandartes: don Marcelino Velazco, don Eugenio Ramírez y don Vicente Aguirre.

Capellán: don Juan Pablo Michelot.

Agregados: capitán don Martín Sotomayor; ayudante don Pedro Aguirre; tenientes don Agustín Hidalgo, don José Vicente Eguiluz, don Juan José Egui-

luz, don José Ramón Fuentes; alférez primero: don Félix Urigoytia; alférez segundo: don Manuel Urigoytia.

Cuartel general en Santiago, 15 de junio de 1818.

*Juan Gregorio Las Heras.*

MS. O.





## ANEXO IV

### *Armamento, útiles de guerra y prisioneros*

RELACIÓN DEL ARMAMENTO Y ÚTILES DE GUERRA TOMADOS AL ENEMIGO EL 5 DE ABRIL DE 1818 EN LA ACCIÓN DE MAIPU.

Cañones de á 4, de batalla. . . . .	4
Cañones de á 4, de montaña..	4
Fusiles. . . . .	3.844
Bayonetas. . . . .	1.200
Cartuchos de fusil á bala. . . . .	24.000
Cajas de guerra. . . . .	23
Bandéras. . . . .	4
Redoblones . . . . .	2
Tambores. . . . .	2
Panderetas. . . . .	2
Clarinetes . . . . .	3
Media luna. . . . .	1
Trompas. . . . .	1
Cornetas. . . . .	1
Fagot. . . . .	1
Botiquines . . . . .	1
Altares portátiles. . . . .	1
Sables. . . . .	190

Tercerolas.....	1.200
Tercios con fusil y cañones íd. íd.	14
Idem con carpas.....	12
Idem con palos íd.....	13
Idem con estacas para íd.....	2
Idem de cuerda mecha.....	8
Idem de tornos.....	2
Idem de motones de vasco....	2
Idem de hilo.....	2
Idem de jarcia surtida.....	13
Idem de bolsas de cotence para trinchera.....	8
Un cajón de piedras de chispa.	1
Un barril de alquitrán.....	1
Cajones con bayonetas, llaves de fusil, clavos de carpa, grillos, cadenas, chapas de puerta y porción de hierros descompues- tos de todas clases y entre ellos uno de polvorines.....	22
17 cajones granadas de obús, cargadas, de 6 pulgadas, con tres cada uno.....	51
4 cajones granadas de mano, car- gados con 36 tiros cada uno..	144
7 cajones de cartuchos á metralla, calibre de ocho, con 16 tiros cada uno.....	212
7 cajones de cartuchos á bala, cónicos, de batalla, calibre de	

á 4, con 16 tiros cada uno..	112
8 cajones cartuchos á metralla, de batalla, calibre de á 4, con 12 tiros cada uno.....	96
5 cajones cartuchos á bala, cilin- dricos, de batalla, con 16 tiros cada uno.....	80
2 cajones de balas de á 4, ensa- leradas, con 24 cada uno....	48
2 cajones tarros de metralla de batalla, calibre de á 4, con 16 cada uno.....	32
3 cajones de metralla suelta...	3

*Prisioneros*

Brigadier .....	1
Coroneles .....	4
Teniente coroneles.....	7
Capitanes.....	28
Ayudantes mayores.....	5
Tenientes .....	50
Subtenientes.....	48
Cadetes.....	14
Capellanes .....	7
Cirujanos.....	1
Auditor de guerra.....	1
Proveedores.....	2
Contador.....	1
Intendente del ejército .....	1



Primer oficial de Intendencia....	1
Empleados en la hacienda.....	2
Subdelegado comandante ex gue- rilla .....	1
Tropa.....	2289

Cuartel general, en Santiago, 20 de junio de 1818.

*Juan Gregorio de Las Heras*

MS. O.

---

RELACION DE LOS PRISIONEROS MANDADOS DE  
TALCA POR EL SEÑOR CORONEL DON JOSÉ M.  
ZAPIOLA.

Cuartel número 8: don Cipriano Palma, coronel de milicias; don Manuel José Ibáñez, tenientecoronel de milicias; don José Tomás Contreras, teniente de Chillán.

Cuartel número 7: don Santos Elgueta, teniente de Chillán; don Diego Maiduga, paisano.

Milicianos: Cipriano Rodríguez, Martín Muñoz, Laureano Contreras, Juan Villalobos, Francisco Guzmán, Maximiano Chandía, Manuel González, Faustino Martínez, Santiago Mendoza, Lorenzo Reyes, Juan José Quijada, Dámaso Carrasco, Lorenzo Sepúlveda, José María Lisama, Manuel Quijada, Manuel Saldía, Juan Antonio Muñoz, José María Varela, Vicente Leyva, Juan de Dios Vergara.

Dragones de Chillán: Miguel Briones, Pablo Riquelme, Juan Antonio Vázquez, Cayetano Rosas, Victorino Pauleto, Juan Tomás Rodríguez, Prudencio Alarcón, Ignacio Parra, Bruno Riquelme, Antonio Bustos, Santiago Rodríguez, Carlos Oliva, Juan Antonio Castillo, Isidoro Contreras, Antonio Aguilera, Gregorio Mariles, Pedro Soto, José Ignacio Alvarez, Eugenio González, Lucas Moncadi, Juan Balderrama.

Reclutas: Leonardo Vázquez, Antonio Lambraña, Ventura Molina, Bernardo Oliva, Félix Zúñiga. (Dicen fueron prisioneros el diez y nueve de Marzo y los obligaron en el número 2).

Mayoría de plaza, 18 de junio de 1818.

*José Bernardo de Uriarte.*

MS. O.

---

LISTA DE LOS OFICIALES PRISIONEROS DEL ESTADO DE CHILE EN LA BATALLA DE MAIPU CON EXPRESIÓN DE SUS NOMBRES, CLASES Y CUERPOS Á QUE CORRESPONDEN, QUE MARCHAN HASTA GUARDIA DE LUJÁN CON LA CUSTODIA CORRESPONDIENTE, Á CARGO Y RESPONSABILIDAD DEL TENIENTE DE ESTAS MILICIAS DE CARALLERÍA DON ESTEBAN ADAROS.

*Artillería*

Capitán, con grado de tenientecoronel:  
don Manuel Bayona.

Capitanes: don Celestino Gastón, don Francisco Alvarez (ingeniero).

*Infante don Carlos*

Capitanes: don Miguel Sánchez, don Pedro Asnal.

Teniente don José Dagut.

Subtenientes: don José Bracho, don Tadeo Aresgurenaga, don Bruno Ezeta, don Diego Pérez, don José Aguera.

Cadetes: don Mariano Planillas, don Pedro Méndez.

*Burgos*

Capitán con grado de tenientecoronel: don Gaspar Echavarría.

Capitanes: don Juan Lugo, don Manuel Peynado, don Francisco Mendoza.

Cadete: don Nicolás Camba.

*Concepción*

Capitán con grado de tenientecoronel, don Manuel Basabe.

Subtenientes: don Bernardo Caraballo, don Nicolás Enríquez, don Juan Ermosilla, don Gregorio González.

*Arequipa*

Capitanes: don Manuel Bermúdez, don Nicolás Ruiz Zúñiga, don Bartolomé Caballero.

Tenientes: don José A. Arregui, don José Enríquez, don Ramón González.

Subteniente: don José María Basadre.

Cadetes: don Ramón Largacha, don Joaquín Zúñiga.

*Zapadores*

Capitán don José Cascan.

Tenientes: don Pedro Almoalla, don Domingo Ballarino.

Subteniente don Ermenegildo Feliú.

Cadete don Mariano Molina.

*Lanceros*

Capitán don Ramón de Cobo (quedó enfermo en el acto de marchar).

Teniente don Manuel Lacanal.

*Dragones de la frontera*

Tenientes: don Santiago Borques, don Marcos Diez, don Antonio Valverde.

Subtenientes: don Tomás Aspiazu, don Vicente Castro, don Francisco Feu,

don Juan Mata Palomeque, don Domingo Larrosa.

*Administración de equipo*

Teniente don Juan Santamaría.

*Guardia de honor*

Subteniente don Pedro Serrano.

San Luis. 22 de julio de 1818. (1)

*Dupuy.*

MS. O.



---

(1) En esta lista no figuran los jefes superiores que también quedaron prisioneros y que fueron remitidos á la Provincia de San Luis, como el brigadier Ordóñez, el general Primo de Rivera y los coroneles Morgado, Morla y otros.



## ANEXO V

### *Condecoraciones y Conmemorativa de Maipo*

#### I

*Señor brigadier general interino del ejército de los Andes.*

Con esta fecha se dice al excelentísimo señor capitán general don José de San Martín lo que sigue:

«En los transportes de júbilo á que fueron destinados los primeros días subsiguientes al recibo de la nota de V. E., 5 de abril último, relativa al glorioso triunfo de las armas de su mando en las llanuras de Maipo, se reservó el gobierno contestar á ella hasta acordar el decreto cuyo tenor es el que sigue: «En demostración del alto aprecio y gratitud pública á que justamente se han hecho acreedores los generales, jefes, oficialidad y tropa del ejército de los Andes, por los importantes servicios que consagraron á su patria en la me-

morable jornada del 5 abril próximo pasado en las llanuras del Maipo, he venido en acordar que, sobre los premios y distinciones que disfrutaron por sus méritos anteriores á dicha jornada y demás gracias concedidas en consecuencia de ella, sean distinguidos muy particularmente los primeros con un cordón de oro con cabetes del mismo metal, encañado, que pendiendo del hombro izquierdo deberá enlazarse en el ojal de la casaca del costado derecho. Con el mismo los segundos, sin más diferencia que los cabetes hayan de ser de plata; con el de plata y cabetes de ídem la tercera. Con un cordón de seda blanca y celeste con cabetes de metal los sargentos y cabos, y con el de lana de los mismos colores los soldados. Comuníquese éste mi decreto al capitán general y en jefe del citado ejército, para que haciendo saber de éste la expresada gracia, le haga entender la gratitud y consideraciones que se le dispensan por la Nación; transcribáse al estado mayor general para su inteligencia y que á la mayor brevedad posible eleve por el ministerio de guerra un diseño ó modelo de los citados cordones para las providencias consiguientes y publíquese.

## Premio Argentino



Cordones de Maipú: de oro á los generales, de oro con cabetes de plata á los jefes; de plata á los oficiales, de seda blanca y celeste con cabetes de metal á los sargentos y cabos, y de lana á los soldados.



se.» En su cumplimiento tengo el honor de transmitirlo á V. E. para su conocimiento y fines que en él se indican, siendo prevención que los cordones destinados á la tropa deberán ser construidos de cuenta del Estado.

Y lo transcribo á V. S. de orden suprema para su inteligencia y fines consiguientes.

Dios guarde á V. S. muchos años,

MATÍAS DE IRIGOYEN.

Buenos Aires, 11 de julio 1816

MS. O.

## II

*Señor general en jefe substituyente de los ejércitos unidos.*

S. E. el señor director supremo del Estado se ha servido expedir en 10 del corriente el decreto que sigue:

« Penetrado el gobierno de la gratitud universal que abriga la Nación hacia sus heroicos defensores. Deseoso de escribir un testimonio, que informándose en aquellos sentimientos, transmita á la posteridad la memoria ilustre de los que, superiores á los contrastes y vicisitudes de la guerra cuando parecía hundirse la patria en su irrevocable reco-

lonización, fijaron sus altos destinos en la inmortal jornada de Maipo, (1) he creído conveniente decretar: Que en lo más descubierto de la Loma, teatro principal de la batalla y nuestros triunfos, se erija una pirámide cuadrangular de 30 pies de elevación, cuyo pedestal revestido de cuatro láminas de bronce correspondientes á cada uno de sus lados, exhibirán estas inscripciones. En la lámina de oriente se leerán entre laureles los nombres del excelentísimo general en jefe San Martín y de los oficiales generales que mandaron la acción. Una fama coronará el todo y su clarín publicará este rasgo: *Gloria inmortal á los héroes de Maipo, vencedores de los vencedores de Baylen.* En la del sur se verán los nombres y destinos de los jefes de división de derecha, izquierda, reserva y caballería. En la del norte los de todos los comandantes efectivos ó accidentales que en la batalla comandaron los cuerpos, con indicación de sus empleos. Y en la del oeste se hallará escrito: *Precipitándose la nación por las vicisi-*

---

(1) Los historiadores chilenos escriben *Maipo* del nombre araucano del sitio de la batalla. El autor sigue á los historiadores argentinos que aceptaron el nombre de *Mai-pu* que por inadvertencia sin duda dió San Martín en el parte de la victoria.

## **Condecoraciones chilenas**



**Medalla de oro á los jefes y de plata á los oficiales.**

*tudes de la guerra en su infame antigua servidumbre, la firmeza, el valor de los ejércitos unidos de Chile y los Andes solidarón su independencia exterminando con fuerzas inferiores al ejército invasor del rey de España, fuerte de 5500 hombres, en la batalla memorable dada en estas llanuras el 5 de abril de 1818, año 9º de la libertad. Viéndose en la parte inferior de la misma lámina el pabellón nacional enarbolado, y á su pie, en aptitud de rendidas, las seis banderas coronelas, y los tres estandartes tomados al enemigo. (1) Y queriendo asimismo que individualmente reciba el ejército una insignia de su heroicidad y del justo reconocimiento de la patria, he acordado se distribuya á todos los jefes y oficiales que precisamente se hallaron en la acción una medalla de oro para los primeros, y de plata para los segundos, en cuyo anverso resalte la estrella de las armas del Estado, orlada de una corona de laurel, y á su contorno esta inscripción: *Chile**

---

(1) Por causas independientes de los gobiernos de Chile esta columna no pudo levantarse en la oportunidad á que se refiere el decreto. Con motivo de la conmemoración del primer centenario de la revolución de Chile, se ha colocado la piedra fundamental del monumento, fiesta en la que rindieron honores la Escuela Militar de Cadetes y un escuadrón del «Regimiento de Granaderos á Caballo», ambas unidades del ejército argentino.

*reconocido al valor y constancia, y en el reverso en líneas paralelas: De los vencedores de Maipo, abril 5 de 1818, ceñido de la misma orla. El todo pendiente de un lazo que tomará una cinta encarnada prendida del ojal de la casaca. Los sargentos, cabos y soldados llevarán sobre el lado izquierdo un escudo que exprese: La patria á los vencedores de Maipo, abril 5 de 1818. Con la diferencia que para la primera clase será de paño encarnado, con letras bordadas de plata y para la segunda y tercera, paño azul con letras bordadas de seda color de oro; ambas insignias orladas de ramas de laurel. Y expídanse por el ministerio de la guerra las órdenes y comunicaciones convenientes para el cumplimiento de esta resolución, según lo acordado».*

Tengo el honor de transcribirlo á V. S., de suprema orden, para su publicidad en el ejército, previniéndole de la misma disponga V. S. venga á este ministerio una relación por cuerpos de todos los jefes y oficiales de toda arma, así veteranos, como de milicias que concurrieron á la acción sin olvidar los oficiales sueltos para expedir conforme á estas noticias las patentes que tiene acordadas

## Condecoraciones chilenas



Medalla de Maipú a los cabos y soldados



Escudo de Maipú a los sargentos

el gobierno. Y, por último, que ya se ha interpelado el permiso competente del supremo gobierno de las Provincias Unidas para que el ejército de los Andes de su inmediata dependencia pueda admitir la insignia de honor con que el reconocido Chile ha querido expresar su gratitud á sus gloriosos libertadores. Dios guarde á V. S. muchísimos años.

JOSÉ IGNACIO ZENTENO. (1)

Santiago de Chile, 28 de mayo de 1818.

MS. O.



---

(1) Un deber de justicia obliga á declarar que los importantes documentos del *Apéndice* son transcripciones de la selecta y voluminosa compilación de documentos coleccionados y propiedad del general San Martín y publicados bajo la competencia del director del «Museo Mitre» el distinguido publicista y numismático D. Alejandro Rosa.



## ANEXO VI

### *Opinión del general Pablo Riccheri respecto de la conferencia*

Temperley, octubre 25 de 1910.

*Señor Dr. Don Carlos M. Urien.*

Buenos Aires.

Mi estimado doctor y amigo:

Hablaba ayer con algunos jefes y oficiales, haciéndoles un merecido caluroso elogio de su interesantísima conferencia sobre la batalla de Maypo, dada en el salón del Cuartel de Granaderos á Caballo. Les decía que había Vd. alcanzado completo éxito, afirmado por repetidos aplausos de su auditorio, que consagraba con ellos una exposición clara, elegante y precisa, una vasta erudición y un espíritu de crítica clarovidente y seguro, juzgando con elevación la característica sobresaliente de la campaña de los Andes, que merece lugar entre las más célebres que registran los anales militares, y en ella el papel bri-



llante de la batalla de Maypo, la más técnica y famosa por su ciencia y sus consecuencias de las libradas en las guerras de América y que, como sus semejantes de Leuctres y Leuthen, que afianzaron la fama militar y la inmortalidad de Epaminondas y de Federico el Grande, llevó á nuestro San Martín á ocupar un puesto entre los grandes capitanes del mundo.

Expresaba en esa conversación la utilidad que reportaría para la institución militar, el que Vd. repitiera en los salones del Círculo Militar su conferencia, seguro de que tendría numeroso auditorio y que sería de positivo provecho para la oficialidad estudiosa de nuestro Ejército, permitiéndole dedicar también un poco de su tiempo á familiarizarse con el estudio de las grandes campañas de las armas argentinas, en donde hay también, como en las de los ejércitos europeos, mucho que aprender y grandes ejemplos que imitar.

Pero, pocas horas después de esa conversación, aparecía publicada en « El Diario » de la tarde la primera parte de su hermosa conferencia, y comprendí que desaparecía el caso que había planteado. Eso mismo era entonces motivo

para que le dirigiera éstas líneas, diciéndole todo el mérito de su trabajo militar que, como página de crítica erudita y justa del más grande episodio de la memorable campaña continental del Ejército de los Andes, merece le sean reiterados los aplausos con que fué recibida su lectura por el ilustrado auditorio que concurrió á escucharle en el Cuartel de Granaderos á Caballo.

Lo saluda con alta estima su afmo. amigo.

PABLO RICCHERI.



# INDICE

---

## LA VICTORIA DE MAIPU

(5 de Abril de 1818)

---

	Pág.
Historia y arte.....	3
Juicio de los historiadores españoles y americanos respecto al general realista Osorio.....	5
Táctica y estrategia. El general San Martín considerado como militar.....	15
Reorganización del Ejército libertador por San Martín después de Cancha Rayada. Distribución del comando.....	21
Marcha de los ejércitos beligerantes hacia Maipu....	25
Topografía del teatro de las operaciones.....	35
Paralelo de los dos ejércitos... ..	39
Preliminares de Maipu.....	47
La batalla.....	61
Ataque y toma del Caserío de Espejo: Balcarce y Las Heras.....	81
Juicio de los historiadores argentinos sobre la batalla.....	90
Desempeño de las distintas armas en la batalla.....	101
San Martín en la poesía, en el arte y en la historia.	107
Nota.....	143

### APÉNDICE

<i>Anexo I.</i> —Parte que da el Excmo Señor Capitán General don José de San Martín al Excelentísimo Señor Supremo Director del Estado.....	147
<i>Anexo II.</i> —Parte que da el General don Mariano Osorio al Virrey del Perú sobre la batalla de Maipu.....	159

## II

<i>Anexo III.</i> —Página de gloria.....	169
<i>Anexo IV.</i> —Armamento, útiles de guerra y prisioneros.....	185
<i>Anexo V.</i> —Condecoraciones y Conmemorativa de Maipú.....	198
<i>Anexo VI.</i> —Opinión del general Pablo Riccheri respecto de la conferencia.....	201